PQ7797
.O5
C3

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041418420

The Library
of the
University of North Carolina

SIGILLVM · VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

398.2
048c
Oliveira Céz
El cacic
araucanos e
Fortuny.
248p.
403367
PQ7797
.O5
C3
1. Cacique
I. Title.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7797
.O 5
C3

FILIBERTO DE OLIVEIRA CEZAR

EL

CACIQUE BLANCO

COSTUMBRES DE LOS ARAUCANOS EN LA PAMPA

ILUSTRADO POR F. FORTUNY

CASA EDITORA

JACOBO PEUSER

BUENOS AIRES

1893

NUEVAS EDICIONES DE LA CASA

		$ m/n
Oliveira Cezar, F. de.—La vida en los bosques Sud-americanos..	rúst.	2.—
» » —Los amores de una India....	»	2.—
» » —Leyendas y tradiciones de los Indios Guaraníes	»	2.—
» » — Leyendas y tradiciones de los Indios Quichuas	»	2.—
» » —El Cacique Blanco	»	2.—
Ascasubi, Hilario — Santos Vega, ricamente ilustrado	»	3.—
Monner Sans. — Efemérides Argentinas	»	2.—
» Gramática de la Lengua Castellana	»	1.50
Eusebio Yñiguez. — Código del Duelo	»	4.—
Mitre, Bartolomé—El Infierno del Dante, 3ª edición	»	5.—
Ocantos, C. M. — Entre dos Luces	»	3.—
Ocantos, C. M. — El Candidato (2ª parte de Entre dos Luces)	»	3.—
Orzali, Ignacio — La Prensa Argentina	encuader.	12.—
Bathata, Tomás. — Viaje de un Maturrango, con ilustraciones	»	1.50
Holmberg, Eduardo L. — Clave analítica de las familias de las plantas	»	1.—
Barés, J. S. — El Cielo y la Tierra	»	3.—
Pantoja, Domingo de — Los Estados Unidos y la América del Sur.	»	3.—
Tello, Dr. W. — Higiene y enfermedades de los oídos	rúst.	2.—
Acuerdos y Sentencias.—Dictadas por la Suprema Córte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, I Serie IIª edición, 2 tomos.	»	30.—
	tela	35.—
Ameghino Florentino.—Mamíferos fósiles, 2 tomos	rúst.	50.—
Andrade O. — Obras poéticas completas con retrato	»	2.—
» » » » »	tela	3.50
Baldrich.—El Chaco Central Norte	rúst.	3.50
Basualdo Dr. B.— Autos y sentencias	»	3.—
Calvo, N. A.— Curso completo de derecho federal:		
1ª parte: Comentarios sobre la Constitución de los E. U. 2 tms.	»	6.—
2ª parte: Decisiones constitucionales, 2 tomos	»	6.—
3ª parte: Ley y práctica de las asambleas legislativas, 3 tomos.	»	9.—
4ª parte: Digesto de derecho federal, 2 tomos	»	10.—
Calzadilla Santiago.—Las beldades de mi tiempo	»	2.—
Campos, Dr. Daniel.—Expedición Boliviana de Tarija á Asunción..	tela	8.—
Chueco, M. C.— Fórmulas comerciales	»	2.—
» — Teneduría de libros	»	2.—
Criado, Matías Alonso.—20.000 Pensamientos, 3 tomos	»	6.—
» » » 3 tomos	en estuche	10.—
Dingskirchen, Johannes.—Juicios militares	»	1.50
Flores á Italia.— Colección de Autógrafos. Edición popular..	en estuche	5.—
» » » » »	tela	10.—
» » » » »	amateur	18.—
» » » » »	marroquín	28.—
Galvez V.— Memorias de un viejo, 3 tomos	rúst.	5.—
Gamboa, Federico.— Apariencias	»	4.—
Garmendia, J. I.—Los asaltos de Plewna, 2 tomos	»	1.—
» —La cartera de un soldado	»	3.—
» —Recuerdos de la guerra del Paraguay	»	3.—
Gautier Teófilo.—Jettatura, etc	»	0.50
Giannetti, Juan.—Lecciones teórico-prácticas sobre Teneduría de libros por partida doble: IV edición aumentada	cart.	8.—
Guarmani.—Cambios sobre el exterior	tela	3.—
» » »	suplemento rúst.	0.50
Guerrico, Alberto A. de.—Finanzas Argentinas	»	1.—
» —Finanzas Santistas	»	1.60
» — A. Bollos, Historia financiera, 2 tomos	tela	16.—
Lascano, Pablo.—Siluetas contemporáneas	»	2.—
Latzina.—Instrucciones para observaciones meteorológicas	»	0.50

EL CACIQUE BLANCO

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elcaciqueblancocoliv

FILIBERTO DE OLIVEIRA CEZAR

PQ7717
.O5
C3

EL CACIQUE BLANCO

COSTUMBRES DE LOS ARAUCANOS EN LA PAMPA

ILUSTRADO POR F. FORTUNY

BUENOS AIRES

CASA EDITORA DE JACOBO PEUSER

SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1893

Fotograbados de Jacobo Peuser.

ÍNDICE

	PÁGINAS
ADVERTENCIA	7
I — La Pampa	9
II — Mister White	21
III — Las carretas	24
IV — Los indios	27
V — La toldería	31
VI — Brujo improvisado	35
VII — Confidencias nocturnas	39
VIII — Bajo los Caldenes	42
IX — El malon	47
X — La Rinconada	52
XI — Las prendas del muerto	55
XII — Los perros cimarrones	60
XIII — La caza del Peludo	63
XIV — Huircain y Calvucurá	66
XV — La Chale-Kejahue	73
XVI — La boleada de avestruces	80
XVII — La piedra verde	86
XVIII — El perdido	95
XIX — Alto, ¿quién vive?	101
XX — La cabaña misteriosa	106
XXI — Botas peludas	112
XXII — Juegos indios	117
XXIII — Las paredes tienen oídos	125
XXIV — Zafarrancho de combate	132
XXV — La historia de las cuevas	138
XXVI — Donde el inglés resulta carpintero	144
XXVII — Blondina la hermosa	148
XXVIII — Aventuras del asalto	154

403367

ÍNDICE

PÁGINAS

XXIX — Tremenda desgracia 160
XXX — Ante el serrallo 165
XXXI — El amigo negro 169
XXXII — Villegas y Pincen 175
XXXIII — Remedios indios 185
XXXIV — Ranque-Curá 190
XXXV — Se conviene la fuga 197
XXXVI — El altar del diablo 202
XXXVII — La huida 207
XXXVIII — Cautivos y lanceados 213
XXXIX — La fuga por agua 219
XL — Un lunar de familia 226
XLI — Final 230

La lengua araucana 233
Vocabulario español-araucano 237

ADVERTENCIA

Al dar á la imprenta este pequeño libro, un deber de equidad nos impulsa á poner en su primera página el nombre de los viajeros, sabios, militares y exploradores, que con sus interesantes obras anteriores, nos han suministrado datos para ampliar esta reseña á propósito de los indios Pampas y Araucanos; ensanchando nuestros conocimientos y los consignados en la cartera de viaje del ingeniero inglés que figura en estas páginas.

Barros Arana, *Historia de Chile* — Dr. Armaignac, *Voyage dans les Pampas* — Francisco P. Moreno, *Viage á la Patagonia* — General L. V. Mansilla, *Los Ranqueles* — Dr. Estanislao S. Zeballos, *El país de los araucanos* — Capitan Prado, *Guerra de fronteras* — F. Barbará, *La lengua Pampa* — L. Hervás, *Lenguas y naciones americanas* — Ameghino, *Orígen del hombre en el Plata* — Ercilla, *La Araucana* — Echeverría, *La Cautiva* — General Olascoaga, *Varios escritos* — R. Lista, *Mis descubrimientos en la Patagonia* — Humboldt, *Cuadros de la naturaleza.*

A ellos corresponde el mérito, si hay alguno en lo que publicamos. Nuestra labor ha sido de simple entretenimiento.

Nos complacen los temas sencillos y naturales, dejamos á otros la penosa tarea de seguir la evolucion actual de la literatura, que busca el *fin de siglo,* campeando tras los enojosos refinamientos del sensualismo.

Hombres y costumbres primitivas, desiertos y selvas casi desconocidas, vida campestre y patriarcal; son los colores de que pretendemos hacer uso para presentar cuadros ó bocetos que reflejen la embrionaria sociabilidad argentina.

I

La Pampa

Doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas,
doquier cielo y soledades
de Dios solo conocidas
que él solo puede sondar.

Echeverría.

En el centro y sur de la República Argentina, extiéndense vastísimas llanuras limitadas por el Plata y el Atlántico al Oriente, y por los grandes contrafuertes de la Cordillera de los Andes, del lado occidental.

A estas vastísimas tierras, que ocupan una superficie de más de veinte mil leguas cuadradas diéronle el nombre de *Pampas* en una época anterior á la conquista española, los Incas del Perú, que extendían sus legiones y el poder de su imperio por media América, en cuyo suelo se encuentra á cada paso en la época presente, en las ruinas de sus fortalezas, sus templos y sus ciudades, los vestigios de una civilizacion adelantada.

La palabra *Pampa* es de origen *Quichua* y significa, campo abierto y llano, como en realidad es el aspecto general de ese vasto país, que ha sido ocupado hasta la época actual por los indios Araucanos y sus hijos los Pampas, habitantes aborígenes que han defendido heróicamente con las armas en la mano, la integridad de sus

tierras y la independencia de su nación, atacada constantemente por los ejércitos con que á nombre de la civilización, se les iba estrechando y reconcentrando en las montañas y en las soledades de las tierras australes ó patagónicas.

La defensa del suelo impidió la entrada á las huestes conquistadoras y las investigaciones científicas han sido limitadas hasta la conquista definitiva, á simples reconocimientos militares practicados por las fuerzas destacadas sobre las tierras disputadas á la altivez del salvaje.

Algunas serranías en la Provincia de Córdoba y otras al sur de la de Buenos Aires, limitan el territorio de que nos ocupamos, siendo raros los accidentes topográficos en medio de la inmensa llanura. Un río, un bosque vírgen, una laguna ó un pajonal, suelen á veces encontrarse á la distancia, en medio de las suavísimas ondulaciones cubiertas de variadas gramíneas, que sirven de alimento en la actualidad á rebaños numerosos y á millones de cabezas de ganado mayor.

Los Araucanos habitaron en su origen, el país al sur de Chile, situado al lado occidental de la Cordillera, llamado *Raullco* (tierra pantanosa) y luego fueron extendiendo sus dominios por las faldas orientales de los Andes y el territorio de la Pampa, hasta llegar al Plata y al Atlántico. (I)

(I) Por lo que puede interesar al lector el conocimiento más completo de las guerras con los Araucanos, damos aquí parte de un artículo etnográfico-histórico, publicado en el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano que edita actualmente la casa Montaner y Simon de Barcelona. Dice así:

«A mediados del siglo XVI, Pedro Valdivia, gobernador de Chile, después de haber fundado la capital de Santiago y conquistado gran parte de aquel país, decidió llevar sus armas al S. del río Biobío. En el año 1553 los españoles habían recorrido los territorios de la costa y aun los que se extienden al S. del río Tolten; pero en los comprendidos entre el Biobío y sus afluentes al N., el Tolten al S., los Andes al E. y la cordillera de la costa al O., aun no habían penetrado. Esta región, dice el historiador chileno Barros Arana, que mide sólo una extensión aproximada de mil leguas cuadradas, cubierta en gran parte de bosques impenetrables, cortada por numerosos ríos de difícil paso y por vastas ciénagas que favorecían su defensa y rodeada de ásperas serranías que con sus tupidas selvas facilitaban la guerra de emboscadas y de sorpresas, era también la parte más poblada del terri-

Los primeros historiadores españoles, que corrompieron casi siempre las palabras indias, hicieron de *Raullco, Arauco*, y el inspirado Don Alonso de Ercilla, al escribir su poema la «*Araucana*» dejó prevalecer el error á que nos referimos.

El conquistador Valdivia, que viniendo del Perú en los

---

torio chileno, y sus habitantes los más vigorosos y resueltos del país. Hasta entonces se habían mantenido tranquilos, sin tomar parte apenas en las guerras que contra los soldados españoles sostuvieron las tribus de las vecinas comarcas Valdivia preparó la invasión que proyectaba, fundando en la costa próxima al citado país, que es hoy en su mayor parte el territorio de Angol, el fuerte de Arauco, y luego otros dos más al interior, uno en la falda occidental de la cordillera de la costa con el nombre de Tucapel, y el otro, llamado Puren, más al Sur, y en la falda oriental de la misma cordillera. En los llanos de Angol, y á orillas de uno de los afluentes del Bíobío, mandó levantar la ciudad de los Confines. Los indígenas comprendieron que su libertad peligraba y se pusieron en armas. Eran las tribas aguerridas á que los españoles dieron el nombre de *Araucanos*, que derivan de las palabras peruanas *aucca*, hombre de guerra, y *are*, ardiente. A la región que habitaban al S. del Bíobío, y que llegaba hasta el Tolten, ó según algunos autores hasta el Callacalla, comprendiendo por consiguiente, parte de la provincia de Valdivia, se llamó *Araucamia*. La guerra que entonces comenzaron los altivos araucanos fué larga y sangrienta y jamás se sometieron por completo al dominio español. En los primeros días del mes de diciembre de 1553 atacaron y destruyeron el fuerte de Tucapel, y habiendo acudido Valdivia á sofocar la rebelión, los araucanos, acaudillados por Lautaro ó Leuteru, derrotaron á los españoles en la batalla de Tucapel. Valdivia cayó prisionero; los vencedores, tan crueles y feroces como bravos, le cortaron los brazos y los devoraron á su presencia. Tres días vivió el conquistador de Chile, sufriendo horribles torturas. Tuvieron los españoles que despoblar la ciudad de los Confines y los fuertes de Puren y Arauco, y no pasaron de aquí sus desastres; Francisco de Villagrán, proclamado gobernador en Valdivia y en Concepción, fué también derrotado por Lautaro en Marigueñu y los araucanos saquearon y destruyeron á Concepción. En el invierno de 1554 Villagrán emprendió segunda campaña y obtuvo algunas ventajas, porque en aquella época el hambre y la peste acosaban á los indios rebelados. En 1556, se renovó la guerra; Lautaro salió otra vez á operaciones, pasando al N. del río Maule, fué derrotado por Villagrán en la batalla de Mataquito, y al año siguiente y en el mismo sitio sufrió una nueva derrota en la que perdió la vida. Le sustituyó Zeupolicán, el Caupolicán de Ercilla, contra quien en 1557 emprendió activa y enérgica campaña el nuevo gobernador de Chile don García Hurtado de Mendoza. Este ganó la batalla de las Lagunillas ó de Bíobío, penetró en el interior del territorio araucano, venció de nuevo en Millarapue, donde tanto se distinguió el autor de *La Araucana*, don Alonso de Ercilla, hizo reconstruir el fuerte de Tucapel, fundó la ciudad de Cañete y repobló á Concepción. En los primeros días del año de 1558 los araucanos sufrieron una nueva derrota en el desfiladero de Cayucupil atacaron luego á Cañete, de donde fueron rechazados con gran pérdida, y el capitán don Pedro Velasco sorprendió un campamento enemigo en el que hizo prisionero á Caupolicán, que conducido á Cañete murió empalado. No terminó sin embargo la guerra; los araucanos continuaban en su

primeros tiempos, fundó los baluartes de Angol, Villa-Rica, Imperial, Valdivia, Concepcion y otros sobre las tierras de *Raullco*, fué batido en *Tucapel*, á fines de Diciembre del año 1553, y su derrota y muerte espantosa marca la época del primer alzamiento de las huestes araucanas contra la dominacion extranjera.

---

actitud hostil, y don García, saliendo de nuevo á campaña, los batió por completo en la batalla de Quiapo.

Las victorias de los españoles sólo sirvieron para que durante dos años escasos reinara mayor tranquilidad. En 1561 se renovó la guerra de Arauco, siendo gobernador don Francisco de Villagrán. Los araucanos vencieron á los invasores en Catirai ó Mareguano, Cañete fué despoblada y aquéllos pusieron sitio á la plaza de Arauco que defendió heróicamente el capitán Lorenzo Bernal de Mercado. De 1563 á 1565, siendo gobernador interino Pedro de Villagrán, los españoles viéronse forzados á evacuar la plaza de Arauco y sufrieron nuevas derrotas en Itata y Andalién, y aunque consiguieron ventajas en las inmediaciones de Angol, la insurrección de los araucanos fué tomando mayores proporciones, y el desaliento cundía entre los españoles. Bajo el gobierno de Quiroga, de 1565 á 1567, el ejército español se sobrepuso á sus enemigos, alcanzó varios triunfos, y Cañete y Arauco fueron repobladas. El doctor Bravo de Saravia, que le sucedió, se propuso dar el último golpe á los rebeldes; mas su ejército sufrió gran derrota en Mareguano, y de nuevo fué preciso evacuar las citadas plazas. En 1575 volvió á encargarse del gobierno Rodrigo de Quiroga y en sus campañas de 1577 á 1578 logró escarmentar á los araucanos. En los años siguientes continuó la guerra casi sin interrupción y sin resultados eficaces, y al terminar el siglo, todas las ventajas habían quedado de parte de los araucanos. En 1593 el gobernador Oñez de Loyola fué derrotado y muerto en Curalava; en 1599 tuvo la misma suerte el corregidor Andrés Valiente, y á pesar de los refuerzos que enviaba el virey del Perú, eran contínuos los desastres que sufrían los españoles, y la alarma general al comenzar el año de 1600.

En el siglo XVII, el sistema de conquista gradual planteado por el gobernador Alonso de Rivera y proseguido por Alonso García Ramón produjo buenos resultados en un principio, y aun para evitar nuevos desastres se apeló á la guerra defensiva, de suerte que los españoles limitáronse á resistir las frecuentes correrías de los indios. En 1625 cesó ese sistema de guerra; los araucanos, bajo el mando de Lienfur, organizaron grandes ejércitos, y las armas españolas tuvieron que lamentar nuevos desastres, entre otros la derrota de las Cangrejeras. La victoria que en 1630 consiguieron éstos en La Albarrada tuvo escasos resultados, y tampoco los dieron las negociaciones de paz dos veces entabladas en Quillín; antes al contrario, el 14 de febrero de 1655 ocurrió un levantamiento general de los indígenas y los españoles tuvieron que replegarse en la ciudad de Concepción. Nuevos triunfos consiguieron los araucanos en 1657 bajo las órdenes del mestizo Alejo, soldado español desertor. En 1671 el gobernador don Juan Henríquez celebró paz con aquéllos; pero los indómitos araucanos no respetaban treguas ni paces más que cuando les convenía, y no había medio de reducirlos. Fundáronse misiones, emprendiéronse nuevas operaciones militares; pero todo fué inútil, y al comenzar el siglo XVIII aquel pueblo conservaba su independencia. Luchó también para defenderla en ésta y en la presente centuria, y cuando Chile rompió los lazos

El valeroso pueblo de esforzados guerreros, que tan bien pinta Ercilla en su poema, había ya antes probado su denuedo en las luchas que sostuvo contra los ejércitos del Inca en las orillas del río Maule y Bío-Bío, donde se libraron batallas encarnizadas, en que por una y otra parte, figuraron más de cuarenta mil guerreros.

Las luchas han continuado por espacio de tres siglos con esa raza no domada, y en el transcurso de ese tiempo se ha visto muchas veces á nuestros gobiernos, tener que pactar y someterse á las exigencias establecidas por los señores de la tierra.

Los habitantes de la Pampa, estaban antes divididos en dos grandes dinastías ó cacicazgos. Los *Chadiches* (de *chadi,* sal y *ches*, hombres), y los *Ranquelches,* (de *ranquel,* maciegal ó cañaveral y *ches*, hombres ó gentes).

Cada cacicazgo tenía su dinastía. Los *Salineros* eran de la dinastía de los *Curá* Piedra, y los *Ranquelches* ó del *Cañaveral*, pertenecían á la dinastía de los Zorros. (1) De los primeros, era la tierra comprendida en las Pampas, desde el río Diamante de Mendoza, hasta el Río Negro en el Sur de Buenos Aires; y á los segundos correspondía, desde las Cordilleras hasta las fronteras militares. Los *Picunches* ó *Pampas*, reconocían por asiento de su gobierno el cacicazgo de Salinas Grandes, establecido segun don Pablo Zizur, entre los 5º 10' y 5º 27' de longitud Oeste de Buenos Aires y los 37° 20' de latitud Sur.

---

que le unían con la metrópoli, los araucanos no distinguieron de señores y continuaron resistiendo á los chilenos, como habían hecho frente á los españoles. Durante la guerra de la Independencia tomaron partido á favor de los españoles contra los insurrectos. El gobierno de Chile intentó también en varias ocasiones someterlos por la fuerza; nada consiguió, y entonces apeló á otro procedimiento. Se atrajo por medio de regalos la buena voluntad de algunos jefes araucanos y logró así establecer algunos puestos avanzados cuyos jefes, con el nombre de *capitanes de amigos,* hacían de intermediarios entre el gobierno y las tribus. En 1860 un aventurero francés se presentó en el país, se atrajo la amistad de algunos caciques, se proclamó rey de Araucania con el nombre de Orelio Antonio I, y organizó un gobierno semejante al de los pueblos civilizados. En enero de 1862 lo apresaron los chilenos, quienes lo entregaron al Encargado de Negocios de Francia.»

(1) Dr. E. S. Zeballos. Viaje al país de los Araucanos.

Los *Ranquelches,* considerable rama de los *Puelches,* habitaban al Norte del cacicazgo de Las Salinas, y tenían por centro principal el *Leuvucó* (de *leuvu*, arroyo y *có*, agua). (1)

Hasta 1820, las tribus vivían libres en los vastos territorios mencionados, pero en esa época los ejércitos de Buenos Aires, las hicieron retirar al Sur de los 39° de latitud.

---

(1) A fin de ilustrar nuestro trabajo á propósito de los primeros *malones* traídos por los *Querandíes* á las estancias inmediatas á Buenos Aires, agregamos á continuacion algunos párrafos de un escrito publicado el año 56 por el señor F. Barbará.

«La guerra que los indios han sostenido con Buenos Aires data de los años 1738 y 40 habiendo antes de esos años, hecho algunas pequeñas incursiones para inquietar á los habitantes que vivían en la campaña.

Un cacique llamado Cangapol era en esa época el más poderoso de las tribus nómades, imponiendo respeto y temor á los demás caciques. Cuando alguno de estos contravenía sus disposiciones, lo atacaba y castigaba severamente, haciendo alarde de crueldad. Si lograba vencerlo, hacia degollar hombres, mujeres y niños hacinando multitud de huesos, cráneos etc.; y teniendo que presenciar esta horrible escena aquellos que se escapaban de ser inmolados.

La política de este famoso cacique se reducía á mantenér la paz con los españoles, á fin de que estos le concediesen permiso para cazar en los campos contenidos dentro de los partidos de Matanza, Conchas y Magdalena.

Este cacique prohibía que las otras tribus se internasen dentro de los referidos partidos; y solo les concedía permiso para hacer sus correrías y boleadas en las inmediaciones del Salado. A pesar de los celos con que los indios miraban á los españoles, no obstante conservaban como dejo dicho, buenas relaciones, estableciendo un comercio entre estos á cambio de sus telas. Así permanecieron pacíficamente hasta el año de 1738, en cuya época rompieron su amistad disponiéndose para la guerra. á la que fueron provocados por el celo indiscreto de los españoles.

El primer paso que dieron estos y por el cual se disgustaron los indios, fué la espulsión de uno de sus caciques llamado Moyu-Pili-yál, quien era muy estimado entre indios y cristianos. Bien pues, este cacique fué espulsado del territorio sin tomar en consideracion las consecuencias que más tarde habían de surgir. No se concretaron á esto únicamente, sino á obligarle tambien que se retirase lejos y no pudiese comunicarse con sus indios.

A una órden perentoria y apoyada por la superioridad de las armas, no le quedó más remedio que obedecer y retirarse al lugar que se le había designado, y lo hizo asimismo por no exponer á su familia si desobedecía Poco tiempo despues de su ostracismo, murió de pesar al verse expuesto al furor de los Ranqueles que le aborrecían por creerlo amigo de los cristianos.

La muerte de este cacique produjo una impresion profunda en su tribu y en las otras sus vecinas y aliadas, determinándose á dar un avance á las posesiones pertenecientes á los españoles. Despues que se reunieron con este fin, acordaron los caciques los medios más conducentes para efectuarlo. Para

Las tribus de los Andes y de las fronteras de Cuyo, obligaron en el año 1833 á los ejércitos expedicionarios que habían avanzado en sus tierras, á retirarse á las fronteras primitivas, y en 1855 batieron é hicieron retirar á las tropas de Buenos Aires en el arroyo de *Tapalquen*.

Las expediciones militares no habían llegado nunca al centro del desierto, y se ignoraba casi por completo hasta hace algunos años, la topografía de esas regiones.

---

esta empresa no habían querido invitar á Cangapol, suponiéndolo amigo de los españoles, y esperaban que éste por su parte retirase su amistad en vista de los perjuicios que se inferían á la nacion Querandis. Al principio se limitaron á enviar partidas compuestas de Tehuelches y Picunches, las que atacaron varias poblaciones indefensas situadas por el rio de Areco y Arrecifes, guiándoles dos caciques llamados Hecanantú y Carulonko.

Tan pronto como se supo en la ciudad la noticia de esa invasion, acudió D. Juan de San Martin, Mariscal de campo, con alguna fuerza, y se dirigió al punto invadido. Los indios anduvieron más vivos en su rapiña, y conseguida esta, se pusieron en retirada, siendo su objeto robar eludiendo el combate.

Viéndose este señor burlado y que volverse como había salido no le parecía propio, resolvió cambiar de rumbo, y alimentado con la seguridad de su fuerza y confiado en su valor se dirigió al Sur, avisándolo al Gobernador. Para esta operacion no tuvo otro fundamento que un falso informe que recibió, de que los indios ladrones se habían retirado con el robo en direccion á San Borombon. Los españoles de que se componía la fuerza de San Martin, manejaban bien las armas, y entusiasmados deseaban dar con los salvajes para escarmentarlos. Les parecía una obra tan fácil que se creían menguados, llevando una fuerza que segun ellos bastaba para el total exterminio de los indios. En esa época iban los más de los soldados armados de pies á cabeza, y los enemigos que tenían que combatir solo presentaban sus desnudos cuerpos, y sus armas eran flechas y lanzas, pero los españoles llevaban armas de fuego, teniendo la ventaja de su parte.

En lugar de dar con los perpetradores del robo, cayó de súbito en las tolderías de Calelillan, viejo cacique que vivía con su familia é indios, que no se había metido para nada con los españoles, antes bien, conservaba respeto y cariño á estos. Cuando llegó el mariscal, se hallaba el pobre viejo con la mitad de su gente entregado á Morfeo, é ignoraba de todo punto lo que había ocurrido, no concibiendo la menor sospecha de peligro. Con efecto, el señor Mariscal, sin tomarse el deber de examinar antes si aquellos pobres diablos eran ó no los ladrones, se echó sobre tan durmientes enemigos, mandando á sus soldados hacer fuego y matándoles por consiguiente muchos indios, mujeres y algunos chiquillos que pagaron esta tamaña ignorancia del señor Mariscal.

Todavía se conserva en los indios actuales este episodio de aquella época, comentándolo á su sabor: y cuando lo recuerdan lloran y patean de pesar. Los que se escaparon de aquella San Bartolomé, resolvieron no sobrevivir á tan enorme desgracia, y al efecto se armaron y dispusieron vender caras sus vidas.

Al fin de fiesta se regaló el señor Mariscal, ordenando la degollacion de rebeldes y sumisos, cayendo entre estos varios capitanejos.

Los jefes de frontera, cuando se veían comprometidos á seguir el rastro de un *malon,* en que los bárbaros habían arrebatado á los colonos algunos miles de cabezas de ganado; eran guiados generalmente por los *Baqueanos* del desierto, por esos pilotos del inmenso mar de verdura, que no necesitaban brújula ni guía para internarse y que marchaban lo mismo en la oscuridad de la noche que en medio de las nieblas, á propósito de los

---

A esta sazon se encontraba ausente Calelillan hijo del viejo cacique muerto, y teniendo noticia de lo ocurrido en las tolderías de su padre, se vino apresuradamente, concitando algunos indios, consiguiendo por este medio reunir 300 de sus más amigos dispuestos á correr, si era preciso, la suerte de sus mayores. No quería creer el jóven indio lo que había sucedido y para cerciorarse se dirigió al paraje funesto, y allí, á la vista de tantos cadáveres quedó desengañado. Rugió cual una fiera y resolvió vengarse del mismo modo que habían hecho con sus deudos. Contó la fuerza; la proclamó, y veloz como el rayo, se lanzó en pos de sus poderosos enemigos. Como esto sucedió casi simultáneamente, muy pronto avistó á los españoles que engolfados en su triunfo y seguros por otra parte de no ser inquietados, iban retirándose lentamente.

Así que los vió se arrojó con impetuosidad sobre ellos, matándoles un gran número de soldados, tomando algunos prisioneros y llevándose todo el ganado que encontraron. Fué cruel el indio en esta ocasion, pues segun el decir de los que conservan este acontecimiento legado por la tradicion, no dejó vivo á todo el que cayó bajo su poder, haciéndoles sufrir antes horriblemente.

Sucedió esto en las inmediaciones de la Villa de Lujan y muy pronto llegó la noticia á la ciudad. Procedióse inmediatamente á la formación de un cuerpo para que contuviese los progresos de la invasion.

Toda la presteza que se daban para la organizacion de ese cuerpo que debía poner á raya la audacia y astucia de los indios, no fué lo suficiente para que evitasen los males que amenazaban á las familias que se hallaban establecidas fuera de la Capital.

Con efecto, lograron los españoles levantar cerca de seiscientos hombres de línea y milicias regularmente disciplinadas.

Con esta fuerza salieron de la Capital en persecucion de Calelillan, siéndoles imposible dar con él despues de muchas marchas forzadas é infructuosas que tuvieron que hacer. En tanto andar dieron con el cacique Cangapol que se había retirado con sus amigos. Viéndose chasqueados pues no iban en busca de amigos sino de enemigos, se resolvieron proseguir siempre al Sur hasta llegar al Volcan, donde encontraron una tribu denominada Guiliches, la que, no siendo enemiga salió con la mayor solicitud á recibirlos sin llevar ninguna clase de armas.

Como el señor Mariscal iba ávido de topar enemigos, sin acordarse de lo que le había pasado, (verdad es que ahora llevaba 600 hombres), supuso á estos pobres, los agresores comandados por Calelillan, y sin más que esta hipótesis, mandó cercarlos ejerciendo con ellos otro acto parecido al del viejo Calelillan. Muy ufano con esta medida saludable segun él, contramarchó hacia el Salado, donde se hallaba acampado un cacique Tehuel llamado Tolmichilla,—primo de Cangapol, el cual estaba aliado

cuales ha dicho nuestro eminente hombre público don Domingo Faustino Sarmiento: «el *Baqueano* es un gaucho «grave y reservado que conoce á palmos veinte mil le-«guas cuadradas, de llanuras, de bosques y montañas. «Es el topógrafo más completo, es el único mapa que «lleva un general para dirigir los movimientos de su «campaña. El *Baqueano* va siempre á su lado. Modesto «y reservado como una tapia, está en todos los secretos «de la campaña, la suerte del ejército, el éxito de una

---

con los españoles y poseía una carta del gobernador de esa época, la cual conservaba para su seguridad. Ni por esto se escapó, pues así que se vió con el mariscal de campo dióle éste, un pistoletazo en la cabeza ,que lo dejó muerto. Acto continuo se apoderó de las mujeres cautivándolas á la par de sus hijos quienes lloraban la pérdida de su padre que yacía cadáver. El único que se escapó fué el hijo mayor de este cacique debido á la casualidad de andar dos días antes en las boleadas de caballos silvestres, acompañándole una partida de los indios que pertenecían á la tribu de su padre.

Ya se puede inferir lo que una conducta semejante observada por el maestre de campo, influiría en el ánimo de todas las tribus que existían en tan vasta llanura, previniéndose en vista de esta á reprimir tanta crueldad.

La noticia esparcida bien pronto por todas las naciones de indios, produjo en ellos el deseo de tomar venganza. Los que más se exasperaron fueron los Puelches y Moluches quien tomaron las armas contra los españoles, viéndose éstos repentinamente atacados desde las fronteras de Córdoba y Santa Fé, á lo largo del río de la Plata, frontera de 400 leguas.

Les era á los españoles sumamente dificultoso poder atender un punto tan dilatado, máxime cuando los indios se internaban por diversas partes, cayendo sobre villas y poblaciones á un mismo tiempo.

Nunca pudieron descubrir el número de indios, y mientras los españoles los perseguían por una parte dejaban los otros por otra. Cangapol que había vivido en paz con los españoles, propendiendo á la prosperidad de éstos, no dejó de irritarse al saber las crueldades que estos sus amigos hacían con sus vecinos.

No era sin razón tan justo resentimiento, pues en poco tiempo le habían muerto á sus amigos los Guiliches, á su amado pariente Calelillan y á otra infinidad de deudos, este cacique frizaba en los 60 años y conservaba una energía que infundía respeto y temor.

Convocó á sus parciales, enterándolos de la resolucion invariable que había tomado de pelear con los españoles que tan mal comportamiento usaban con él y sus amigos. A este llamamiento acudieron los Tehuelches, Guiliches y Pehuenches, confiriéndole el mando en jefe, prometiéndole además valor y obediencia.

Reunidos cuatro mil hombres jóvenes la mayor parte, marchó con ellos cayendo sobre el distrito de la Magdalena, muy cerca de Buenos Aires, y repartió sus tropas con la mejor disposicion y cordura como para que el éxito no fuese contrario á sus deseos. Un dia y una noche le fué suficiente para desolar más de doce leguas del país más poblado y abundante, como consecuencia inmediata mató infinidad de españoles establecidos en la cam-

« batalla, la conquista de una provincia, todo depende « de él.»

Las tribus de indios que hemos enumerado ligeramente y á las que por lo comun se les daba el nombre de *Pampas;* vivían del botin de los asaltos que llevaban á las poblaciones fronterizas. El arreo ha solido exceder á veces de cien mil vacas y caballos que no siempre reconquistaban los cristianos y que negociaban ellos con los indios chilenos de la Cordillera, los que trasponiendo la montaña arreaban hasta el Sur de Chile un botin colosal, vendiéndolo unas veces ó cambiándolo por piezas de plata, ó lingotes de este metal que trabajaban con bastante perfeccion, fabricándose ellos mismos, estribos, frenos, virolas de lanza y adornos para sus caballos; como asimismo aros, prendedores, collares y sortijas de formas originales.

Las mujeres pampas, conocían perfectamente, aunque de una manera peculiar, el arte de tejer la lana del gua-

---

paña; cautivaron familias, llevándose además 20,000 cabezas de ganado vacuno, y muchos caballos.

La pérdida que experimentaron los indios fué un Tehuelche, y esto porque imprudentemente se desvió de sus compañeros á una distancia mayor no pudiendo reincorporarse. Bien poca cosa era á la verdad, en cambio de un botin tan considerable; y que era aumentado de algunas bellas españolitas que acrecieron el serrallo del cacique.

Los que pudieron escapar del asalto de los indios, llevaron la noticia á Buenos Aires de lo que les había pasado, abultando el suceso segun el terror que experimentaron; quedando sus habitantes sumidos en la mayor consternacion; tanto, que varios oficiales militares vagaban despavoridos y en un estado de distraccion á veces, que se quedaban parados en medio de las veredas.

La gente corría á refugiarse en las iglesias que bien pronto se llenaron, no dando espacio para tantos que acudían á ellas, no tuvieron otro recurso que asilarse en algunas casas que presentaban seguridad, figurándose qne los indios enemigos estaban á las puertas de la ciudad.

Esta crítica cuanto inesperada situacion produjo un murmullo de desaprobacion á la conducta observada por el señor Mariscal. La humillacion que por este golpe sufrieron los españoles, no pudo ser más completa, y se determinaron á nombrar otro que reemplazase al digno Mariscal, quien quizá llevado del excesivo celo de servir á este pueblo le hizo adoptar medidas desacertadas.

Con la mayor brevedad se organizó un nuevo regimiento de 700 plazas, y marchó á la frontera, con las miras no de proseguir la guerra, sino de ofrecer la paz.

naco ó de la oveja, la que teñían con colores vistosos extraídos de sustancias vegetales.

Los ponchos, los *quillangos,* las mantas, las fajas y todos los tejidos indios inclusive los de cuero, de cuya elaboracion se encargaban exclusivamente los varones, han sido siempre muy apreciados por los *gauchos* y los moradores de la parte del territorio que estaba bajo el dominio de la civilizacion.

La poblacion y el capital habían estado detenidos hasta hace poco tiempo por las *razzias* de los salvajes, y el Gobierno Argentino, débil para oponerse de otro modo que manteniendo su ejército á la defensiva en una extensa línea de fronteras; tenía que pactar y contemporizar con los indios que traían el *malon* ó hacían la paz, según sus conveniencias del momento.

Constituida definitivamente la nacionalidad argentina en 1880, fuerte el poder nacional y con asiento propio en la ciudad de Buenos Aires, habiendo dado tregua las guerras civiles del interior; la cuestion fronteras é indios debía tomar otro camino. Cambióse el plan de operaciones y resolvióse atacar al salvaje en sus propias guaridas, lo que mas de una vez se habia intentado sin obtener un resultado favorable. El valeroso ejército argentino, que por espacio de tantos años, había regado con su sangre generosa, en innumerables encuentros y combates los campos del desierto, iba á ejecutar ahora una de las acciones más remarcables de su historia gloriosa, arrancando al dominio del salvaje una zona de quince mil leguas cuadradas de fertilísimas tierras, que debían ser entregadas á la poderosa accion del capital y de la industria.

Este hecho notable á que no han podido llegar todavía los Estados Unidos, sin embargo de haber empleado mucho mayor capital para realizarlo, y que no ha de ser olvidado por las generaciones venideras, prueba una vez más, el vigor poderoso que es capaz de desarrollar esta jóven nacion.

La historia se encargará de recordar los nombres de

los héroes ignorados y de los bravos capitanes que sucumbieron en esa lucha de casi cuatro siglos, en que ha sido vencido pero no domado el poder del araucano.

Al General Julio A. Roca, cupo la gloria de resolver definitivamente una cuestion de tan vital importancia para el engrandecimiento de la patria, llevando las fronteras á la línea del Río Negro y del Neuquen.

Esa es á grandes rasgos la historia de las Pampas, en cuyo territorio casi despoblado y que espera los millares de hombres que han de colonizarlo, vamos á entrar nosotros paso á paso, hoy que no hay temor de asaltos de carabanas, ni de *malones* indios, llevando al lector por los senderos más pintorescos y los accidentes más interesantes, á fin de que no se nos quede en el camino.

II

Mister White.

TENEMOS el gusto de presentar al lector el ingeniero Mister John Peterson White, distinguido caballero, hijo del Reino Unido y representante en el Río de la Plata de una de las Compañías últimamente formadas en la ciudad de Liverpool, para adquirir y colonizar tierras en la República Argentina.

Mister White, no es la primera vez que nos visita, conoce bastante bien el castellano y se trata con casi todos los hombres públicos influyentes en el Gobierno Nacional. Ha establecido su escritorio en el centro de la ciudad de Buenos Aires, cerca de la Bolsa de Comercio. Desde allí maneja sus negocios con actividad inglesa, tanto como lo permiten las costumbres de esta gente un poco sedentaria y no acostumbrada á asistir á las citas con puntualidad y aprovechar el tiempo que corre velozmente y que es necesario utilizar para llegar pronto al pináculo de las aspiraciones de un hombre de negocios. Mr. White es alto, rubio, delgado y musculoso. Sus rasgos fisonómicos denotan claramente una energía y disposición capaz de llevar adelante cualquier empresa.

En su escritorio, situado en un segundo piso y cuyas ventanas miran á la Pampa y al anchuroso Plata á la vez, tiene nuestro hombre sobre sillas y estantes, una colec-

cion casi completa de libros, planos, croquis y memorias de cuanto se ha escrito en los últimos tiempos, sobre los territorios vírgenes de la República Argentina, y que pueda interesar.

A las horas comerciales, Mr. White va á la Bolsa y sube las escaleras de su casa ó las del palacio de Gobierno saltando de á dos ó de á tres escalones á la vez. A más, cuenta con una ventaja física que lo pone sobre el nivel comun de los hombres. Usa todos sus dientes postizos lo que le permite comer pescado sin ahogarse y separar con gran facilidad todas las espinas de un lado de la boca.

Ha atravesado el Chaco en diferentes rumbos, y en diversas épocas del año, sin más guía que su brújula y su rifle, y sin más acompañantes que sus caballos, sus perros y uno ó dos naturales, de quienes se ha valido como elementos secundarios para estudiar y anotar con más precision las circunstancias y detalles, accidentes y conveniencias, que pueden ofrecer á los colonos las zonas recorridas.

Ha encontrado como verdad concluyente para los intereses de la Compañía que representa, que las tierras del Chaco, aunque muy fértiles, pobladas de riquísimos bosques y cruzadas por inmensos canales de agua, que son puertos y muelles naturales; no se prestan por su clima caluroso para el desarrollo y la prosperidad de las familias de origen inglés, cuya energía y laboriosidad, está basada fundamentalmente en la frialdad del clima originario.

Eso más ó menos es lo que ha comunicado, extendiéndose en razones muy dignas de tenerse en cuenta, al sindicato de Liverpool, y aquellos señores, que tienen pronto el capital para emprender de una manera seria la especulacion mencionada, le han contestado que puesto que la República Argentina, cuenta con dilatadas comarcas que empiezan en el paralelo 20 por el Norte y se extienden hacia el Sur, hasta las rocas cubiertas de hielo perpétuo de las tierras polares; lo autorizan para explorar otras

comarcas ya sea en la Patagonia, en la Pampa ó en las regiones Andinas, á fin de que, la eleccion de las tierras á poblar, recaiga en el sitio más adecuado y conveniente. Esta resolucion y un día para preparar su equipaje, bastaron á Mr. John Peterson para estar dispuesto á visitar la Pampa y las tierras de la márgen del Río Negro.

El transporte nacional «Villarino», que hace la carrera entre la Capital y la colonia galense del Chubut, debía emprender la travesía en una fecha próxima, pero no era para el carácter de nuestro explorador las vacilaciones ni las esperas, y emprendió el viaje por el ferro-carril del Sud, que en 24 horas lo transportó á Bahía Blanca, para ir de allí á caballo hasta el Cármen de Patagones, atravesando un buen trecho de desierto que ofrece pocos atractivos al viajero, pues disminuyendo la vegetacion oscura y herbácea de esa parte de la Pampa y quebrando la línea horizontal de las mesetas, aparecen aquí y allá cadenas de médanos de arena que dificultan el camino y sirven de guarida á los cuatreros ó indios que acechan al viajero.

El río Colorado, que naciendo en las altiplanicies de los Andes, cruza la Pampa como serpiente de plata, regando angostos valles bordados de sauces y cubiertos de grandes pajonales, se encuentra á la mitad de la distancia, formando original contraste su vegetacion verde y alegre con la pálida y acaparrada de arbustos espinosos, que aparece por sobre las alturas.

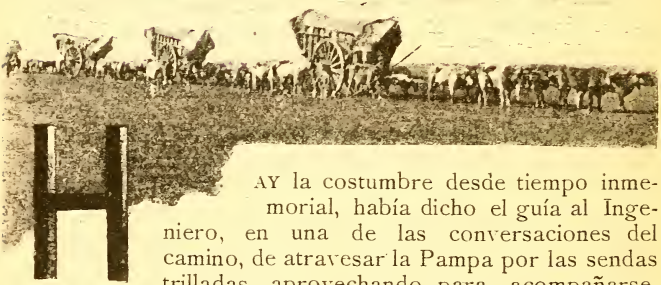
Mister White, acompañado de un *baqueano* y con varios caballos por delante emprendió esa travesía que debía efectuarse con prontitud y cautela, para despistar á los cuatreros que pudieran acecharlos, y llegado á Patagones, se ocupó de averiguar cual era el mejor medio de internarse en el desierto. (1)

---

(1) Este viaje corresponde al año 1878, según se deduce de los apuntes del expedicionario.

III

Las carretas



HAY la costumbre desde tiempo inmemorial, había dicho el guía al Ingeniero, en una de las conversaciones del camino, de atravesar la Pampa por las sendas trilladas, aprovechando para acompañarse, el viaje de los comerciantes que cargan sus mercaderías en grandes carretas de dos ruedas, tiradas por dos ó más yuntas de bueyes. Así se ha viajado desde Mendoza á Buenos Aires, y desde el Rosario al interior de la República, y se ha seguido viajando hasta la fecha por los sitios en donde el ferro-carril no ha reemplazado todavía los medios primitivos de comunicacion.

—Oh! dijo Mr. White, por ese procedimiento tan moroso me saldrían á mí canas antes de recorrer la décima parte del territorio que debo visitar antes del 31 del mes entrante, pero de todos modos deseo que me

explique cual es el procedimiento de que se valen los carreteros para defenderse de un asalto, si les ocurre este accidente en medio del camino.

—La tropa, contestó el guía, viaja durante el día, guardando las carretas una distancia corta entre unas y otras. En la vanguardia, en la retaguardia, en los flancos, segun el caso y los peligros que pueden ofrecerse, marchan á caballo algunos hombres armados, que llevan establecida la vigilancia y previenen á los carreteros de la proximidad de cualquier grupo ó circunstancia que pueda sobrevenir. (I)

Entre los flanqueadores vá casi siempre el *baqueano* del camino, que conoce los parajes donde conviene detener la marcha porque hay aguadas ó pastos, que se utilizan para el forraje de la boyada.

—¿Y si el asalto se trae durante la noche? dijo el curioso inglés.

—En la noche no se viaja, contestó su interlocutor. Al caer la tarde las carretas campan formando un recinto estrecho, en cuyo interior se encierra á todos los animales.

Los pértigos de las carretas se colocan para el lado interior, y con los arreos y sogas se cierran los claros entre uno y otro carro. Por este procedimiento, las bestias duermen al amparo de sus dueños, que descansan ó establecen corrillos á la orilla del fogon mientras que uno ó dos, cambiándose en las guardias, vigilan desde una altura próxima ó un sitio adecuado, haciendo centinela, para no ser sorprendidos.

Cuando ha ocurrido algún asalto á las carretas organizadas en esta forma, y que hacían la travesía entre Mendoza y Buenos Aires; han llevado casi siempre la peor parte los asaltantes, pues los carreteros, situados sobre las traseras de sus carros y manejando un rifle ó un trabuco, han podido defenderse ventajosamente aun de un número de hombres mucho mayor.

(I) Historia de Comunicacion en la República Argentina—Dr. R. J. Cárcano.

—El procedimiento es ingenioso, dijo Mr. White, anotando minuciosamente cuanto oía, en su cartera de viaje, y lo comunicaré al sindicato que represento para el caso probable de que los colonos tengan que trasportar sus herramientas, sus equipajes y sus familias, por el interior de estas tierras, pero ¿no habría otro medio menos lento de hacer la travesía?

—Sí, le respondió su guía, tambien los viajeros que llevan pequeñas cargas, las conducen á lomo de mula y marchan al paso, haciendo jornadas de ocho ó diez leguas diarias, mientras que las carretas solo marchan cuatro ó cinco.

A esta clase de agrupaciones, se les llama *árrias* y por este procedimiento, se traían á Buenos Aires antes que hubiese ferro-carril y desde las provincias de Cuyo, los tejidos, los higos secos, las pasas de uva, las célebres tabletas de Mendoza, y el mineral de plata en pesados lingotes, que producía Bolivia y las provincias del Norte.

—Perfectamente, agregó el inglés, pero yo como llevo pocas cargas y voy solo con usted y mi rifle Winchester, tomaré los senderos que conducen desde aquí hasta las montañas, orillando las márgenes del Río Negro, y arreando nuestros caballos, llegaremos al Neuquen, visitando las tierras circunvecinas.

—Eso será, si Dios quiere y nos dejan pasar los pampas, contestó con sorna el baqueano.

IV

Los indios

Todo se dispuso convenientemente por el *gaucho* que servía de *baqueano* para internarse á caballo por los caminos tantas veces recorridos por los indios en sus batidas de caza ó en sus correrías por el desierto.

Unos días despues de abandonar la poblacion, en un valle cerrado por mesetas, los viajeros se encontraron de pronto con unos cuantos toldos, que estaban situados en un paraje preciso del camino.

Los salvajes distarían seis cuadras de nuestros expedicionarios, cuando oyeron éstos por su espalda el grito de un indio, que armado de lanza y montado en un brioso caballo pampa, les daba la voz de alto á grandes gritos, que sacaron de sus profundas meditaciones á Mr. John Peterson, un tanto fatigado por los sacudimientos del galope.

—*Hallo! what's the matter!*....hola que hay! dijo el inglés sorprendido, dirigiéndose á su acompañante y preparando su rifle para la defensa.—Nada señor, dijo el paisano, son los indios, que están aquí cerca, y que han de andar boleando avestruces y guanacos. Conviene entrar en parlamento, para explicar nuestra presencia.

—Sí, dijo Mr. White, usted puede decir á ese indio que deseo hablar con el cacique, para seguir mi camino.

El *baqueano* que parecía, hombre acostumbrado á esa clase de encuentros, volvió su caballo, y dirigióse al indio á gran galope, hasta llegar casi á toparse con el jinete salvaje, quien alzando en alto la lanza, avanzaba con igual velocidad.

Al tiempo de aproximarse caracolearon los caballos, ejecutando unas rápidas curvas y tendiéndose las manos, se dieron los jinetes el *Marí-marí* quedando firmes los caballos, cruzados á la par, y con las cabezas dirigidas en sentido opuesto.

El *baqueano* hablaba con perfeccion la lengua tehuelche y la pampa, y fácilmente se entendieron con el *bombero* indio.

Aquellos toldos eran los del cacique *Shaihueque* que venía con gran parte de su gente de lanza, en son de paz y á celebrar tratados con las autoridades cristianas.

Ordenó el indio que los viajeros echasen pie á tierra en aquel mismo sitio, y esperasen la respuesta de su jefe, á quien iba á informar á propósito de lo que querían los *Huincas,* que penetraban en su campo.

El *baqueano* indujo al inglés á cumplir con el ceremonial indio, manifestándole, que creía no había porque temer en aquella entrevista, desde que *Saihueque*, el gran cacique, no estaba alzado, y se manifestaría en términos de paz.

—Todo está bueno, dijo Mr. John Peterson, mientras que no funcionen las lanzas, ó las boleadoras; y echando pie á tierra, como lo había hecho su acompañante, estrajo de entre la maleta de cuero de su montura el libro de anotaciones y prosiguió: Yo debo sacar partido de todo cuanto encuentre en mi camino, observando y anotando minuciosamente, todas las circunstancias desfavorables ó convenientes que puedan sobrevenir á fin de comunicarlas á Liverpool, para que se tengan en cuenta por el sindicato que represento, no solamente mis esfuerzos personales, sino tambien los accidentes que pueden favorecer la colonizacion de estas comarcas.

Mister Peterson, se entregó entonces de lleno al prolijo

trabajo de anotar, por medio de signos taquigráficos, la situación en que se encontraba, la formación geológica del suelo, la calidad de los pastos y otras minuciosidades. De pronto dirigiéndose al paisano que se había sentado á la sombra de su caballo, teniéndolo de la brida, le dijo lo siguiente: — ¿Podría Vd. decirme el nombre de los árboles que están en derredor nuestro, al alcance de nuestra vista?

Nada más fácil, dijo el paisano sonriendo, al ver que su patron se ocupaba de cosas que él consideraba tan supérfluas. Aquellas matas son de *algarrobo;* estas otras, acaparradas y espinosas, se llaman *espinillos;* las de más allá, son *talas* y *chañares;* y las que hemos encontrado esta mañana, *sombra de toros* y *piquillines.*

Mientras duraba esta conversacion, el indio de la entrevista había corrido á los toldos á dar aviso de la pre-

sencia de cristianos. Unos cuantos lanceros, que debían ser los que formaban la escolta del cacique, enfrenaron entonces los caballos que pastaban atados con largas sogas en las inmediaciones del aduar, y saltando velozmente sobre sus lomos, formaron un pequeño grupo, que se dirigió al encuentro de nuestro explorador.

Es tiempo de montar, dijo al inglés el *baqueano*, saltando tambien en su caballo, y Mr. Peterson guardando su cartera y acomodando su rifle á la grupa, montó tranquilamente siguiendo al paso lento, hacia el paraje donde todos debían encontrarse.

V

La toldería

Cuando los indios estuvieron á distancia de cien pasos más ó menos, apuraron sus caballos, é incándolos con las espuelas, comenzaron á ejecutar una série de curvas, remolinos y evoluciones caprichosas que llenaron de sorpresa á Mr. Peterson, quién deteniéndose, observó con atencion los bizarros molinetes que los salvajes hacían con sus lanzas, los atronadores alaridos, y las veloces corridas describiendo grandes círculos.

Estas costumbres son verdaderamente originales, pensaba nuestro inglés, mientras se aproximaba al toldo de *Shaihueque*, por la ancha calle que á su paso le formaban los jinetes.

Cuando nuestros dos hombres dejaron sus caballos, la *chusma,* compuesta de mujeres y niños, prorrumpió en un monótono canto, alternado por los aullidos de los perros, las voces roncas de los cuernos de guerra, y los relinchos de los potros.

—Esto es alarmante!... agregó Mr. John que veía los guerreros cruzar de un lado á otro, agitando en el aire las afiladas lanzas adornadas con vistosos penachos.

—No conviene que lo crean á uno asustado; dijo el gaucho, estas son ceremonias de práctica que se alargan

á veces y duran días enteros, cuando la gente que llega pertenece al ejército ó viene en condiciones de pelear.

—Sí, repuso el inglés, pero este movimiento de lanzas y estos gritos desastrosos, no me hacen entrever un buen propósito.

—Son *paradas,* dijo el gauchó, y aunque no fueran, no tenemos más remedio en este caso que *hacer de tripas corazón* (1) ó *la pata ancha* (2) si se ofrece.

—*Very well!* dijo el inglés, acariciando por sobre su chaqueta el rewolver Colt que llevaba oculto en su cintura.

Del toldo principal, salió en aquel momento un grupo de indios desarmados que rodeaban á *Shaihueque,* indígena de una talla considerable y de presencia varonil y brava; quién tendiendo la mano á los recien llegados, tuvo la del inglés sacudiéndola entre las suyas por más de un cuarto de hora, mientras pronunciaba un largo y accionado discurso de recepcion, que iba ya pareciendo interminable.

El cacique lucía en su traje de vistosos tejidos pampas, una cantidad de prendas de plata, que de buena gana hubiera obtenido nuestro explorador, para remitirlo más tarde á algun célebre museo de Londres, donde van á parar habitualmente todas las curiosidades y trofeos que encuentran los expedicionarios ingleses que recorren las cinco partes del Globo.

Despues que *Shaihueque* concluyó su peroracion, su *lenguaraz* ó intérprete, tradujo al castellano lo que había dicho su jefe, haciendo lujo de una elocuencia araucana, que era gala de su profesion y cuyo mérito no apreció debidamente nuestro inglés, quien empezaba á cansarse de una interminable arenga, que podía bien interpretarse en estos términos lacónicos.

« *Shaihueque*, el gran señor de estas tierras, que te recibe en su toldo y te tiende la mano como si fueses su

(1) Equivale á sacar fuerzas de flaqueza.
(2) Hacerse fuerte y morir peleando.

amigo, quiere saber el propósito que te guía al internarte en sus dominios.»

Si Mr. John hubiera contestado personalmente aquella pregunta, es casi seguro que hubiera cometido el disparate de decir que se proponía colonizar la Pampa, pero nuestro hombre encargó á su guía de la respuesta.

El paisano, con la perspicacia que caracteriza á los hijos de la campaña, dijo sencillamente que aquel hombre no pertenecía á la gente del Gobierno de Buenos Aires y era un simple caminante, á quien él había acompañado, porque se proponía hacer amistad con los valerosos caciques, dueños de la tierra, y negociar con ellos en lo sucesivo, ya fuese en plumas de avestruz, pieles de guanaco, de tigre ó de otros animales, como asimismo en tejidos y útiles necesarios para la vida del campo.

Shaihueque, haciendo entrar en su toldo á los visitantes, y pidiéndoles que se sentaran en las cabezas de vaca y de caballo que servían de sillas, reanudó la arenga por medio de su *lenguaraz,* haciéndole decir al ingeniero: Ignoro por completo el pensamiento ó propósito que tienes oculto en el fondo de tu corazon, pero no debes pasar tierra adentro si temes la muerte, porque aunque en mis dominios nada te ocurra, hay por allá otros hombres que supondrán al momento, que vas á aprender los caminos para venir más tarde á batirnos con un ejército.

— Mi misión es de paz y nada temo, dijo Mr. John, que había empezado á tomar más confianza y aplomo, viendo que una de las mujeres les aproximaba una cantidad considerable de carne de yegua asada, de la que todos empezaron á cortar por órden jerárquico, con sus propios cuchillos, saboreando libremente aquel manjar predilecto.

No había platos ni cubiertos, y correspondía servirse á Mr. John, que difícilmente hubiera salido de aquel compromiso, si su acompañante, sacando de la cintura un largo *facon,* no le hubiese preparado una especie de flecos de bocados, que pendían de una costilla entera.

—*Right!* dijo Mr. Peterson, empuñando la costilla por una extremidad. La carne de caballo no debe ser tan

desagradable como algunos la suponen; ha sido el alimento de todos los pueblos, ó de casi todos en la edad de piedra y gracias á este viaje, tengo la curiosa oportunidad de asistir personalmente á una comida retrospectiva ó primitiva, pudiendo observar costumbres análogas ó iguales á las que tuvo nuestra raza teutónica en su época pre-histórica.

Los comensales que rodeaban el humeante costillar de yegua, no entendieron del todo aquella alocucion, pero por deduccion y suponiendo que se trataba de un elogio, manifestaron su aprobacion por medio de signos de cabeza.

Despues de un instante, la mujer del cacique anunció que tambien tenían pescado frito, del que se había traido del río el día anterior, y sacando el asador, colocó en su reemplazo dentro de una fuente, unos cuantos, que pronto fueron repartidos entre la concurrencia.

—Señores, dijo el inglés, yo gusto mucho de este alimento, pero para no clavarme espinas, acostumbro sacar la dentadura; y diciendo esto, hizo una especie de arcada y puso sobre sus rodillas un hermoso juego de dientes postizos.

VI

Brujo improvisado

Fué tan grande la sorpresa que experimentaron todos, al ver aquella original operacion, que á *Shaihueque* se le cayó de las manos la presa que llevaba á la boca, y unos cuantos indios dispararon gritando: *Hualicho!... Hualicho!*

Este hombre es un brujo, vociferaron las mujeres en su lengua. Nos va á hacer algun daño!

La situacion se hubiera complicado, si el guía que acompañaba al inglés no hubiese dicho:

—Sí!.... es brujo! pero brujo amigo y que no hará ninguna mala accion, siempre que se nos permita seguir viaje tierra adentro.

Preguntó entonces el guía á su patron si sabía hacer algunas pruebas de magia; pues solo haciendo creer á los indios que era brujo ó mago, le permitirían continuar su viaje.

Mr. White recordó que en su juventud más de una vez había hecho juegos de ligereza ó de prestidigitacion, tales como sacar monedas de un bolsillo vacío, adivinar cartas de la baraja y varias otras suertes.

—Puedo, dentro de cinco minutos, dar una conferencia *mágica,* dijo el inglés á su asistente, comprendiendo que aquel era el único medio de salir bien del paso.

Despues, y ocultamente, sacó de su cartera algunas

monedas, y de la valija un juego de cartas, y parándose detrás de las maletas de viaje, remangose los puños y dió principio á la fiesta, pronunciando un breve discurso en inglés, que todos creyeron exorcicio al *Hualicho.*

Una vez terminada la peroracion, se aproximó á *Shaihueque*, y empezó á sacarle de la nariz una cantidad de libras esterlinas. Suerte que produjo una gran sorpresa y efecto deslumbrador entre la concurrencia.

Excusamos decir que el Hermman improvisado tuvo buen cuidado de que las monedas cayesen en su propio sombrero.

Los concurrentes se tranquilizaron un tanto, viendo que su gefe reía y se palpaba la cara y el cuerpo, como tratando de averiguar, donde era que hasta entonces y sin saberlo, había tenido oculto aquel tesoro.

El prestidigitador había tambien cobrado aplomo, comprendiendo que se ajigantaba su figura en el concepto de todos.

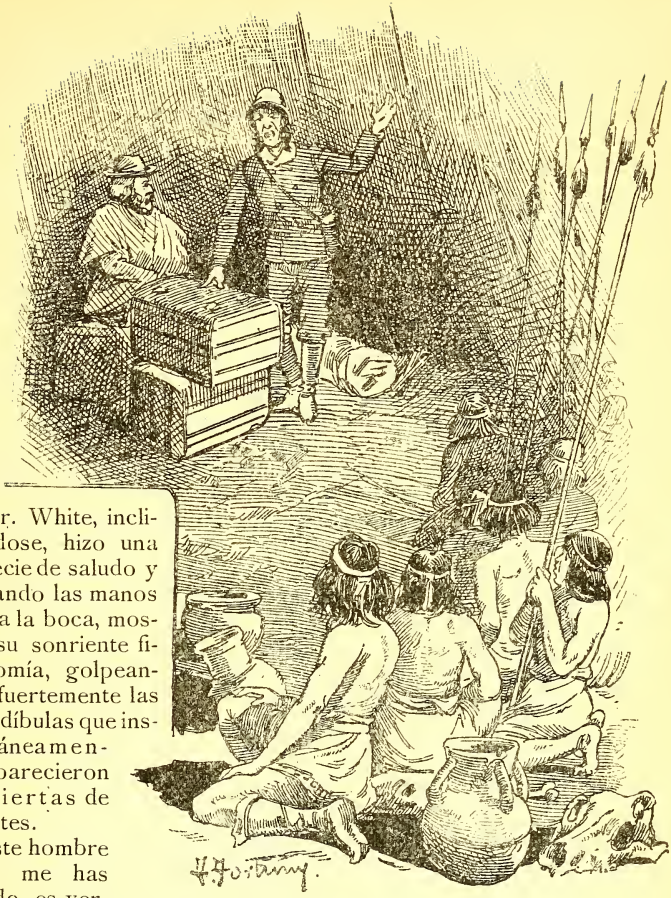
Pasada la emocion producida por la prueba de las monedas, Mr. White, con una perspicacia de viajero y hombre de mundo, comprendiendo que iba á llegar el momento de arrancar aplausos de aquel público, volvió á ocupar el lugar de preferencia, detrás de las maletas, y tomando una actitud académica, dijo:

Ladies and gentlemen, my very respectful auditory: puesto que la suerte me ha favorecido trayéndome entre vosotros, y que la magia negra os revela mis brillantes cualidades nigrománticas, voy á proceder á dotar de nuevo mi boca con una dentadura tan fuerte como la que cada uno de vosotros posee.

Prodújose en el público una nueva espectativa.

Mr. White, entonces, estirando sus rubias patillas para los lados abrió ampliamente la boca dejando ver unas limpias encías, donde no figuraba ningun diente.

Shaihueque y algunos otros quisieron ver de cerca aquel portento. El mismo guía que reía satisfecho viendo que la jarana iba tomando buen camino, dijo algunas palabras en indio, que importaban un elogio.



Mr. White, inclinándose, hizo una especie de saludo y llevando las manos hacia la boca, mostró su sonriente fisonomía, golpeando fuertemente las mandíbulas que instantáneamente aparecieron cubiertas de dientes.

Este hombre que me has traido, es verdaderamente un brujo, dijo *Shaihueque* al paisano.

Es verdad, le contestó éste, y por eso no he vacilado en acompañarlo, pues un hombre tan inteligente y hábil como él, debía de ser amigo de un *Gulman*, tan valiente y poderoso como tú.

Viendo todos á Mr. White con su fisonomía primitiva, prorrumpieron en palabras entusiastas.

Para concluir, dijo Mr. Peterson, voy á mantener perpendicularmente una vara sobre un sitio cualquiera, sin clavarla en el suelo y sin que la sujete en el aire más que mi voluntad.

Tomó entonces un baston de madera que tenía en las manos un capitanejo, y sentándose sobre una maleta, lo colocó suave y verticalmente en el suelo, teniéndolo por la parte superior.

Cuando la vara se hubo apoyado sobre un hilo negro invisible, que el inglés había tenido la precaución de atarse de una á otra rodilla, la soltó de la parte superior, dejando sus brazos tendidos hacia arriba y moviendo tan solo los dedos, dijo:

He aquí un baston encantado desde este momento, y que dará felicidad y suerte al que lo lleve.

Todos vieron oscilar aquella vara por espacio de algunos minutos, y nadie dudó de la virtud que le había sido comunicada por el brujo.

Naturalmente, su dueño quedó en extremo satisfecho, y en agradecimiento, dió un fuerte abrazo á Mr. White, quien pidió le permitiesen no proseguir aquellos experimentos, á causa de los grandes esfuerzos mentales que requería su ejecucion.

VII

Confidencias nocturnas

HABÍA avanzado la noche y era ya tiempo de descansar.

Shaihueque pretendió hacer dormir al inglés en su toldo de pieles.

Nuestro viajero se había captado la voluntad del gran gefe indio, que pensaba en lo útil que le sería tener á su lado un hombre tan sabio y extraordinariamente dotado.

Mr. White no aceptó la invitacion excusándose del mejor modo, en lo que indudablemente hizo mal como hombre observador, pues mucho hubiera tenido que aprender si se hubiera quedado debajo de aquel inmenso toldo, que abarcaba una superficie cuyo diámetro no tendría menos de doce metros y debajo del cual dormían habitualmente en estrecho y fraternal conjunto, el cacique ó sea el especimen curioso del señor feudal de las primeras edades; sus cinco mujeres, diez ó doce vástagos de la familia real, de distinta edad y sexo; los convidados ó visitantes, á quienes se desea obsequiar, y los perros de todos, que en las noches frías, hacen las veces de cubre pies ó de calentador perpétuo.

El inglés y el paisano se retiraron á la pequeña carpa portátil instalada en la proximidad, y se acostaron en las

camas que habían improvisado valiéndose de las mantas de viaje, los *ponchos* y el apero de los caballos.

Cuando se apagó el candil que alumbraba con intermitencias el interior de la pequeña tienda, Mr. John dijo á su compañero en voz baja:

—Cuando la casa de Bahía Blanca á que venía dirigido, me indicó á Vd. como acompañante, creí que se trataba simplemente de un peon de campo, pero esta noche, he visto que Vd. es un gran auxiliar mío y que coopera eficazmente á la realizacion de los propósitos de la compañía inglesa, que ha de transformar estas comarcas vírgenes, ocupadas actualmente por salvajes, en centros poblados y productores.

—Señor, dijo el gaucho, dispense que lo interrumpa pero me parece que sería oportuno no hablar de ese asunto en este momento y entre esta gente, que puede muy bien estarnos escuchando.

—*All right!* dijo el inglés, deseo saber su nombre y domicilio fijo, para consignarlo en mis informaciones.

—Yo soy un pobre gaucho, agregó el interrogado, que he nacido y me he criado en estas tierras de Dios, sirviendo cuando he podido al hombre que ha necesitado mi humilde ayuda. Me llamo Juan Sin patria, ó más bien dicho, así me llaman, por lo pobre y andariego que he sido, y á mí me gusta más este apelativo que el de Gomez, que llevaba mi padre, porque aquel no era más que un nombre y este que llevo se armoniza con lo que somos los hijos de esta tierra.

—Pero Vd. tiene una patria muy grande y muy rica! dijo el inglés interrumpiendo.

—El gaucho, señor, no tiene patria, respondió el paisano que parecía predispuesto á la melancolía en las horas del silencio y de la oscuridad de la noche, ha nacido para trabajar, para sufrir, para pelear á los infieles, para servir de carne de cañon en las guerras ó montoneras de los caudillos, para no tener un techo que lo cobije, hogar, ni familia. Para todo eso hemos nacido los criollos, aunque ya pocos van quedando.

Antes, ser gaucho era un mérito; una gauchada era una accion liberal é inspirada por un propósito noble y generoso; hoy el hombre de campo se avergüenza de que lo llamen *gaucho*. (I)

Es cierto que los de ahora ya no saben manejar un lazo, ni saltar en pelos un bagual de los matreros, ni visten el *chiripá*, ni el calzoncillo cribado, ni la bota de potro. Han encontrado más linda la bombacha y la alpargata!

A esta altura de la conversacion, Mr. Peterson, empezó á roncar, y Juan Sin patria, sumido en sus cavilaciones y acostado en su recado, guardó tambien silencio, aunque reflexionando á propósito de la indiferencia con que los ricos miran las desgracias de los pobres.

(I) Argentinismo, compuesto de *Gau*, (simplificación de *Gauderio*), y *Che*, hombre, en lengua araucana.

VIII

Bajo los Caldenes

Al día siguiente temprano, los indios debían levantar sus toldos para seguir viaje hacia la costa, buscando la proximidad del pueblo de Patagones.

Nuestros hombres habían tambien resuelto partir, pero con opuesto rumbo.

Shaihueque no se opuso á que se internaran esperando encontrarlos á su regreso al desierto, y proponerle entonces al inglés que se quedase entre ellos, para que le sirviera de consejero. Cuando el Baqueáno arregló las cargas sobre el lomo de los caballos de tiro, Mr. White estuvo listo tambien para montar, separándose unos de otros, despues de una cordial despedida.

Venía amaneciendo; del lado de oriente una ancha aureola alumbraba el espacio, pintando de oro y de carmin las gruesas nubes. Sobre la verde alfombra de yerba que tapizaba la inmensidad de aquellos campos, se proyectaban largas y móviles sombras.

Eran nuestros dos viajeros y sus bestias de carga, que al salir el sol se encontraban ya á una gran distancia de la toldería, tomando la direccion de esas típicas rastrilladas indias, que conducen al interior de los desiertos.

—Y bien, dijo de pronto Mr. John, despues de algunas horas de marcha, y al llegar el medio día; los incidentes

que nos han ocurrido durante la original visita de anoche, no pueden pasar sin ser consignados en mi libro de anotaciones. Convendría por lo tanto, dar un descanso á nuestros fatigados caballos, y preparar alimento para nosotros, que todo no ha de ser marchar.

— Señor, replicó el paisano, yo no traigo más carne entre las caronas de mi recado, que un matambre de yegua, y me supongo, que este alimento será poco agradable para Vd.; de manera que si lo encuentra bien, podemos seguir la marcha un momento más para llegar á un sitio donde hay sombra y agua, y donde hace años estuvo establecida una toldería, allí tal vez encontraremos alguna caza.

El inglés accedió en seguir la marcha, y media hora despues la pequeña caravana se detenía á la orilla de una laguna y al pié de unos *caldenes*.

— Debíamos cazar algun animal en este monte, dijo Juan Sin patria, para que Vd. comiese carne fresca.

— *All right!* respondió Mr. Peterson, dirigiéndose á su maleta. Vd. puede preparar el asado de yegua, mientras que yo hago caldo y té con leche.

El asistente hizo en un momento fuego, observando con curiosidad al inglés, por saber de que medio se valdría, para hacer caldo y tomar té con leche en medio del campo.

Mr. Peterson entonces, sacando de sus alforjas dos pequeños tarros, uno blanco y otro oscuro, se dirigió hacia su ayudante con uno en cada mano, y en llegando al fuego en que empezaba á prepararse el asado, dijo lo siguiente:

Tenga Vd. presente, señor Juan Sin patria, que en este tarro blanco, tenemos sustancia de leche en cantidad suficiente para alimentarnos por espacio de ocho días. Y que en este otro tarro oscuro, hay sustancia de carne, que disuelta en agua, puede alimentarnos, aunque parcamente, por el mismo espacio de tiempo.

—Señor, dijo el paisano, despues de observar detenidamente los dos pequeños tarros con cierto aire de duda,

yo no ignoro que tienen artes muy raras los extranjeros, para salir de cualquier apuro, pero espero tener la suerte de no probar de esas sustancias compuestas. — Estos campos están llenos de piches, peludos, gamas, guanacos, quirquinchos y yeguas alzadas á las que no me ha de ser difícil, enredar en las patas mis boleadoras, ó sujetarlas con el lazo, si la carne nos hace falta.

—Bien, respondió Mr. Peterson, dejando por un momento los tarros en el suelo y sacando su cartera, esos son recursos del viajero en estos campos, que me conviene anotar, y sentándose escribió el nombre de los animales que el asistente había enumerado.

En mi juventud, dijo despues de un breve instante, el inglés, fuí muy afecto al dibujo; y á la verdad, que esta inclinacion me ha servido de mucho en la vida.

Con ligeros rasgos de lápiz, había hecho Mr. White, el retrato de un indio y mostrándole despues la cartera á Juan Sin patria, le preguntó: ¿sabe Vd. quién es éste *gentleman* patagónico?

Se parece á mi compadre *Shaihueque;* dijo el paisano.

—¿Compadre?

—Sí señor, compadre, porque ha de saber Vd. Señor D. *Peter*, que en un tiempo, cuando yo era mas mozo y me daba por manejar el *hueso*, (1) poniendo en la suerte, á veces, lo que nunca he ganado con el trabajo; me desgracié en una ocasion, y como anduve mal con el Alcalde del pago, que era protegido del Juez; tuve que ganar los toldos, pues la autoridad me perseguía á causa de que se me corrió la mano y en vez de marcar en la cara á mi rival, lo dejé *reyuno*, (2) lo que él naturalmente, no podía olvidar despues.

Cuando gané los indios, me agregué á esta tribu de *Shaihueque*, y él me hizo su compadre y me trató bien,

---

(1) Se refiere al juego de la taba, á que son muy afectos los hombres de la campaña.

(2) Llámase así, al que le falta una oreja.

porque según decía, era yo muy toro para las boleadas de avestruz y para otras cacerías.

—Y ¿cómo volvió Vd. á los cristianos? preguntó el inglés.

—Después de seis años de hacer vida de indio, supe por unos cautivos que había muerto el *reyuno* y me resolví á volver á mi pago, comprando mi libertad con la

dádiva que le hice al infiel, de una tropilla de caballos plateados, que él y yo estimábamos en mucho.

Desde entonces tengo entrada libre en los toldos, prosiguió diciendo con aire de satisfaccion el asistente, y si no fuera así, no nos hubieran permitido continuar el viaje, ni yo sería tan entendido en lengua tehuelche y araucana.

Mientras tuvo lugar esta conversacion, Mr. Peterson, había sacado de su equipaje unas pequeñas vasijas, que se armaban á voluntad, por estar formadas de delgados círculos concéntricos de acero.

Vertió en ellas el agua y la sustancia suficiente para hacer el caldo, y aproximando al fuego aquel aparato, lo mantuvo en el aire por medio de una piola, hasta que el líquido hirvió lo bastante al calor de la llama.

Por un procedimiento análogo, despues de tomar el caldo y comerse el asado, los viajeros hicieron el té con leche, y como ya habían pasado las horas del medio día, y los cargueros habían descansado, resolvieron continuar su viaje.

IX

El malon

> Veíanse lanzas agudas,
> cabezas, crines ondeando,
> y como formas desnudas
> de aspecto extraño y cruel.
>
> *Echeverría.*

EMPEZARON á marchar de nuevo; Mr. John, aproximó su caballo al de su acompañante, y con aire confidencial le dijo lo siguiente:

Como Vd. ha vivido entre los indios, le será muy fácil conseguir algunas prendas y trajes análogos á los que adornaban las personas de las mujeres de *Shaihueque*. Yo pagaré bien esta adquisicion, que será para mí de gran valor, una vez que regrese á Inglaterra. Tambien quisiera, que durante el viaje que vamos haciendo, me contase algo, á propósito de los usos y costumbres de estas tribus, sus creencias religiosas, su modo de hacer la guerra y administrar justicia, y de cuanto Vd. recuerde, y quiera decirme.

—Señor, dijo Juan Sin patria, si usted quiere prendas de los indios, el modo más fácil de conseguirlas es comprárselas á los vivos ó robárselas á los muertos. Yo me puedo comprometer á lo primero; en cuanto á lo segundo, me limitarè á enseñarle donde hay enterrados más de

quinientos araucanos, y no haré poco. Si usted no tiene miedo á los difuntos, ni á las almas del otro mundo, puede desenterrar cuantas prendas desee. Yo por mi parte, me guardaré muy bien de tocar objetos que hayan sido de muertos, ni cargar con ellos.

En cuanto á contarle los usos y costumbres de los Pampas ó de los Araucanos, lo haré con mucho gusto toda vez que usted así lo desee; me es agradable recordar los trabajos que pasé y las penas ó alegrías que me sobrevinieron en los seis años que hice vida de infiel, recorriendo los desiertos sin más ayuda que mis boleadoras y mi cuchillo, ni más compañía que á veces, la de los indios, y generalmente la de mis caballos y mis galgos.

—Bien, dijo Mr. Peterson, estoy conforme en que Vd. me avise cuando encontremos tumbas de indios, donde sé que están las prendas que deseo, por haberlo leído en las obras de algunos exploradores. No tengo temor de los muertos, y sí, algunas veces, de los vivos. Si llego á extraer prendas ú objetos de uso indio, estaré muy contento, pues lejos de haber cometido una mala accion, creeré haber prestado un servicio á la ciencia.

—Yo, dijo el gaucho, estaré conforme con servirlo, y que quede Vd. satisfecho de mi trabajo.

—Bien, dijo White, ¿podría Vd. contarme algo á propósito del gobierno de los caciques, y del modo como los indios hacen la guerra?

—Nada es más fácil, agregó el paisano, sacando su tabaquera y armando un cigarrillo.

Los indios no toman las armas para hacer la guerra sino cuando se creen engañados, ó cuando van á *trabajar,* como ellos dicen cuando salen á practicar algún malon, sobre las fronteras pobladas por los cristianos. (I)

Si un indio se cree agraviado, y si es individuo de algu-

(I) Llamaban «cristianos» á todos los hombres blancos ó que viviesen entre ellos, aunque perteneciesen á cualquier religion, lo que les era indiferente.

na influencia ó significacion en su tribu, monta á caballo y echa por delante sus mejores pingos y va de toldo en toldo visitando á sus parientes, amigos ó compañeros, incitándolos á llevar un ataque á sus contrarios. Naturalmente, empieza la visita por los principales capitanejos ó caciques de su parcialidad, á quienes les cuenta en que lugar y cómo ha sido ofendido, afeando lo más posible la conducta de sus agresores.

Si la queja se toma en cuenta por todos, y la agresion merece castigarse, los capitanejos convocan á todos los guerreros para celebrar una *Chueca*, que es una fiesta especie de parlamento, donde debe haber en abundancia una bebida que hacen con la fermentacion del trigo ó del maíz.

Pocos días tardan los hombres de lanza en reunirse en el paraje convenido, y cuando la bebida ha hecho su efecto, toma la palabra el más anciano, que es al que corresponde siempre los relatos, y expone las razones que hay para tomar venganza de los ofensores de un miembro de su tribu.

Concluido el relato y durante algunas horas se arma una algarabia en que todos hablan, riñen ó discuten. Despues cesa el bullicio á indicacion del viejo ó del cacique, y se vota si ha de hacerse ó no la guerra. Si hay mayoría, la reunion se disuelve, conviniendo de antemano en el día, hora y paraje en que han de volverse á reunir, listos para el *malon*.

Al lugar de la cita concurre cada hombre de pelea llevando cuanto puede necesitar, que se limita generalmente á su lanza, su cuchillo y un pedazo de carne de yegua, colgada en el *fiador* (I) de su caballo.

Cuando todos se han reunido, el ofendido toma el mando ó acompaña al que dirije la expedicion, y allí en breves palabras, se compromete á pelear y á sucumbir si es ne-

(I) Especie de collar de origen árabe.

cesario, en defensa de cualquiera de los que le acompañan.

Concluida esta especie de juramento, todos aclaman al ofendido, y marchan rápidamente al lugar donde han de ejercer su venganza.

Hay días preferidos para llevar á cabo una invasion. Es mejor marchar de noche y en la madrugada, porque á estas horas se fatigan mucho menos los caballos. La neblina ó cerrazon, favorece para marchar sin ser vistos, y por último la luna llena alumbra lo bastante el camino, sin que su luz permita á los cristianos ver la invasion que penetra por sus campos. Y mientras que el grueso de la gente va marchando reunida, los bomberos ó espías, que han llegado con anticipacion hasta la proximidad del pueblo ó toldería que debe atacarse, van y vienen rápidamente, trayendo noticia al jefe de la expedicion, de los movimientos de su enemigo.

Las armas de fuego han sido siempre escasas entre los indios.

Mariano Rosas, Callvucurá, Epumer, Catriel, Pincen y otros caciques, han usado de algunas, llevadas á los tóldos por los desertores; pero el salvaje prefiere siempre pelear con sus *laques* (bolas de piedra), y sus lanzas de caña tacuara, que tienen por lo general de quince á diez y ocho pies de largo.

Las armas modernas, á repeticion, que tan eficaces han sido para resolver la cuestion fronteras é indios, han hecho cambiar mucho el buen concepto que estos tenían formado á propósito de la importancia de las lanzas y las boleadoras, como armas de combate.

La *chusma,* es decir, las mujeres y los muchachos indios, siguen de cerca al grupo de lanceros, y cuando llega el momento del asalto, entran á las habitaciones y se apoderan de todo cuanto encuentran.

El mejor botin que puede hacer el indio, es encontrar mujeres blancas que cautivar. Si son hermosas, pasan á servir á sus serrallos, y si feas.... ¿feas?.... para los indios no hay cristiana fea; pero cuando se cansan de su

compañía las venden ó las cambian, y en el último caso, cuando son viejas se las destina á esclavitud y servi dumbre.

Otras veces, las cristianas sirven para el rescate; en ese caso, y á fin de que no huyan de los toldos, se les despalman las plantas de los pies. (1) Procedimiento es este, análogo al que hacen con los animales para que tomen querencia. ¡Pobres cautivas!

---

(1) Al leer esto, no faltará quien se espante del salvajismo de los naturales, olvidando, ó ignorando tal vez, que el conquistador Don Pedro de Valdivia, hacía cortar las narices y la mano derecha á los araucanos *prisioneros de guerra*, y que los naturales podrían bien alegar que han aprendido crueldades en las prácticas de los blancos.

X

La Rinconada

Unos días despues, nuestra pequeña caravana, es decir, la de Mr. John Peterson White, campaba á orillas de un collado. Del lado izquierdo corría turbulento un riachuelo cristalino, cuyas aguas al caer, jugueteando entre guijarros, promovían esos alegres rumores que encantan al viajero que llega fatigado á mitigar su sed y á reposar un instante en medio del desierto, donde tal vez antes, jamás llegó la planta humana de hombres civilizados.

— Señor, dijo Juan Sin patria, ¿vé Vd. aquellos pequeños promontorios verdes que se levantan en el campo, cerca de las barrancas?

—Sí veo, dijo Mr. Peterson.

—Pues bien, debo avisarle que esas son tumbas de antiguos araucanos, que habitaron en este valle hasta hace pocos años, y que estamos á muy corta distancia del paraje dondo estuvo establecida la tribu.

Venga señor, dijo Juan Sin patria, subamos á pie esta barranca y le mostraré desde la altura una curiosidad india, que estoy seguro ha de llamarle la atencion.

Mr. Peterson aceptó la invitacion, y tomando su rifle, subió la altura escalando la cuesta, en compañía de su guía.

—¿Vé Vd. aquel gran círculo formado por una zanja casi borrada, que se descubre al principio de este inmenso valle y mas allá de las tumbas? dijo el paisano, tendiendo su brazo hacia el campo.

—*Yes, my good friend!* dijo el inglés, sorprendido al descubrir al alcance de su vista las ruinas claras de un pueblo de salvajes.

—Aquel paraje que le estoy mostrando, continuó el guía, y que parece un gran foso, era el circo donde por espacio de mucho tiempo se reunían los hijos de estas tierras á celebrar las fiestas del año.

Aquí han habido más borracheras, parlamentos y bailes, que pelos tengo en la cabeza.

—Entonces ¿es este un paraje importante y memorable?

—Como que estamos en el lugar llamado *Rinconada,* á orillas del Río Negro, dijo el baqueano, que hacía gala de conocer los nombres de todos los campos por donde habían pasado.

—Bien, dijo Mr. Peterson, este espléndido paraje, debe ser determinado por mí, geográficamente, pues el valle que tenemos á la vista presenta un aspecto admirable de fertilidad.

La tierra vegetal es abundante, á juzgar por los pastos de toda la comarca, y no podría encontrarse un sitio mas adecuado para que la Compañía que represento, estableciese una de las colonias agrícolas que han de transformar estos campos solitarios, en fértiles centros poblados. Veo, con los ojos de la imaginacion, esparcidas por este hermoso campo, las alegres cabañas y las doradas mieses que han de producirse dentro de poco tiempo!

—Señor, dijo Juan Sin patria, le pido que cuando volvamos otra vez á estar entre indios, no vaya á hablar de las muchas poblaciones y sembrados que va á hacer Vd. y la Compañía, porque esto podría comprometernos y dejarnos muy mal parados ante los caciques, que no quieren saber nada de las ventajas que entre nosotros se atribuye á la vida civilizada.

—Bien lo sé y no ha de temer Vd. que yo cometa indiscreciones, pero los indios han de entrar tambien por la civilizacion, y nos han de agradecer más tarde á nosotros los ingleses, que los hagamos hombres de trabajo.

Rióse el criollo y agregó: —Mucho he visto señor, en esta vida, y algo espero aprender antes que mis ojos se cierren para siempre. Sé que el indio sabe trabajar y siembra cuando le conviene. Aquí mismo, en estas ruinas, tenemos los vestigios de sus eras, ó sea de los sitios donde pisaban el trigo; pero esa raza es demasiado indómita y altiva para que pueda nadie someterla al trabajo.

Estaban en esta conversacion, y Mr. Peterson se ocupaba de tomar la altura del sol por medio de un sestante que había sacado de un estuche de cuero, cuando de pronto vieron venir hacia el arroyo, una cuadrilla de guanacos y avestruces, los que en su marcha describían ligeras y graciosas curvas.

— Ocúltese señor, dijo el paisano á su patron, dejándose caer en tierra; y Mr. Peterson tomando su rifle, se ocultó detrás de una gran mata de yerba, para esperar á que se aproximasen aquellos animales.

Cuando estubieron cerca, se oyó el estampido del tiro, y una hermosa gama quedó junto á la aguada.

Juan Sin patria se encargó de sacar la piel y de preparar un asado de costillas.

—¿Será esta carne buena para alimento del hombre? dijo Mr. Peterson.

—A mi me gusta... y á buena hambre no hay pan duro, agregó el baqueano, y á más, he oído decir siempre que: «*Uña partida, buena comida.*»

XI

Las prendas del muerto

En estos valles pasaremos unos días, dijo el inglés despues de la comida, de manera que podemos establecer la carpa y guardar las cargas, organizando todo convenientemente para salir mañana ó pasado temprano, á practicar pequeños reconocimientos por los campos inmediatos.

Todo se dispuso bien; los caballos que seguían á la yegua madrina podían pastar sueltos en la pradera, mientras que ésta, sujeta por la manea, hacía sonar de cuando en cuando el cencerro que llevaba al pescuezo y que sirve para que los animales de la tropilla no se separen unos de otros.

A la tarde Mr. John, fué á visitar las tumbas araucanas.

¿En qué Dios creen los indios? le había preguntado á su guía.

—Para ellos, respondió éste, hay dos poderes grandes ó dos espíritus superiores, que se disputan el predomio de todo. El bueno se llama: *Gunechen,* palabra que significa: el que manda á todos. Tambien le dicen: *Pepilfoe*, es decir, el que todo lo puede. El espíritu malo, el que tiene la culpa de todas las desgracias que ocurren, se llama: *Hualicho ó Huecuvu.*

Estos dos seres poderosos, tienen legiones de prosélitos

de mayor ó menor importancia ó influencia en las acciones del hombre ó en lo que á él se refiere.

Sucede frecuentemente, que unos indios piden á *Gunechen* que los proteja, mientras que otros le ruegan igual cosa á *Hualicho.*

—¿Y como entierran los muertos?

—En mi cautiverio, dijo el gaucho, he visto muchas veces enterrar los muertos, y segun la categoría del difunto, es la clase de ceremonia que se practica.

Recuerdo que una vez, estando en Salinas Grandes, asistí al entierro de un cacique renombrado. La ceremonia duró todo el día, y mucho tiempo despues todavía se lloraba al difunto.

Abrieron una gran fosa en el campo cerca de los toldos y despues llevaron los mejores caballos del muerto y los mataron sin degollarlos, es decir, los ahorcaron, y una vez que estuvieron sin aliento, colocaron aquellos animales, echados sobre sus patas y con la cabeza tendida hacia el lado en que sale el sol.

Mientras tanto, otros indios retobaban al difunto en un cuero de toro poniéndole sus mejores *pilchas* y sus prendas de más lujo, despues lo trajeron al foso, entre la gritería de la indiada que atronaba los aires, y el llanto de las mujeres que tambien gritaban, porque dicen que los gritos ahuyentan el *Hualicho.*

En el fondo de la fosa pusieron al muerto, colocándole ásu lado las prendas de plata, que le habían pertenecido en vida, y que usaba comunmente para aperar sus caballos.

Allí había prendas de todas clases, que tal vez muchos de los que veían, las estarían codiciando; frenos de copas con coscoja, estribos de bracero, de los que ahora poco se ven, pretales cargados de monedas, cabezadas, *rebenques,* maneas y fiadores que cada uno valía un Potosí, porque aquel indio, segun decían, había sido muy *malaso* guapo y negociante, y él mismo trabajaba los metales que á cambio de hacienda robada, traía del lado de Chile.

—¿Y cómo trabajaba los metales? dijo Mr. Peterson.

—A segun pude ver, agregó el baqueano, el bárbaro tenía un toldo en donde había una fragua como la que usan los herreros en nuestras poblaciones. El fuelle lo había fabricado con el pellejo de un ternero, sacado sin cortar, en forma de bolsa, y el pico del fuelle era hecho con el caño recortado de un fusil viejo.

—¿Y el carbon para hacer fuego?

—Carbon hay mucho en las cordilleras, señor, pero nuestro platero no necesitaba de irlo á buscar para conseguir un fuego bastante fuerte. Con lo que llamamos en la campaña, leña de vaca, y con trozos de madera dura, se produce un calor suficiente para derretir la plata.

—Bien, dijo el inglés, comprendo ese sistema.

—Lo más triste que ví, el día de aquel entierro, es lo que todavía no he contado, dijo el gaucho cambiando de actitud. Si viera señor, lo que pusieron del otro lado del difunto!

—Pondrían más prendas de plata.

—Qué! señor, habían llevado siguiendo el acompañamiento, á las cuatro mujeres del indio y cuando pusieron á éste sobre el lecho formado con su apero y depositaron las prendas, un bárbaro se aproximó por detrás á la mujer más jóven y hermosa de las cuatro que allí estaban y que tenía en brazos una criatura, y con presteza suma, reboleando una bola, la hundió en el cráneo de aquella pobre mujer que cayó exánime sobre el cuerpito de la débil criatura.

Aquellas dos inocentes víctimas fueron las prendas colocadas al otro lado del cacique muerto, y despues se echó alguna tierra y se pusieron encima, siempre mirando á oriente, los caballos que estaban sobre la fosa, los perros más queridos del muerto y tambien su lanza.

La posicion de los muertos era con los pies al naciente y boca arriba, y segun dijeron, así deben colocarse siempre, para que sus espíritus vean y saluden al sol cuando amanece. En esa posicion han de estar estos que tenemos aquí cerca.

—Me explico ahora, dijo el inglés, porque es que so-

bre cada tumba crecen tantas hierbas y flores silvestres. La tierra á más de haber sido movida, está abonada por los cadáveres de los animales que fueron allí agrupados.

Dirigióse entonces á las tumbas con una pequeña azada que llevaba en los cargueros, y al caer la tarde empezó una minuciosa excavacion de la que creyó más importante.

Despues de un cuarto de hora, de trabajar con aquella mala herramienta, Mr. White tenía sobre el terreno, el esqueleto de un caballo y un retobo de cuero, que segun comprobacion, resultó contener los huesos de un perro.

—Estos dos cadáveres, dijo Mr. Peterson, ofrecerían muy poco interés á los hombres de ciencia, veremos más abajo; y penetrando en la cavidad ya hecha, siguió excavando el fondo.

El paisano que miraba desde lejos aquella operacion, con cierto disgusto y temor, preguntó á su patron si no temía molestar la paz en que yacen los muertos.

—De la muerte aparente, surge la vida en la evolucion

de la materia, dijo Mr. White, y así como estos cuerpos tendidos sobre el suelo, producen bellas flores, que encantan al viajero, tambien de la investigacion de los usos y costumbres de un pueblo primitivo, surgen conclusiones que ensanchan los límites del saber.

Investigar, excavar y tratar de conocer lo que se ignora, es el profundo anhelo del hombre civilizado, en la época presente; y yo no me perdonaría jamás el haber pasado indiferente por sobre estas tumbas.

Siguió funcionando la azada por un momento más. De repente un ruido seco hizo notar á nuestro excavador la presencia de un nuevo objeto. Era un hueso. El fémur del cadáver de un hombre.

Con un poco de prolijidad, el inglés no tardó en encontrar el cráneo correspondiente á aquel cuerpo.

—Esta forma de cabeza, aplanada en la parte posterior, y de un ángulo facial poco notable, corresponde bien á la raza primitiva, dijo.

—El cráneo chato en la nuca no es debido á otra cosa más que á que las madres, para poder transportar sus hijos con facilidad de una parte á otra, los envuelven sobre una tabla, obligándolos á mantenerse derechos, replicó el paisano.

Del fondo de la excavacion sacó Mr. Peterson unas cuantas prendas de plata y vasijas de barro, que indudablemente habían pertenecido en vida á aquel muerto ignorado.

Por análogos procedimientos, el inglés coleccionó varios cráneos y objetos del uso de los pampas ó araucanos.

La noche había llegado y la luna que desde lo alto alumbraba con luz suave aquellas soledades del desierto, sirvió á Mr. White para concluir de acondicionar los fúnebres despojos.

A aquella hora, las flores de los muertos habían doblado sus tallos sobre unas tumbas sin mármoles ni cruces, como símbolo triste de la existencia humana tan efímera y llena de deleznables pompas.

XII

Los perros cimarrones

Un pequeño fogon alumbraba durante la noche la carpa de los viajeros, que sentados en su proximidad, comentaban los incidentes del viaje.

—Hace ya quince días que salimos de Patagones, dijo el inglés, y creo tener bastantes anotaciones en mi cartera, para poder enviar á Inglaterra un extenso informe sobre las comarcas recorridas. Supongo, sin embargo, que las tierras más próximas á los Andes han de cambiar de aspecto y de condiciones.

—Cuanto más nos internemos hacia las montañas, dijo el guía, nos encontraremos con valles más hondos y fértiles, pero en cambio éstos son escasos, mientras que la montaña, sin árboles ni hierbas, lo ocupa todo.

Por los torrentes que caen de las inmensas sierras, y que á veces están casi sin agua, puede uno subir á las alturas donde suele encontrarse el viajero sorprendido de pronto por la presencia de un extenso lago, ó la extension verde de un hermoso campo.

Estaban en esta conversacion, cuando oyeron un movimiento de alarma producido por el tropel y los relinchos de los caballos.

Juan Sin patria, acostumbrado á la vida del desierto, y

á conocer los peligros mucho antes que se produjese el daño, se tendió en tierra sin decir palabra, poniendo la cabeza muy cerca del suelo, en actitud de oir.

—¿Qué pasa? dijo Mr. White.

—Señor, Vd. que es uno de esos hombres de Europa, tan adelantado en todo, ¿podría decirme ahora que peligro es el que nos amenaza, á nosotros y á nuestros animales?

—Poco entiendo de estas cosas, replicó el inglés, un tanto fastidiado por aquella pregunta; pero si hay peligro preparemos las armas.

—Es bueno señor, que estemos precavidos, dijo el gaucho, porque en el monte que está del otro lado del riacho, estan ladrando los perros cimarrones que no tardarán en venir por nosotros ó por nuestros caballos; y diciendo esto se puso de pie y se internó en las sombras regresando despues de un momento, trayendo del cabestro á la madrina que venía seguida de los caballos de la tropilla, los que resoplaban y alzaban la cabeza, alarmados por la proximidad de un peligro que les era aun desconocido.

El *baqueano*, aseguró á soga corta la madrina y con bastante prontitud, hizo una operacion análoga con todos los caballos dejándolos sujetos en el limitado recinto, al lado de la carpa y de la hoguera.

Hagamos otro fuego de aquel lado, dijo el precavido guía, porque estos hambrientos perros son muchos, y no nos dejarán dormir durante la noche. Los caballos se asustan cuando anda cerca una cuadrilla de cimarrones, y hasta el más manso, si lo dejáramos suelto, se separaría de la yegua y de la tropilla, disparando tan lejos, que no lo volveríamos á encontrar.

Media hora despues los perros habían pasado el río y los ladridos hambrientos de aquella inmensa jauria, se oían claramente en derredor de la pequeña caravana.

Juan Sin patria aquietaba sus caballos hablándoles en voz alta, y palmeándoles sucesivamente en la tabla del pescuezo.

—Estamos en un gran peligro, dijo el inglés alarmado, y no comprendo como podemos salvar de tantos miles de perros, como se oyen ladrar.

—Déjelos que se arrimen, y no tema aunque sean muchos, que bien dice el refran: «*perro que ladra no muerde.*»

Los hambrientos canes habían formado una gran rueda de bocas y de ojos centelleantes, que brillaban á la luz de las hogueras, aullando desesperadamente por atrapar la codiciada presa.

—¿Quiere verlos disparar? dijo entonces el guía.

—Ya sería tiempo de que nos dejasen tranquilos.

—Pues bien, señor, apunteles á cualquiera de éllos con el rifle, mientras que yo hago lo mismo con el rewolver de este otro lado, tratando de no errar el blanco para que el estampido de los tiros, y el aullido de los heridos, espante á toda la cuadrilla.

Los dos hombres apuntaron y casi á un mismo tiempo se oyeron las descargas. Entonces, los animales que habían sido heridos ladraron de ese modo quejumbroso y peculiar del perro y toda la jauria se dispersó en un instante. Mr. Peterson, satisfecho por haber salido bien en aquella aventura, siguió tirando tiros al acaso, que sirvieron para alejar más pronto del paraje, á los canes remisos.

—¿De dónde diablos salen estos perros? dijo, cuando ya el peligro había pasado.

—Se crían en el campo, contestó Juan Sin patria, y como son galgos de los que tienen los indios para correr la gama, el avestruz ó el guanaco, dan fácilmente alcance á estos animales y se alimentan de su carne.

Se aquietaron los caballos, y la noche pasó en perpétua vigilancia, porque á lo lejos se oían de cuando en cuando algunos ladridos.

XIII

La caza del Peludo

Al día siguiente temprano, el primero que se levantó fué Mr. White, quien se dirigió en mangas de camisa á la costa para lavarse en la amplia palangana de aguas cristalinas que le ofrecía el arroyo.

A cien pasos de la carpa, gritó á Juan Sin patria preguntándole que especie de animales eran aquellos pequeños y redondos, parecidos á tortugas, que corrían por sobre el terreno.

— Son peludos, patron, dijo el guía; agarre cualquiera de ellos, que no saben morder.

El inglés corrió entonces detrás de uno que pasaba cerca en aquel momento, pero no pudo tomarlo, sino en el instante en que el animalito trataba de penetrar en su pequeña cueva. En ese momento, Mr. Peterson lo había tomado por la colã y trataba de sacarlo, pero el peludo escarbaba y hacía resistencia en el agujero, valiéndose de las uñas y de los bordes de su caparazon para resistir.

— No puedo sacarlo gritó Mr. White, que parecía dispuesto á no largar su presa

— Hágale cosquillas por las nalgas, señor, verá como se encoje, dijo el criollo riéndose, y el inglés entonces tenien-

do fuertemente del rabo con la mano derecha, hizo cosquillas con la izquierda al pequeño cuadrúpedo, pudiendo así apoderarse fácilmente de él.

Este modo de cazar sin pólvora ni municion, es bueno que lo tenga Vd. presente y lo anote en la cartera, para informarle á la compañía, porque estos animales asados proporcionan un agradable alimento, nutritivo y sabroso.

— Tiene Vd. razon, dijo el inglés, pero este accidente como es simple y sin peligro lo pondré más bien en un apéndice, que ha de llevar el interesante informe que preparo, á propósito de la fauna de la Pampa.

El paisano había degollado el peludo y lo había abierto preparándolo para el almuerzo.

Antes de ponerlo en el fuego, y de destrozar este animal curioso, dijo Mr. White, permítame Vd. tomar nota de unas cuantas cualidades que le son peculiares, y que han de servir más tarde para que algun naturalista de mi amistad, determine el lugar, categoría y especie en que debe colocársele en zoología.

— A este animal que Vd. y todo el mundo en este país, conoce con el nombre vulgar y prosáico de *peludo,* convendrá llamarlo, entre los hombres de ciencia, de un modo original y extraño. La palabra que se elija podrá ser cualquiera, á voluntad del sabio, la más difícil de pronunciar tal vez, para lo cual es natural que se recurra al confuso vocabulario de una lengua muerta ó al nombre del investigador.

Mr. Peterson, se entretuvo con una prolijidad británica en contar los dientes que tenía aquel animal, las uñas y las escamas de la caparazon.

El paisano miraba atentamente aquel trabajo, esperando que se le diese la pieza de caza para entregarla al fuego y disponer el almuerzo, lo que en su sencillo concepto era de utilidad mucho mas práctica.

De pronto, dijo al inglés, ¿Me permite Vd. una pregunta?

— ¿Es qué todos los sabios de las Europas son tan minuciosos para contar los pelos, los dientes y las uñas de los animales?

—Hay de todo; respondió Mr. Peterson, como en todas las profesiones. Yo conozco algunos en Inglaterra, que saben perfectamente las causas y los efectos de todos los males, que han llegado á contar con precision los pelos que tienen en la cola los microbios del agua, los mosquitos y las arañas.

Comprendió el paisano que se le hacía una broma, pero no quiso darse por aludido y contestó:—Pues mire, Don *Peter*, en mi ignorancia creo que esos hombres, despues de tomarse tanto trabajo, saben muchas veces menos que los que no se han tomado jamás èsa molestia.

Aquel día era imposible salir en reconocimientos; los caballos no habían comido en la noche anterior á causa de la presencia de los perros sitiadores. Convenía, pues, tomar algun descanso y dejar que se alimentaran los animales, un tanto extenuados por la fatiga del viaje.

Mr. White se entretuvo en estudiar la flora á su manera, formando un pequeño herbario.

En las horas de descanso pedía á Juan Sin patria, que le contase algun cuento ó alguna escena de la vida entre los indios.

—¿Quiere Vd. referirme cual ha sido la batalla más grande y quién el hombre más valiente que han tenido los pampas? le preguntó aquella tarde.

XIV

Huircain y Calvucurá

Difícil es señor, decir cual ha sido entre los infieles, el más guapo, respondió el *baqueano*. El indio es aguerrido, audaz y temerario, por condicion natural. En los entreveros que se producen despues de esas cargas de caballería, rápidas como el relámpago, los he visto muchas veces pelear á todos, y pelear bien.

Un hombre solo, no tiene á menos resistir á cuatro ó cinco, y á diez ó á veinte, si el caso es apurado.

El indio no se rinde jamás en la pelea, es verdad que disparan muchas veces, cuando traen una invasion á la frontera y los atacan las fuerzas de los *fortines,* pero hay que considerar que en estos casos, los pampas no vienen á pelear sino á robar las haciendas.

Los hombres más guapos han sido indudablemente los caciques, pues aunque este cargo es hereditario, cuando el hijo de un gefe pampa ó araucano, sale *maula* ó zonzo, no falta quien lo pelee y lo reemplace.

Donde se ve bien el valor y la astucia del indio, es en las luchas que tienen entre ellos mismos y de unas tribus con otras. A propósito de esto voy á contarle el caso de una célebre batalla.

Cuando don Juan Manuel Rozas, mandaba en Buenos

Aires, las fuerzas militares organizaron un gran ataque, invadiendo el Sud hasta el río Colorado, é impidiendo en parte que los indios llevaran hacienda para el lado de Chile.

Los araucanos faltos de yeguas y alimentos resolvieron entonces, venirse con un gran *malon*, atravesar las pampas, llegar á los campos poblados de Buenos Aires, arriar todas sus vacas y volver á sus tierras á repartirse el botin con sus aliados los rotos y paisanos chilenos.

Esta ha sido la historia de siempre. Nuestros campos han sido la vaca lechera que han proveído de hacienda, y los merodeadores indios los que se encargaban de llevarlar á Chile, donde no se necesitaba boleto de marca para negociarlas bien.

La gran expedicion araucana compuesta de tres ó cuatro mil *conas* (guerreros), venía al mando de los caciques *Huircain* y *Collipal*, (el de lanza invencible).

La invasion bajó las cordilleras y atravesó las Pampas, prescindiendo de *Calvucurá*, que era el gran señor de las llanuras, é indudablemente del hombre de quién he oído contar entre los indios, hechos de mayor bravura.

Aquel proceder del araucano era una ofensa y un reto, que los pampas no podían dejar pasar por alto, y sin embargo, nadie les salió al paso en la cruzada, y las lanzas de *Collipal* y *Huircain,* tendieron su *malon* en una extensa línea de la frontera sur, llegando hasta las inmediaciones de Tapalqué y el Azul.

Doscientas cincuenta mil vacas salieron de sus rodeos habituales y tomaron el rumbo de occidente, asustadas por los ponchos y la alegre y salvaje gritería del terrible invasor.

Los pampas no habían dado señales de vida mientras tanto, pero de cuando en cuando se levantaban humos siniestros por las quebradas de algunos valles y veíanse correr los penachos y lanzas detrás de los médanos y por las quebradas hondas.

Era la contra invasion que se reunía, á las señales establecidas por medio de fogatas.

Por medio del humo se avisan los indios cualquier novedad, á la distancia de cientos de leguas.

Ellos tambien tienen su telégrafo como tenemos nosotros los cristianos segun la hora del día ó de la noche, y la forma y el paraje en que se hacen, comunican noticias ú órdenes diferentes

—Me parece exagerado el número de vacas que usted dice llevaba la invasion, dijo Mr. White.

—No le debe parecer, porque en esta tierra hay hombre que tiene cien mil vacas de su sola marca.

—Y bien; dijo el inglés, quedó su asunto interrumpido en el momento en que *Calvucurá* iba á atajar el gran arreo.

—No señor, dijo Juan Sin patria, el arreo no fué atajado; los araucanos con las vacas tomaron el camino del río Colorado, y lo pasaron siguiendo por el lado sur de *Auca-Mahuida*, vadearon tambien el río Nauquen por el paso de Zúñiga, y entraron á una gran travesía que debían recorrer á marchas forzadas, por la falta que hay allí de pastos y agua, yendo á campar á los valles de *Cumtucó,* á la orilla del cerro y del río de este nombre.

Allí se creyeron al abrigo de las persecuciones que pudieran venir por retaguardia.

Llevaban á más del arreo, unos dos mil cautivos.

El *malon* había durado quince días, y era el momento de descansar para proceder al reparto proporcional del inmenso botin.

Los campos se veían overos de vacas, y no se oía otra cosa más que el balido colosal de aquel rodeo, que no tenía principio ni parecía tener fin.

Desde aquellas quebradas al paso preciso de la Cordillera que lleva á Chile por esa parte, solo había cinco jornadas, y al valle donde se habían situado la mayor parte de las fuerzas araucanas para pasar la noche, se entraba por dos quebradas, una al norte y otra al sur. Las fuerzas al mando de *Calvucurá*, sabían que aquella era una estacion precisa para pasar los Andes, y dividi-

dos en dos grandes grupos á fin de encontrarse con el enemigo en el centro, se habían reunido en matorrales y serranías elegidas á propósito, y que no distaban más que unas horas de *Cumtucó*.

Al beberaje de las primeras horas de la noche, siguió el sueño reparador, y en la madrugada cuando el campo araucano estaba más en calma, cayeron por el norte y por el sur á un mismo tiempo, las lanzas de los pampas, produciéndose el más grande entrevero. La lucha se estableció cuerpo á cuerpo, despues que los caballos y las lanzas hicieron los primeros destrozos.

El puñal y las bolas eran las armas preferidas para la lucha á pie, y el campo iba tiñéndose de sangre en medio de los terribles alaridos.

Era una lucha sin orden y disciplina, lucha á muerte y de total exterminio, porque no había la posibilidad de retirarse, y el que mataba á su contrario tenía irremisiblemente que seguir peleando con los enemigos que tenía á su lado.

El río se llenó de sangre y el campo estaba ya cuajado de cadáveres, cuando de pronto apareció en medio del combate y en la altura de un cerro, la figura imponente de *Huircain,* rodeado de unos veinte de sus más bravos guerreros que con voz atronadora provocaban á *Calvucurá* á una lucha singular.

El cacique pampa no era hombre de dejarse desafiar por segunda vez, y como por obra de encantamiento salió del medio de la terrible carnicería, y seguido de unos cuantos capitanejos de fama y nombradía, corrió á escalar el cerro para topar en lo alto á su contrario. (I)

Los de arriba empezaron entonces á empujar las grandes piedras que caían á veces aplastando á su paso á algun valiente.

Calvucurá mismo que tenía la vista del *puma* y el cuerpo elástico del *Nahuel* (tigre), recibió una herida de

---

(I) Batalla de *Cumtucó*, General Olascoaga.

piedra en el costado de la cara que bañó en sangre su ancho pecho.

Ah! aquella herida tenían que pagarla muy cara los traidores, dijo el gaucho, animando su mirada y su palabra.

Matucalé!... matucalé... conaghen peñieghen!

Apúrense!... apúrense!... valientes hermanos! gritaba el gran caudillo, saltando el primero entre aquel grupo de bravos.

Por fin *Calvucurá* llegó á la altura, y en frente de *Huircain* alzó su brazo armado por una brillante daga culebrina, que relumbró en los aires con luces de centella.

Huircain, el bravo toro, salió tambien de entre su grupo y avanzando, descerrajó su trabuco sobre su altivo rival no consiguiendo herirlo.

El trabuco pasó entonces como ariete, por sobre la cabeza del pampa, que ciego de ira, corrió á clavar su daga en el cuello del monarca araucano.

Todos los capitanejos luchaban á su vez, y cuerpo á cuerpo.

He oído asegurar, á los que estuvieron allí en aquel momento, que *Calvucurá,* tomando de los cabellos á *Huircain,* lo degolló parado, y que de un solo tajo le abrió el pecho, arrancándole el corazon, que temblando todavía, mostró á las turbas desde aquella altura.

Dicen tambien, que despues de esta proeza, y en presencia de todos, el cacique se comió aquella entraña mientras que la cabeza y el cuerpo de *Huircain* saltaban en el suelo con los estertores de la muerte.

Los pampas victoriosos abatieron aquel día y por siempre, el orgullo y la altivez del araucano. Echaron las haciendas á los valles, y volvieron á sus campos trayendo los cautivos.

El poder de *Calvucurá* era entonces inmenso porque impuso su ley á los vencidos; y de aquel número de haciendas, que era imposible retener tierra adentro, muchas volvieron solas á nuestras estancias, buscando sus querencias.

Rozas, que despues de sus expediciones al río Colorado, se había hecho llamar: el Héroe del Desierto, supo con alegría la noticia de aquella gran batalla y dispensó honores á *Calvucurá,* mandándole de regalo dos mil quinientas yeguas.

— Vd. sabe bastante de la historia de los indios, dijo Mr. White.

— Ignoro, contestó el paisano, si los hechos que le cuento son completamente históricos, porque uno refiere

las cosas como se las han contado, ó como le han parecido cuando ha tenido la suerte de verlas personalmente.

—Es natural, dijo el inglés; aun la historia misma, escrita por los hombres más autorizados, adolece de inexactitud y deficiencia, de manera que sería bien ridículo por mi parte, pretender que sus relatos, que no tienen otro objeto que acortar las horas de este viaje, llenasen condiciones tan difíciles de conseguir.

Aunque yo no he venido á estos desiertos con el objeto de conversar, lo que bien podíamos haber hecho en nuestras casas, puedo bien practicar los reconocimientos, y tomar mis anotaciones, escuchando sus referencias, que á no dudarlo, serían interesantes para cualquier persona que las oyese.

Mr. White, pidió entonces al paisano que le diese alguna noticia sobre los indios que habitan hacia el sur de las tierras en que se encontraban en aquel momento, y Juan Sin patria, con esa buena voluntad nunca alterada del gaucho de buena ley, dió al inglés una série de noticias que le sirvieron para componer la siguiente leyenda, que nosotros traducimos y damos á continuacion, quitándole en algunos casos, la aspereza del lenguaje rudimentario del paisano, pero dejando, como ya lo ha hecho Mr. White, la parte pintoresca del relato, que no dudamos será apreciada por aquellos de nuestros lectores, que nos han seguido hasta aquí. (1)

---

(1) La leyenda es de orígen araucano, por las palabras indígenas que se emplean, pero parece ocurrir en las costas del Atlántico, correspondiendo tal vez á los Tehuelches ó mas bien, á los indios *Quirquìnchos* ó *Genaquens*, extinguidos en la actualidad y de los que hemos de hablar más adelante.

XV

La Chale-Kejahue

El *Puhelchév* ó *Phuelcheruf,* viento de Oriente, había soplado insistente todo aquel día, sacudiendo y arremolinando los toldos de piel de guanaco en que la tribu india se guarecía de la intemperie.

El aduar de los vagabundos de las tierras australes se había sentado aquella vez en la costa del mar y *Machituduhue,* el viejo agorero, tenía establecido su toldo á la distancia de un tiro de flecha.

El *Machi* no ignora lo pasado ni lo porvenir, todo lo sabe ó lo adivina, y designa á quien hay que castigar con la pena de muerte, si alguno de los individuos de la tribu está enfermo de daño, maleficio ó veneno introducido en el cuerpo por arte de encantamiento.

¡Pobre del que se acarrea la antipatía del brujo!

*
* *

Las nubes pasan bajas y oscuras atropellándose y descorriéndose ante un cielo ceniciento. A veces se disuelven convirtiéndose en granizo ó en gotas de agua helada que caen y revientan en el suelo endurecido y pedregoso.

Por entre las aberturas de los toldos, los indios aso-

man sus originales cabezas negras y miran entusiasmados el espectáculo gratuito que les ofrece la tormenta.

Los caprichosos espectros formados por los negros nubarrones, rodean y se chocan en las agudas cúspides de la montaña próxima; y en aquel simulacro de lucha creen los naturales ver legiones de combatientes de ultra-tumba, que acuden en espíritu á luchar y á vencer á los que en vida fueron sus infatigables enemigos.

Pero ¿quién promueve aquella guerra, quién provoca la lucha encarnizada y levanta de sus tumbas á los que duermen desde hace tanto tiempo en la region de las sombras y el olvido?

Huecuvu, es ese genio poderoso y temible! ¡es él, el que dirige las borrascas, el que ahuyenta la pesca y que destroza los árboles del bosque que producen frutos comestibles.

El genio del mal viaja en alas del viento llevado entre las nubes por las inmensas bandas de abutardas, gaviotas y otras aves marinas.

Se traslada veloz por sobre la ancha tierra desolando las selvas y las praderas, alejando la caza de los valles y agitando los mares; por eso los varones aunando el vocerío, prorrumpen en entusiastas gritos de guerra, animando al combate á sus antiguos guerreros y caudillos.

«¡Ya ya ya!... gritan unos, apuntando con sus desnudos brazos ó sus picas, al nubarron que avanza; ese es *Nahuel* el tigre guapo que murió en la pelea contra los hijos del Norte!»

«¡Ya ya ya!... ese es *Pajinau!* el leon que no se cansa; el que venció á los hombres del Pinar, en la sangrienta lucha!»

Y así pasan las horas mientras avanza la noche silenciosa.

*
* *

En el grupo de toldos descubríase uno más amplio y cómodo que los restantes. Era el del viejo cazador de guanacos, el más rico de los viejos cazadores de aquella agrupacion.

En su interior, y en un rincon oscuro llora oculta la hija menor de la familia que contará tal vez catorce primaveras.

Unos la llaman *Chiquilken*, porque su boca rosada semeja las frutillas silvestres. Otros, *Gulcha-malén*, la hermosa, porque aun no se ha casado; y otros quieren que responda al cariñoso nombre de *Gotal-maka*, á que tiene derecho por la lucidez con que brillan sus grandes ojos negros. Su padre, sin embargo, no la designa ni la llama por ninguno de esos nombres, sino por el que dan en su tribu á la menor de una familia, á la que duerme junto á las estacas del toldo, la *Chale-kejahue*.

Llora la jóven por un mal de que no sabe darse cuenta, y no ha asomado en la tarde á contemplar la lucha que se producía en las alturas.

Es costumbre de aquella raza próxima á extinguirse, dotar á las mujeres al tiempo de casarlas y no existía un mancebo suficientemente rico para igualar la dote de la hija del cazador.

Entre los hombres que la pretendían con más asiduidad uno era el cautivo blanco que vagaba en la tribu desde hacía algun tiempo y que tenía gran afición á contar historias de amor, lo que divertia mucho á las jóvenes; otro se llamaba *Quintuin*, el de buena vista, que no sabía contar cuentos entretenidos, pero era más rico que el blanco porque había encontrado entre los restos de un buque náufrago, un cuchillo de punta y un pedazo de espejo que conservaba colgado al cuello en forma de amuleto.

La doncella tenía espléndidos caballos que estimaban en mucho los *Picunches*, (hombres del Norte) *Quillangos* de guanaco blanco cazados por su padre, *Yulcus*, (sortijas) *Upulquis*, (aros grandes de plata), *Tupus*, (prendedores) y *Traricus* (pulseras).

Quintuin había pretendido varias veces casarse, siguiendo las ceremonias y los ritos de su pueblo. Nada tenía en realidad que pudiese regalar al cazador y á su hija; pero ésta se había mirado un día en el precioso objeto que llevaba consigo como curioso talisman, y aquellos grandes ojos negros al animarse vivamente y al sonreir aquella boca juvenil, le habían hecho entrever un mundo de esperanzas.

Cuando el moceton vagaba solitario en busca de despojos, hollando con su planta las móviles arenas de la costa del mar, había pensado muchas veces en las veleidades de la suerte y se había dicho sonriendo: «¡quién sabe si algun día el valor de mi amuleto no llegará á ser mayor que el de las riquezas de mi amada! ¡Entonces será mía la hija del cazador!»

*
* *

La noche larga de aquellas latitudes iba llegando callada, ocultando en sus sombras el cuadro primitivo de la sociabilidad patagónica, y el mar parecía aquietar sus grandes moles, allá abajo en las blancas rompientes de la costa.

Los espectros del cielo se confundían poco á poco, esfumándose en la penumbra, y el *Puelcherúf* disminuía su violencia. Llegaba la hora en que *Huecuvu* hace sus víctimas y nadie era capaz de dominar el brazo del invencible genio, que tenía en convulsion los elementos y que se ocultaba en el oscuro manto de la noche.

La *Chale-Kejahue* ha resuelto consultar al agorero á propósito de los infortunios que entristecen sus juveniles días, y se dirige al toldo del *Machi,* sin suponer que sus adoradores más asíduos han de seguir sus pasos y escucharán sus cuitas y los consejos del anciano.

La muchacha no necesita hablar mucho para ser comprendida. Ante aquella consulta, el viejo se estremece, prorrumpe en gritos sordos y extraños que remedan los aullidos del *jaguar* y del *puma,* y luego de haber consul-

tado á los espíritus misteriosos que lo inspiran, dice con voz entrecortada y sentenciosa: «Vuelve á la choza de tu padre, hija del viejo cazador, y únete con el primer mancebo que te solicite y llegue sigilosamente á la orilla de tu toldo. Anda, ocúltate, y temé á *Huecuvu*, el genio de la noche y las borrascas.»

*
* *

Habíanse ya apagado los fuegos moribundos que señalan la entrada de las viviendas indias, y la muchacha, envuelta entre sus pieles, trataba de dormir, esperando resuelta que se cumpliese el vaticinio.

El lejano murmullo de las olas y el quejido del viento, la sacaban á veces de aquel sueño intranquilo á que volvía á abandonarse, forjándose las súplicas del esperado amante.

Entretanto y por rumbos diferentes, las siluetas oscuras de dos hombres que se arrastraban como reptiles que acechan la codiciada presa, avanzaban sigilosamente hacia el mismo sitio. Se aproximaban al toldo del viejo cazador, é iban probablemente á llamar al mismo tiempo, cuando sorprendidos uno de otro se detienen y parecen contemplarse. De pronto los dos cuerpos se levantan erguidos y una lucha tremenda se establece en silencio. Despues, sobre las dos cabezas y á la difusa claridad, brilla una lámina de acero que termina el combate.

Se oyó un ronco quejido seguido por la caída de un cuerpo inanimado, semejante al último que exhala la moribunda res.

El aduar se hubiera conmovido ante aquel grito extraño, y todos hubieran acudido hasta el sitio á conocer la causa que lo había producido, pero *Huecuvu,* el espíritu del mal, anda en los aires; nadie sale de noche y hasta los más valientes se estremecen y ocultan en el interior de sus humildes chozas, por temor de provocar las iras del invisible genio.

*
* *

Al día siguiente la tribu encontró sobre el campo, el cadáver de un hombre bañado en su propia sangre.

La muchacha, durante la noche, había aceptado las proposiciones de *Quintuin*, el temible, quien creyó más en la virtud de su amuleto, viendo la deleitosa gracia india con que su amada se abandonaba á la contemplacion de sus brillantes ojos negros, en el misterioso cristal que colgaba de su cuello desnudo.

«He conseguido hacer valer mis prendas, decía el indio, mientras el viejo cazador accedía en concederle su hija, instigado por las razones del *Machi-tuduhue*.

La muchacha fué entonces relativamente feliz, porque pudo disponer á voluntad del preciado talisman.

Ya no la aquejaban penas, ni se llenaban de lágrimas sus ojos. El cielo era alegre, placenteros los ecos del desierto, y tenía para ella dulcísimos encantos la contemplacion del sol, del prado y de la montaña de aristas afiladas.

No le pasaba lo mismo á *Quintuin*, quien se sobresaltaba mucho cuando en la noche y á la claridad de algun rayo de luz, el malhadado espejo dejaba escapar algunos reflejos siniestros.

Para la tribu, la víctima de la noche de borrasca fué producida por *Huecuvu*, el que viaja en las tormentas sobre las alas blancas de las abutardas, las gaviotas y otras aves marinas; por eso abandonaron el campo y el cadáver á la voracidad de las aves rapaces.

Quintuin no tuvo ya jamás una hora de reposo, porque los fulgores del espejo le recordaban las últimas miradas de su rival moribundo.

En un día de desesperacion, el indio echó al mar su amuleto, creyendo verse libre de aquellos tétricos reflejos; pero el mar siguió quejándose y el agua dejó ver los mismos resplandores, recordando las últimas miradas y el quejido agonizante de la víctima.

*
* *

Dice la tradicion que entonces el pobre indio huyó desesperado á ocultarse en los bosques del interior, pero que la *Chale-Kejahue* no lo siguió, y deseosa de mirarse en el espejo, fuése á la orilla del mar donde quedóse encantada y convertida en roca, oyendo las amorosas quejas del alma del cautivo, que en un idioma de notas extrañas y misteriosas, cuenta siempre las penas y alegrías de su vida pasada.

XVI

La boleada de avestruces

A segunda noche de campamento en el paraje á que había llegado la pequeña caravana, pasó sin más novedad que haberse aproximado nuevamente los perros cimarrones, pero como ya Mr. White conocía la manera de espantarlos, pronto estuvieron dispersos.

En la mañana siguiente, apenas estuvo claro el día, Juan Sin patria empezó á notar un gran movimiento en el desierto.

Por las cumbres de las lomas veíanse pasar á veces cuadrillas de gamas, ciervos y avestruces. Unos cuantos guanacos habían vadeado el río con bastante precipitacion á unas seis cuadras de distancia más arriba de donde estaban los viajeros, y hasta las aves del campo solían alzar su vuelo á la altura, como queriendo investigar lo que pasaba á la distancia.

El guía se había mantenido de pie, silencioso y con la vista vagamente fija sobre el horizonte lejano. De pronto dijo á su patron, con voz que denotaba haber investigado el secreto que le preocupaba un momento antes:

—Señor, Vd. que sabe tantas cosas, que ignoramos

los criollos, ¿podría decirme por qué es que esta mañana hay tanto movimiento en los animales del campo?

—Eso es muy natural explicárselo, contestó el inglés; el día se presenta fresco y á todos los animales les gusta correr un poco y hacer ejercicio para calentar el cuerpo.

—Pues á mí me parece, dijo el paisano, que hoy vamos á tener fiesta, porque las carreras de los guanacos y de los avestruces, no son lo mismo que cuando andan jugando ó retozando. Ahora corren en una sola direccion y van fatigados por una marcha continuada, lo que prueba una de estas dos cosas: ó que viene llegando una invasion que va á pasar tierra adentro hasta las estancias, ó que estamos en el cerco del círculo ó manga que vienen cerrando algunos cazadores ó juntadores de plumas; en cualquiera de los dos casos, nos conviene que ensillemos los caballos y estemos á la espectativa.

Así lo hicieron, con intencion tambien de internarse en el valle algunas leguas.

Siguieron apareciendo nuevas cuadrillas de avestruces, y nuestra caravana se movió en direccion de un cerro próximo al camino, tratando de no ser vista y de descubrir lo que ocurría, con intencion de ocultarse en el bosque, en caso de que fuese un *malon,* que pudiese ponerlos en peligro.

Desde la falda del cerro se apercibió el paisano que aquello era una gran boleada, no había pues, mayor peligro de la vida, lo que avisó á su patron, quien manifestó deseos de ver como se llevaba á efecto.

Una gran línea de jinetes armados de lanza y banderola, y que estarían á la distancia de doscientas varas uno de otro, venía cerrando el ancho círculo sobre la proximidad del río que ya conocemos.

La caravana iba á quedar forzosamente envuelta en medio de las grandes cuadrillas de animales. La ocasion pues, no podía ser más propicia para el que desease ver á aquellos centauros del desierto, alcanzar una gama en la carrera, ó bolear un avestruz.

Juan Sin patria amarró unos con otros todos los ani-

males que les pertenecían, y se mantuvo á caballo con un poncho en el brazo dispuesto á espantar la avalancha que pudiese venírseles encima en medio de los remolinos y carreras que habían de dar junto á ellos, los asustados animales del campo.

La gran rueda formada por los cazadores había envuelto gran cantidad de avestruces, guanacos, gamos, yeguas alzadas, ciervos y otros animales de los que se crían en las llanuras.

Había llegado la hora de empezar la boleada, y á fin de utilizar todo el arreo, no era conveniente estrechar demasiado el círculo.

Cuando algunos avestruces pretendían escapar por entre los jinetes que formaban aquel movible cerco, eran bien pronto alcanzados y aprisionados por los certeros tiros de bola.

Idéntico procedimiento se siguió durante el día con las gamas y los guanacos, cuyas pieles, son tan estimadas por el comercio.

A los avestruces se les mataba para despojarlos de la pluma, procedimiento que no aprobó Mr. White y que es indudablemente malo, porque destruye una especie de animales útiles que podían producir pluma todos los años, si se tuviera cuidado de despojarlos de ella en la época propicia, dejándolos en libertad hasta el año siguiente, como se hace en Australia, en África y en la parte poblada de la República Argentina, en donde se cría el avestruz y el *ñandú,* que es propiamente hablando, la especie originaria de la América.

Uno de los jinetes indios al ver que entre los avestruces había hombres á caballo y animales de carga, avanzó hasta ellos al galope, y haciendo rayar el caballo al uso pampa, se vino hasta encima de Juan Sin patria, que al verlo venir había salido tambien á encontrarlo al galope, para darse la tradicional topada y el *marí-marí,* que es la más fraternal y varonil manera de saludar á un pampa en el desierto.

—¿Quién es ese cristiano, dijo el indio con altivez, que

no se topa conmigo y permanece quieto en su caballo?

—Es un cristiano amigo, contestó nuestro arriero, hablando correctamente en lengua araucana.

—¿Y que andan buscando Vds. entre nuestro arreo?

—Somos caminantes, contestó nuestro hombre que no parecía inmutarse por la altivez con que se le dirigían las preguntas.

—Si son amigos, dijo el pampa, salgan de donde nos estorban y espérennos en aquella quebrada que es donde iremos á comer alones de avestruz, cuando se acabe la boleada.

La pequeña caravana se dirigió paso á paso hacia el sitio que se le había indicado, y la matanza de avestruces en medio de carreras y algazara, duró casi todo el día.

El campo quedó sembrado de animales muertos, y cuando la hoguera estuvo preparada llegó el pampa trayendo diez ó quince alones de *ñandú* que asados al rescoldo, fueron el primer plato de aquel almuerzo campestre.

—¿Qué busca este cristiano entre nosotros? dijo con aire de desconfianza el pampa.

—Busca yerbas medicinales y conoce el arte de los brujos, replicó Juan.

—Entonces, tiene *Hualicho?*

—Al contrario, es brujo que da suerte y la prueba está en lo mucho que Vds. han cazado mientras que él los ha estado viendo, así como la mucha pluma que han conseguido.

El pampa entonces se dirigió hacia aquel hombre cuyo aspecto le era extraño tendiéndole la mano; saludo que comprendido por Mr. Peterson, fué correspondido con sencilla afabilidad.

Preguntó el salvaje porque, si el hombre rubio era amigo y era bueno, no había querido topar su caballo contra el de él al encontrarlo en el campo; y el guía á quien nunca le faltaba una salida que pusiera bien á su patron, le contestó, que el brujo no lo había topado como él, porque era hombre de tierras muy lejanas, del otro lado

del mar, donde los brujos no topan ni saben andar á caballo, agregando que si habían llegado hasta allí era autorizados por el gran cacique *Shaihueque,* á quien había sido recomendado el hombre rubio, que andaba viajando por los desiertos hasta encontrar una planta medicinal, única en el mundo, que era de color blanco y daba frutas azules, y la semilla de esa fruta maravillosa se andaba buscando por muchas partes, para curar de un daño muy grande que se había hecho al cacique más poderoso que existía y que era superior á todos los caciques conocidos.

—Preguntadle, dijo el bárbaro, el nombre de ese gran *Gulman* para que yó se lo diga á nuestro gefe, á ver si es cierto lo que te ha contado, y pregúntale tambien si es hombre blanco ó de nuestro color; porque yo no creo que ningun hombre pálido, de pelo desteñido como barbas de choclo, pueda ser tan valiente como el último de nuestros gefes indios.

Nuestro guía hizo el interrogatorio á Mr. John Peterson White y éste contestó: — que en realidad tenía razon el cazador salvaje en dudar de que fuera blanco su augusto soberano, pues pertenecía á una raza antigua y de muy fuertes varones, que tenían el mismo color de cutis y de pelo que el de los hijos de la tierra en que estaba.

—Yo he oído decir á mis padres y á todos mis mayores, dijo el indio, que nuestra raza es la de los hombres más fuertes y más valientes, y que del lado del Norte hay poderosas naciones de nuestro mismo color, que ocupan las tierras que se extienden del otro lado de las que tienen los blancos. — A lo que contestó Mr. White que era muy cierto cuanto le habían dicho sus padres y sus mayores, siendo él un humilde soldado del cacique poderoso de esas tierras apartadas, que cumplía como buen servidor la órden que había recibido, buscando por todas partes la mencionada planta blanca de frutos azules, sin la cual no podría nunca volver ante su jefe.

Quiso el indio llevar al brujo rubio á presencia de su cacique, para que le dijera si era posible encontrar en

aquellos campos la mencionada yerba, pero nuestros hombres se disculparon diciendo que tenían que volver á los toldos de *Shaihueque*, antes de que pasase la luna que los alumbraba, y que debían cumplir la órden que éste les había dado de esperarlo, buscando la planta blanca, en los valles que se extendían en la direccion del occidente. Lamento que no puedan acompañarnos, dijo el indio, por—que á mi vuelta, se celebrarán en nuestros toldos las fiestas de mi casamiento, que se hará con toda la pompa que merece la *Ghulcha* más hermosa que ha nacido bajo el sol.

Cuando los quince ó veinte hombres que hacían la gran boleada, concluyeron de juntar la pluma de avestruz y de sacar las pieles á los cuadrúpedos de varias especies que pudieron tomar, cargaron todo en los caballos que traían con ese objeto, y juntándoseles el que hablaba con nuestros expedicionarios, siguieron su camino por la hondonada de un valle en direccion á las fronteras, donde dijeron tenían la seguridad de encontrar *mercachifles* que les comprarían ó les cambiarían aquellos productos, por comestibles, bebidas y telas que les eran necesarias, para las alegres bodas.

XVII

La piedra verde

PODRÍA Vd. decirme algo á propósito de los casamientos indios, dijo Mr. White aquella noche, y cuando se quedaron solos, y asimismo darme algunos detalles de como hacen sus matrimonios y quehaceres domésticos?

— Primero voy á calentar agua para tomar un *cimarron* (1) replicó el gaucho, que desde que salí de mi pago, ni como un *churrasco* (2) en silencio, ni puedo saborear un verde á mis anchas por tanto darle gusto á la sin hueso, (3) que asegun voy viendo, más propio hubiera sido que me hubiera *conchavado* para conversador y mentiroso, que para cuidar las cargas y los caballos.

— Esto no le debe pesar, agregó Mr. Peterson, porque conversando se pasan las horas mucho más agradablemente que estando en silencio. Me he fijado siempre que el hombre conversador, comunicativo y sociable, es por regla general persona de buenos sentimientos, mientras que un ochenta por ciento de los hombres taimados, reconcentrados ó silenciosos, son enfermos ó de un natural poco apreciable.

— No me quejo señor; lo que dije, agregó el guía, poniendo al fuego una pequeña caldera con agua y prepa-

(1) Infusion de yerba mate sin azúcar.
(2) Carne asada en las brasas.
(3) La lengua.

rando el mate, no debe tomarlo Vd. como manifestacion de que me disguste el hablar. Es todo lo contrario, porque me solía decir mi abuela: «El pobre y el ignorante como tú, ha de sacar siempre provecho de las palabras de los ricos.»

— Entonces, dijo Mr. White, mientras que Vd. toma mate, yo voy á preparar mi té con leche, y escucharé su relato sobre los puntos que le he preguntado:

Los dos hombres se sentaron tranquilamente á la orilla del fuego, y Juan Sin patria habló de esta manera:

— Válgame en esta ocasion y para servir su gusto, lo mucho que he vivido en los toldos de los indios haciendo vida de salvaje, que de otra suerte muy mal había de contestar á estas preguntas, que son como para poner en aprieto al más ladino y conversador de cuantos pueden hablar de cosas que son poco conocidas y que solo le pueden interesar á algun curioso ó letrado, de los que llegan á tener la paciencia de contar los pelos á una mosca.

Yo no he visto aunque he andado entre cristianos, ni creo que vería aunque fuese á las Europas (que Dios no permita), gente más ceremoniosa, ni más dada á las etiquetas y cumplimientos, que lo que son los pampas y los araucanos entre sí. Pero lo que más llama la atención es la hospitalidad que dispensan al que llega á su toldo.

Un hombre cualquiera que se encuentre enfermo ó ande mal, puede quedarse con confianza bajo el techo de un indio amigo. No tendrá necesidad de pedir para comer, pues si hay carne colgada en la *ramada,* podrá tomarla como propia, lo mismo que si hay yerba ó cualquier otro alimento. Cuando estos se concluyen, es seguro que el dueño de casa los ha de reponer, y ningun temor debe preocupar al visitante. El amigo pampa lo ha de cuidar y defender de cualquier ataque extraño, dando en su defensa la vida si fuese necesario.

Yo considero, patron, que esta es una excelencia muy linda en el indio y que la podían aprender muchos cristianos, pues en algo se ha de diferenciar el hombre, de la fiera, que no admite extraños en su cueva.

El rancho del gaucho era lo mismo en otros tiempos; cuando llegaba un forastero y desde que se le invitaba á apearse en el palenque, todo lo mejor que había en la casa era de él. Si era de noche, y no había más que una cama, la de los dueños de casa, esa había de ser para el forastero, aunque no se supiese quién era ni de dónde venía. Pero hoy se han concluido los gauchos, esas costumbres antiguas y sencillas, ya poco se practican entre cristianos, donde hay mucho más malicia y más maldad.

El indio sabe «que una mano lava la otra,» y que si hoy ellos sirven á un paisano que anda errante, por cualquier desventura, mañana puede tocarle á él el turno de ir á guarecerse al toldo del amigo.

Por eso se pone particular cuidado en cumplir con las obligaciones que exige la hospitalidad.

Darse la mano, y el *marí-marí piñí*, que significa: cómo está amigo, es de regla al saludarse. Entonces el interrogado contesta: *comi la caimí,* que es más ó menos: bien, amigo, gracias, ¿y Vd.?

Entre las mujeres, estas y otras palabras cariñosas, son acompañadas de abrazos.

Al tiempo de despedirse, se usa decir: *amuquellan anay,* es decir: me voy amigo, mándeme lo que guste.

Los hijos varones son una carga para el indio, porque éstos no hacen más que comer hasta que son grandes. El hombre, debe ocuparse de la guerra y de la caza, y para estos trabajos y ejercicios se necesita tener cierta edad. Despues, cuando el moceton se casa, no trae bienes de fortuna al toldo de su padre, sino que lleva lo que tiene al del padre de la *ghulcha* que ha elegido.

Las hijas mujeres son por el contrario, una fuente de recursos para los padres, pues los casamientos se celebran del siguiente modo:

El novio una vez resuelto á casarse, da aviso á todos sus parientes de aquella resolucion, á fin de que como es costumbre, le ayuden á pagar el tributo al padre de la muchacha. Previéneles tambien el día y hora en que todos deben juntarse con las prendas en un sitio cualquiera.

Cuando todos los parientes y los regalos están listos, vánse bien de madrugada al toldo ó al rancho del padre de la *ghulcha*. Si encuentran á éste dormido lo despiertan á gritos desde la parte de afuera, hasta que el dueño de casa se levanta y los invita á entrar. En este caso, y antes de saludarse, los que llegan arrojan unas cuantas prendas al interior del toldo, y recien entonces, despues de esta ceremonia que equivale á decir: «venimos á pedirte, pero tambien á darte»; empiezan los apretones de manos y los saludos afectuosos.

Los parientes más ladinos hacen allí una exposicion del motivo que los lleva y de los grandes méritos que tiene el mozo, tales como buen jinete, excelente lancero, boleador que no deja escapar un avestruz en la orrida, amigo fiel, y cariñoso pariente que no se olvida de los suyos.

El padre entonces, debe ponderar los méritos de la muchacha; dice que es muy querida por toda su familia, que sabe tejer telas muy lindas, que prepara las comidas con gran habilidad, que arma un toldo y maneja la casa de un modo, que correspondería más bien á una persona de mayor experiencia; dice que es linda, que es obediente, y por último, recuerda que el casamiento lo vá á despojar de una servidora tan útil y bien querida por todos.

Concluidas estas ceremonias, cada uno de los parientes del novio entra en silencio y deposita su dádiva, que consiste por lo general, en mantas, prendas de plata, ó piezas del apero del caballo.

Concluida la peroración deben pasar los parientes del novio al otro rincon del rancho donde se encuentra la madre de la novia, á quien hay tambien que pedirla.

Los discursos son análogos á los primeros y la comitiva sale despues al patio, donde se voltean y maniatan en el suelo los animales que forman parte del presente, ya sean caballos, vacas, ovejas ó cabras. Despues se sientan todos en el suelo y en cuclillas formando un círculo dentro del cual se situa el novio y sus parientes más cercanos.

Mientras tanto en el interior del rancho se ha formado una pila ó asiento con todas las prendas y mantas regaladas, donde debe sentarse la *ghulcha* que va á casarse.

Hecho esto; sale el padre del interior del rancho y llega hasta la rueda de los parientes del novio, los saluda con aire grave y les dice:

¡ Fey meu puminun muley ni ñahué entunegun !

Lo que equivale á decir en castellano: ¡ ahí adentro está mi hija, pueden sacarla!

Las mujeres parientas del novio se levantan entonces de la rueda y entrando al toldo dicen:

¿ Chuchi cam tami gulchá malen ?

Lo que equivale á esta pregunta: ¿quién es la jóven doncella?

La muchacha permanece silenciosa, pero una de sus parientas, designada de antemano, avanza hasta ella, la toma de la mano y dice: *tuachi,* esta es.

Entonces la muchacha se levanta de entre la pila de presentes, y sale del toldo llevando en sus manos en un platillo ó en una concha nacarada, de esas que se encuentran en los ríos ó á la orilla del mar, una piedrilla verde que se llama: *caru-curá* (piedra verde) ó *llauca.*

El novio recibe de manos de la doncella, el platillo que contiene la *llauca* misteriosa, que simboliza la fidelidad y el cariño de la mujer.

La muchacha se sienta de nuevo, entre los parientes de su novio, y éstos le hacen nuevos presentes que consisten esta vez, en *traricus*, (pulseras) *yulcus*, (sortijas) *tupus*, (prendedores) y *upulquis* (aros de plata, grandes y de formas cuadradas).

No se cumple bien con el deber de obsequiar á la novia, mientras no se la ha cubierto de regalos desde la cabeza á los pies.

Despues de esto, viene la ceremonia de

EL PIUQUÉ

ó sea la fiesta del corazon de la yegua, que debe sacarse inmediatamente de volteado el animal, y que asado al fuego, se reparte en pequeños pedazos entre todos los concurrentes.

Nadie quiere quedarse sin probar un bocado por pequeño que sea, del corazon de aquel animal sacrificado, pues dicen que eso trae felicidad para todos los que lo prueban, y buena suerte en la eleccion á los que todavía no se han casado.

—Eso se parece al *wedding cake* que tenemos nosotros los ingleses, dijo Mr. White, con la diferencia que en Inglaterra se come una torta, mientras que estos indios hacen la misma ceremonia, con el corazon de un animal.

—Así es como se casan comunmente los indios, dijo el paisano, y despues siguen los bailes, beberajes y fiestas con que se celebra el matrimonio.

Algunos indios ricos, se permiten el lujo de tener dos, tres, cuatro y hasta diez mujeres que son más bien que compañeras é iguales, fieles servidoras, pero siempre la primera, aunque sea la más vieja y fea, conserva los mayores derechos. A esta se le llama: la *Unelelu-curré.* A la segunda se le designa con la palabra *Epulelu-curré;* y á la tercera, con el de *Inani-curré.* Palabras que significan en castellano, primera, segunda y tercera mujer.

La que está de turno, en el servicio del cacique, tiene la obligacion de hacer de comer y dar de beber al marido. Las demás mujeres se alimentan con los sobrantes de las comidas de su señor, y se ocupan en tejer mantas y cuidar el caballo favorito, como asimismo, todas las prendas de plata del recado ó de vestir el guerrero. Tambien juntan leña en el campo ó traen agua á la casa, recorriendo á veces grandes distancias para conseguir los granos, sal, y especies necesarias para las comidas; tejen mantas, *vinchas,* fajas ó ligas en sus telares rudimentarios, y con esto compran ó cambian, lle-

nando así con el fruto de su trabajo, las pequeñas necesidades de la casa.

Los hijos varones obedecen solo al padre, y la madre debe atender á las necesidades de su vestido como asimismo al de las hijas mujeres, que á cierta edad la ayudan en los quehaceres de la casa.

Cuando las muchachas llegan á ser mujeres, lo avisan inmediatamente á su madre, quien dispone un lecho especial dentro del toldo donde debe quedarse la muchacha hasta el siguiente día.

Esta novedad se avisa entre las parientes más cercanas que vienen á la siguiente mañana, y á la hora de ponerse el sol; sacando á correr á la doncella algunas cuadras y á esas horas, durante tres ó cuatro días. Despues debe salir ella sola al campo y hacer varios atados de leña que coloca por sí misma á inmediaciones de su toldo y sobre los caminos, invitándose á los parientes para celebrar el acontecimiento de haber una mujer útil más en aquella casa.

Los muchachos andan completamente desnudos hasta la edad de tres años y los padres les dan el nombre que han de llevar despues, y el padrino es el encargado de celebrar una fiesta que se parece en algo al bautismo de los cristianos, porque se juntan todos los parientes llevándoles regalos que corresponden al ahijado. Voltean una yegua, le sacan el corazon y lo alcanzan al padrino, quien con la entraña aun caliente, tiñe de sangre la frente del ahijado, diciendo con voz fuerte:

Tá tufá ghuy, palabras que repiten todos los concurrentes y que significan: así te has de llamar y entonces lo llaman: *Pilí, Pachifál, Pichimán, Nahuel,* ó de cualquier otra manera, simbolizando la palabra, nombres de animales ó de objetos conocidos.

Cuando dos tocayos tienen amistad, el hecho de llamarse del mismo modo, les dá derecho á *cautucarse*, es decir, á tomarse prendas por sorpresa, pero lo gracioso no está en el préstamo sino en el sistema que emplean para conseguirlo.

El tocayo que quiere obtener una prenda tiene que levantarse bien temprano y sorprender á su amigo dormido, sin lo cual, no hay préstamo.

En este caso, debe arrimarse sin meter ruido y aproximándose al amigo, despertarlo por sorpresa pegándole este grito: *Lacutún*, con lo que se ha ganado la prenda ú objeto que necesita, pero en calidad de préstamo.

Su tocayo no puede darle el *lacutún* antes de un año.

—¡Oh! dijo el inglés, qué admirable costumbre, y si esta práctica existiere en Inglaterra, yo buscaría una oportunidad propicia para dar el *lacutún* al Baron de Roschild ó al Príncipe de Gales.

—Yo, dijo el paisano, si esta costumbre se usara en Buenos Aires, podía muy bien *cautucarme* con el viejo Anchorena.

XVIII

El perdido

La noche era ya avanzada y husmeando los despojos de la gran cacería de los indios, vinieron á la proximidad gran cantidad de zorros, pumas y jaguares que mantuvieron en alarma á los caballos de nuestra caravana.

A la mañana siguiente, Mr. White, hizo algunos tiros sobre las fieras que aun de día, no abandonaban sus presas esparcidas por el valle.

El Winchester de Mr. White, funcionó con bastante acierto, eligiendo su dueño desde una altura, los animales que le parecieron de más linda piel.

Juan Sin patria tuvo que trabajar algunas horas, ayudado por su patron, para sacar con prolijidad dos pieles de tigre, una de *puma* ó leon americano y tres ó cuatro de zorro que el inglés se proponía agregar á su coleccion, y llevar consigo el día que regresara á Inglaterra.

Es necesario abandonar este campo, dijo el inglés al siguiente día, é internarnos reconociendo las praderas. De otro modo, los perros cimarrones y los tigres, no nos dejarán tranquilos en este sitio mientras que tengan alimento.

Es verdad, dijo el guía, pero tambien hay que pensar que las pieles que hemos sacado deben estaquearse para que las seque el sol y esta operacion requiere tiempo y paciencia.

Convinieron entonces, en internarse por el valle rodeando las mesetas, y campar á tres ó cuatro leguas de distancia, en un sitio cualquiera donde el paisano se ocuparía de secar las pieles y de cuidar los animales, mientras que Mr. White haría sus excursiones de reconocimiento, montado en un buen caballo y acompañado de su rifle.

La jornada se efectuó sin novedad.

Mr. White, tomó en el camino algunas anotaciones, como era su costumbre, y el *baqueano* marchó silencioso, haciendo descansar la lengua, pero pensando probablemente en las historias que había de contar aquella noche ó al otro día para entretener á su patron.

A la mañana siguiente, Mr. White, ensilló su *black horse* (caballo oscuro) al que le había tomado gran confianza durante las marchas, y poniendo unos cuantos tiros en el caño de reserva de su arma, salió por las quebradas á practicar solo un reconocimiento, proponiéndose regresar al caer la tarde.

Juan Sin patria le hizo notar que debía tener cuidado de fijarse en los parajes por donde pasaba, pues las colinas, las mesetas y los médanos, son todos semejantes y en sitios totalmente desconocidos, es fácil extraviarse.

El inglés dijo que no tuviese cuidado alguno por su persona, que volvería antes de ponerse el sol, y los dos hombres se separaron uno de otro esperando encontrarse en el mismo sitio aquella tarde.

Los cueros fueron estaqueados, y el paisano, despues de armar la carpa, colocó dentro las pequeñas cargas del equipaje de su patron. En seguida tendió el recado y se dispuso á tomar mate y *churrasquear* tranquilamente, mientras que el inglés se alejaba, marchando hacia el interior.

Mucho me temo, dijo el criollo viendo que su patron se perdía á la distancia, que no vuelvas por donde fuiste, y que tenga que salir á *campearte* mañana!

En efecto el día pasó, llegó la tarde y despues anocheció sin que volviese Mr. White.

Juan Sin patria estaba contrariado por la responsabi-

lidad que creía tener ante la casa de comercio que lo había recomendado en Bahía Blanca, si á aquel extranjero le ocurría algun percance grave.

¡Para que lo dejaría ir solo á este hombre! se decía cuando oscureció.

Subió entonces á una altura próxima al campamento y con alguna leña que juntó en el camino y pajas secas, formó una fogata en la altura de la barranca, á fin de que el perdido tuviese un punto de mira en el horizonte, á donde dirigirse; pero pasó la noche y todo el día siguiente sin que Mr. White diese señales de vida.

El criollo resolvió entonces salir á buscarlo, pero como le era imposible moverse con prontitud llevando los cargueros, ocultó el equipaje en un bosquecillo próximo, cubriéndolo con la carpa y echando la tropilla de caballos por delante marchó al acaso en la direccion que había llevado su patron.

Un momento despues de partir, pensó el guía que como iba arreando sus caballos, las pisadas de estos le impedían descubrir con la vista la huella ó rastro que había dejado sobre el terreno el caballo oscuro de Mr. White, cuyas pisadas conocía.

Detuvo entonces su tropilla, tomó la yegua madrina que era un animal inteligente y enseñado á pararse en cualquier parte cuando la llamaba su dueño, y sacando el bozal que llevaba en su caballo lo colocó á la yegua. Saltó nuevamente en su redomon llevando de diestro á la madrina y sin preocuparse del resto de los animales que quedaban sueltos, emprendió de nuevo la marcha á gran galope.

Bien sabía Juan Sin patria que su hermosa tropilla de zainos negros, caras blancas, había de seguirlo de cerca al ruido del cencerro.

No llevaba más armas que su cuchillo y sus boleadoras atadas á la cintura; ¿y para que necesita más un gaucho en el desierto?

Véamos mientras tanto lo que le había sucedido al ingeniero.

En las primeras horas despues de su partida, encontró hermosos valles cubiertos de vegetacion exuberante. Aquellos hermosos campos, estaban de trecho en trecho separados por bosques y colinas A veces un riacho ondulaba como sierpe de plata por el fondo de un valle y los guanacos, los avestruces y las vacas alzadas, pasaban á la distancia en pequeñas cuadrillas dando vida y movimiento á aquellos parajes solitarios.

Mr. White, distraido y encantado con tanta maravilla, ávido de conocer los campos por sí mismo, trasmontó las colinas y los cerros encontrándose al caer la tarde, con un riacho que pasaba junto á una colina y que él creyó fuera el mismo por donde había pasado más temprano.

Le sucedió á nuestro inglés, lo que le pasa á todo el que se pierde. Creía que la direccion que debía seguir para volver al punto de partida, era la de unos altos cerros que tenía en frente y caminaba en esa direccion, pero una meseta cortada á pique y que tendría treinta ó cuarenta metros de altura, le impedia franquear el paso. Costeó la meseta por el fondo del valle viéndose obligado á cambiar de direccion ó buscar la salida, pero avanzó la noche sin que pudiese encontrarla, entonces vió que estaba realmente perdido y que era indispensable dar descanso á su caballo para poder contar con él al día siguiente.

Resolvió pues pasar la noche en la orilla de la barranca dejando descansar y comer alguna yerba á su *black horse,* sin el cual, la situacion hubiera sido para él mucho más desesperante. Si durante la noche me acomete alguna fiera, pensaba Mr. White, montaré en mi caballo y me defenderé con mi arma.

Ningun hombre muere por no comer en una noche y le era fácil procurarse agua.

Pensaba tambien que esperando la madrugada, como la salida del sol le determinaba un rumbo del cuadrante y él creía haber marchado dejando siempre el naciente á la izquierda, le sería fácil volver al campamento dejando el naciente á la derecha.

Aquella teoría era exacta, como muchas teorías; ya veremos cual fué su resultado al ponerla en ejecucion.

Mr. White se apeó, sacó el freno de la boca de su caballo poniéndolo por el pescuezo y lo dejó pastar.

Sería la media noche, cuando un rumor más fuerte que los que normalmente se sienten en medio de los campos, llegó á oídos de Mr. White. Este rumor no continuó pero á fin de no permanecer en la inaccion durante la noche que era fría, resolvió nuestro hombre caminar á pie en una direccion cualquiera llevando á su caballo por las bridas.

No habría andado unos trescientos metros cuando vió un pequeño animal que caminaba junto á él y lentamente por sobre la espesa yerba.

Fijando la vista en aquel objeto, descubrió Mr. Peterson, que se trataba de un cuadrúpedo muy semejante al inofensivo que en días anteriores había tomado por la cola en la puerta de la cueva y al que solo había podido sustraer, despues de hacerle cosquillas en la parte posterior.

Fácil le fué apoderarse de aquel animalito al que dió un golpe en la cabeza con el caño de su rifle.

Este no es precisamente un peludo, dijo Mr. White, examinando minuciosamente la pieza obtenida, su color es más oscuro y carece de pelos, su tamaño es más pequeño y sus formas son en general más delicadas, pero estas diferencias son bien insignificantes, para que no puedan sus carnes, proporcionarme un alimento semejante al que ya conozco.

Mr. White no tenía cuchillo, porque esta es un arma muy antipática para los ingleses y todos los hombres de la raza sajona. Pero casualmente se hospedaba en la honda faltriquera de su saco de viaje, una pequeña cortaplumas, que le sirvió para abrir el animal.

White entonces buscó agua, internándose en el valle y algunos trozos de maderas secas, que no faltan jamás en el suelo de los bosques vírgenes.

Voy á prepararme una comida, dijo, haciendo una

pequeña fogata y poniendo en ella á asar su presa, como lo había hecho en días anteriores su hábil asistente.

Despues amarró su caballo al tronco de un árbol á fin de poder atender mejor á la cocina, y cuando empezó á clarear el día siguiente, pudo aplacar su apetito que empezaba á ser hambre, con la carne de aquel animal cuyo nombre no conocía y que encontró muy sabroso, sin embargo de la falta de sal, porque no hay salsa que condimente mejor los alimentos, que un estómago vacío.

XIX

Alto, ¿quién vive?

Al salir el sol, Mr. Peterson tuvo una verdadera sorpresa.

Presenciaba el espectáculo más extraño que puede nadie imaginar.

Producíase un verdadero cataclismo astronómico. El sol que todos conocemos, el mismo dorado y rozagante, se levantaba esta vez por el lado de occidente, es decir, por el lado opuesto á aquel por donde nuestro explorador lo esperaba ver salir.

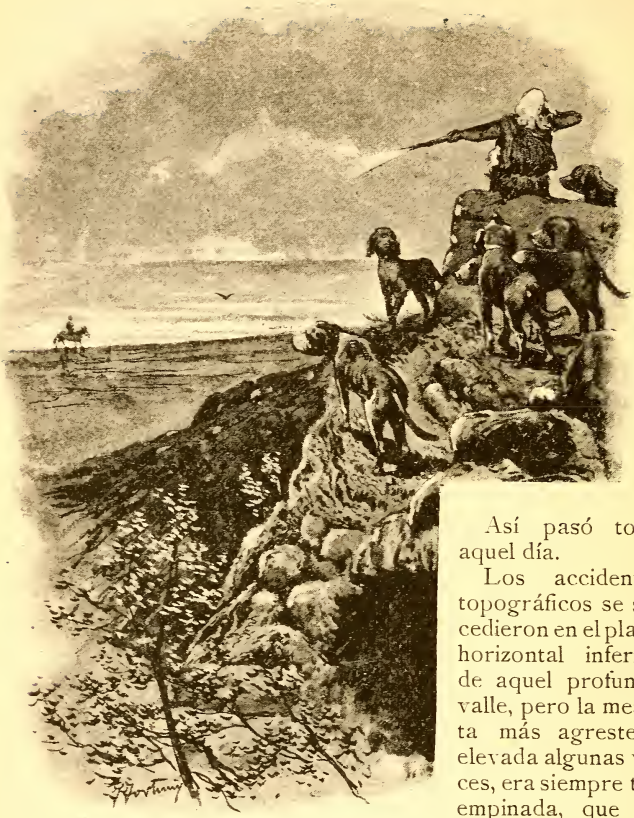
Good gracious! veo que estoy verdaderamente perdido.

Montó entonces á caballo y poniéndolo al golope, tomó la direccion opuesta á aquella por donde un momento antes creía que debía quedar su guía y su carpa.

A medio día, Mr. White se encontraba en medio de nuevos valles, verdes, llenos de bosques y poblados de ganado.

Despuntó allí un riacho y á poco andar se encontró de nuevo con el camino interrumpido por una meseta semejante á la que le había impedido la salida el día anterior.

Supuso entonces que tal vez se había encerrado en medio de un extenso valle cerrado por mesetas y se dispuso á buscar la salida costeando la barranca, como el raton que busca escaparse dando vuelta alrededor de una gran sala.



Así pasó todo aquel día.

Los accidentes topográficos se sucedieron en el plano horizontal inferior de aquel profundo valle, pero la meseta más agreste y elevada algunas veces, era siempre tan empinada, que no podían subirla ni los mismos animales que pastaban en el llano.

La noche venía de nuevo aproximándose y entonces Mr. White pensó en dar caza á algun animal para alimentarse de nuevo.

Dirigióse con ese objeto á una cuadrilla de guanacos que comía por la proximidad y cuando los tuvo á una

distancia razonable, hizo puntería con cuidado y disparó su arma hacia uno de ellos, pero con tan mala suerte, que erró blanco, y los animales espantados huyeron velozmente.

Ya era de noche, pero nuestro explorador estaba resuelto á seguir hasta donde encontrase alguna caza; con este objeto, dirigió su caballo hacia la punta de una colina, que avanzaba por entre medio de un espeso bosque.

Poco había caminado, cuando en ese mismo sitio, clareó una luz de pronto y oyóse el estampido de una arma de fuego.

Me he salvado, dijo Mr. White! ese tiro ha de ser la señal que me dá Juan Sin patria desde la altura, para indicarme el rumbo.

Habrá tomado mi rewolver y habrá salido tal vez en mi busca, encontrándome actualmente en este paraje.

En eso pensaba Mr. White, mientras se aproximaba hacia la altura cuando de pronto oyóse en el mismo sitio un nuevo disparo, y esta vez un proyectil pasó silbando por sobre la cabeza del explorador.

Este tiro no es de mi rewolver dijo Mr. Peterson para quien la alegría se había cambiado en desagradable sorpresa, sin embargo, no es propio de un inglés que vuelva bridas á su caballo y he de llegar á ese sitio para reconocerlo.

Si hay aquí hombres que manejan armas de fuego he de ser yo muy tonto para no entenderme con ellos por bandidos que sean.

Mr. White espoleó su caballo y un momento despues estuvo al pie de la barranca.

—¡Alto y quién vive!

Le gritaron entonces de la altura.

Mr. White alzó la cabeza y vió sobre el barranco alumbrado por la última luz del día, de pie y con las manos apoyadas sobre el caño de su fusil, á un hombre anciano de largas y blancas barbas, vestido con pieles de una manera extraña.

—Soy John Peterson White, dijo nuestro jinete con voz ronca y una altivez muy poca disimulada.

—Que mal viento le trae á estos parajes? dijo el viejo, desde lo alto, sin cambiar de postura.

—Antes de decirle á lo que vengo contésteme por qué me hace fuego sin darme tiempo á la defensa, dijo el inglés.

—Le he creído un ladron indio de los que me espantan el ganado respondió el viejo, cambiando de tono y de actitud, pero si es Vd. un hombre de bien eche pie á tierra y penetre en mi cueva.

Una jauria de más de quince perros rodeaban al viejo barbudo, y aquellos inteligentes animales parecía que interrogaban con la vista á su amo, para saber si era el caso de atacar á aquel desconocido.

A una señal del viejo, los perros se aquietaron, y él descendió de la cuesta por una escalera natural hecha en la barranca por medio de cortes.

—¿Cómo diablos ha podido llegar hasta aquí un inglés, en un solo caballo, y como si se tratase solamente de un paseo? dijo el barbudo aproximándose á Mr. White.

—Desde ayer he perdido el guía, respondió éste y ando dando vueltas por estos campos sin encontrar la salida.

—Y hubiera Vd. seguido mal su camino si no se hubiese detenido aquí, porque este valle es grande y en la actualidad tiene una sola salida que está detrás de este cerro y que ès muy difícil encontrar no siendo práctico.

—¿Entonces estaba acorralado? dijo Mr. White.

—Completamente, agregó el desconocido, aunque en casi una comarca, pues lo que llamamos Valle Fértil es de una superficie de ochenta leguas cuadradas próximamente.

—Podría saber, dijo Mr. White, con quién tengo la suerte de hablar en este momento?

—Poco importan los nombres!... agregó el viejo barbudo: difícil me sería explicarle quién soy y despues de tomarme esa molestia tal vez no nos habríamos entendido! No hago poco con ofrecerle hospitalidad en mi

cueva, probablemente su presencia en estos parajes no ha de reportarme beneficios.

—Jamás he hecho mal á nadie conscientemente, dijo Mr. White, y si eso me ocurrierra, lo consideraría como una gran desgracia.

—Las palabras y los conceptos del hombre culto son siempre hermosos, dijo el viejo barbudo, lástima que en esta vida y entre los que viven en sociedad, las acciones responden siempre á propósitos muy diversos llegando á ser las palabras, la máscara con que se engaña á los incautos, á los pobres y á los indefensos.

—Ignoro las causas que puedan existir para hablarme de esa manera, dijo Mr. Peterson, pero sé por experiencia que cuando un hombre está fatigado y hambriento, se encuentra en mala disposicion para hacer filosofía.

XX

La cabaña misteriosa

Es Vd. inglés, y su franqueza y manera liberal, le abren la puerta de mi choza, dijo el viejo, levantando un cortinaje de enredaderas silvestres, que ocultaba la boca de una cueva practicada en la falda de la barranca.

Mr. White penetró con su rifle en la mano, por aquella pequeña abertura, que apenas daba paso á un hombre.

Iba seguido del misterioso viejo.

A los diez pasos más ó menos, la cueva se agrandaba, abriéndose despues en un patio ó recinto, casi circular y de un diámetro de quince ó veinte varas.

Esta parte de la cueva era sin techo, de manera que Mr. White al llegar allí, pudo contemplar la bóveda azulada del cielo, que se presentaba á sus ojos tachonada de estrellas.

En la parte alta y á la orilla de aquellos muros de tierra, crecían diversas plantas trepadoras que coronaban la gruta, ocultando probablemente entre sus hojas y segun pareció á Mr. White, unas cuantas entradas que conducían al interior de la barranca.

Una nueva puerta indicada por el viejo se presentó entonces á los ojos de nuestro explorador.

Este camino, más tortuoso y largo, los condujo á un barranco ó despeñadero, que pasaron por un pequeño

puente colgante hecho de cueros trenzados; penetraron allí de nuevo en otra cueva que se abría en el interior, como espaciosa sala alumbrada por candiles que estaban colocados en diversas repisas de la gruta.

Al entrar, el viejo barbudo dió un silbido y apareció de improviso, saliendo de una grieta de la pared, un indio jóven que sin proferir palabra tomó el arma del viejo y la de Mr. White.

En el centro de aquella habitacion, descubríase una mesa rústica, con la que hacían juego unos cuantos asientos de igual fabricacion.

Por el suelo estaban esparcidas algunas pieles de tigre y de guanaco, y adornaban el muro además de los candiles algunas armas de fuego, sables y un grupo de 30 á 40 lanzas, objetos de los que se utilizan para la caza, tales como boleadoras, lazos, y utensilios inherentes á los usos del campo.

—Está Vd. en su casa, dijo el viejo. Yo tambien soy inglés! y solo por ser Vd. súbdito de la reina Victoria he podido dispensarle la confianza de recibirlo en esta sala que es el comedor de mi cabaña misteriosa.

—Realmente, dijo Mr. White, puede Vd. así llamarle; estoy sorprendido de esta recepcion en vivienda tan original.

—No se sorprenda Vd.! en la vida verá cosas más originales que las que yo puedo mostrarle. La historia de estas cuevas es muy explicable: obligado á vivir entre salvajes, he tenido que construirme una vivienda al amparo de sus posibles asaltos.

A esta altura de la conversacion, presentóse de nuevo el servidor indio trayendo en cada mano una gran fuente de madera que contenía humeantes alimentos.

—Dijo Vd. que tenia hambre, agregó el viejo; pues demos gracias al cielo porque nos es permitido nutrir nuestro cuerpo, aunque con pobres manjares.

—Ha dicho Vd. que es inglés, dijo Mr. White, y esto bien se conoce por la bondadosa acogida que dispensa en este momento á un pobre perdido.

—No hago en ésto más que cumplir con un deber, que satisface mi propio egoismo! y Vd. se equivoca, como muchos ingleses, cuando supone que no hay gente buena más que en Inglaterra; tengo la experiencia de que tanto en su país como entre las tribus bárbaras que habitan las Pampas, hay grandes bandidos como así mismo hombres generosos.

Mientras duraba esta conversacion, habíanse servido el alimento y Mr. White se sorprendió de nuevo cuando apareció sobre la mesa un plato con pan de trigo fresco y excelente.

Hace muchos años que vivo en este paraje, le había dicho el viejo, para que en mi casa falten los alimentos á que está acostumbrado un hombre blanco.

La sorpresa de Mr. Peterson creció ante la comida con que fué obsequiado y la conversacion continuó todavía algunos instantes, cuando el viejo tirando de una cuerda, desde el asiento en que estaba cómodamente sentado, hizo bajar una pequeña cesta que había permanecido invisible en la techumbre y que contenía cigarros y botellas.

—Quiere Vd. licor y tabaco indio? dijo entonces á su huesped.

—*All right!* dijo Mr. White, y despues de servirse agregó: este licor es de uva y lo encuentro exquisito.

—Pertenece á un pequeño viñedo que cultivo hace más de veinte años en un paraje próximo, respondió el dueño de casa. Las cepas me fueron traidas expresamente de Mendoza y como Vd. vé he podido comprobar que puede tomarse el exquisito zumo de la uva producida en medio de estos desiertos.

En cuanto al tabaco, no tiene para mí ese mérito, me lo proporciono haciéndolo traer de las fronteras cuando envío á vender alguna remesa de pieles ó de plumas de avestruz.

—¿Y el pan? dijo Mr. White.

—El pan de mi vivienda, continuó el viejo, se debe á un feliz hallazgo. Hace como quince años trajeron á

estos sitios á un cautivo, que permaneció algun tiempo entre los indios del cacique *Reumay* y que despues supe había conseguido evadirse, huyendo á Chile. A ese hombre le hice un pequeño servicio en su indigencia y le regalé un yesquero que me había prestado muy importantes servicios en tiempos anteriores y que yo mismo había fabricado con la cola de un peludo. En retribucion á todo eso y antes de partir, él me regaló unas alforjas santiagueñas que todavía conservo y dentro de las cuales habían quedado por casualidad, quien sabe desde cuando, doce granos de trigo, que pasaban desapercibidos entre las costuras.

De esos doce granos conseguí diez espigas al siguiente año y con las diez espigas en la tercer cosecha, formé un hermoso tablon que ha seguido cultivándose todos los años: esa es la sencilla historia del pan que aquí se come, moliendo y preparando nosotros mismos la harina.

—Todo lo que Vd. me cuenta, dijo Mr. White, despierta grandemente mi interés y mi curiosidad.

—Tiene Vd. entonces intencion de establecerse en la Pampa, agregó el viejo, mirando fijamente á Mr. White.

—¡Oh! respondió nuestro viajero, es Vd. un hombre perspicaz y no tengo porque ocultar mis propósitos á una persona de su clase; vengo á visitar las Pampas y conocer sus condiciones de habitabilidad por cuenta de una empresa colonizadora organizada en Liverpool y que se propone adquirir tierras en cualquiera de los vastos territorios inhabitados que tiene la República Argentina.

—Perfectamente, dijo el viejo; me complace hospedar en mi cueva á Mr. John Peterson White, Agente de una Empresa de Colonizacion organizada en Liverpool para establecer colonias en la Pampa, que viene precisamente á reconocer mis campos, es decir: el Valle Fértil ocupado desde hacen treinta años por el Cacique Blanco, ¿no es eso?

—Aproximadamente, dijo Mr. Peterson, pero debo

hacer á Vd. una pequeña salvedad, usando de la misma franqueza que acabo de emplear.

No conozco al Cacique Blanco, pero si resultase que ese hombre ocupa una tierra cualquiera, no sería yo ni la Compañía que represento, quien viniera á despojarlo de ella.

—Veremos! dijo el viejo; sepa Vd. entre tanto, que vá á descansar esta noche y las que guste en adelante, en la ignorada vivienda de un hombre que tiene la debilidad de servir en lo que puede á todo el que se encuentra necesitado.

Diciendo esto se había parado el viejo en la puerta de la gruta y á un silbato de señal apareció de nuevo el mudo servidor indio que preparó una cama en medio de la sala, donde antes estaba la mesa rústica, tendiendo una cantidad de pieles de guanaco sobadas y acondicionadas prolijamente.

El viejo que no era otro que el Cacique Blanco en persona, dijo entonces: — Tendrá Vd. que dormir en una cama mas cómoda que elegante, pero estamos en el desierto y los pampas como los araucanos y los quichuas no han usado colchones jamás, sus lechos se arman con pieles cubriéndose con lo mismo entre telas de vicuña. Le recomiendo si en algo estima su vida, prosiguió el dueño de casa, que no trate de salir de esta vivienda durante la noche, porque las jaurias de mis perros cazadores hacen guardia permanente en todas las entradas de estas cuevas, y se expondría á ser asaltado.

—Mi caballo, dijo Mr. White, es lo único que me preocupa.

—Esté Vd. tranquilo, contestó el dueño de casa, ya hace mas de una hora que el animal come y descansa en un sitio apropiado.

Perdióse entre las sombras el hombre misterioso y oyóse un crecido número de ladridos alegres con que probablemente lo saludaban al pasar sus temibles centinelas.

Mr. White creyó oportuno seguir las instrucciones re-

cibidas y como estaba rendido despues de vagar dos días por los campos y de no haber dormido en la noche anterior, tomó la posicion horizontal y entregóse al descanso y al sueño, pensando que en esta vida hay una providencia que vela casi siempre, por los hombres que piensan y proceden bien.

XXI

Botas peludas

Al día siguiente Mr. White se despertó tarde, había dormido ocho ó nueve horas —tiempo muy suficiente para descansar un hombre de su actividad y energía. En sueños habían pasado por su imaginacion fantásticas escenas. Monte Cristo en persona lo había recibido en las cavernas de la isla del tesoro. Despues, cargado de brillantes como el inmortal personaje de Dumas, había atravesado en *Yacht* un mar encantado que á veces era el ancho océano con sus brumas y sus ondas jigantescas, y otras veces la extensa superficie verde é inconmensurable de las Pampas.

El Cacique Blanco vino temprano en busca de Mr. White, le contó éste como se había separado de su asistente Juan Sin patria para explorar el Valle y los demás incidentes que ya conocemos. — Pidióle que le indicase qué camino debía tomar para encontrar su pequeña caravana y cómo había de hacer para regresar.

El Cacique le contestó que había sabido esa mañana por sus peones de campo, que otro individuo arreando una tropilla de caballos se había tambien embolsado dentro el inmenso Valle Fértil.

—Ese debe ser mi guía que me anda buscando, dijo Mr. White. Debo salir á su encuentro.

—Oh! no, respondió el Cacique Blanco, no tiene usted

necesidad de incomodarse, yo mandaré por él y pronto estará aquí.

En efecto, aquella tarde, Juan Sin patria que tampoco había encontrado la salida del valle despues de engolfarse en él, maneaba sus caballos en el bajo inmediato á la cabaña misteriosa, y cuando se encontró solo con su patron, se contaron recíprocamente lo que á los dos les había ocurrido.

Mr. White le dijo al último de la conversacion, que aquella vivienda era ocupada por un hombre original á quien le llamaban el Cacique Blanco, y preguntóle si no había oído nunca hablar de él durante su vida entre indios.

—¿El Cacique Blanco? dijo Juan Sin patria sorprendido.

—Sí, respondióle su patron, un inglés muy viejo, barbudo, vestido de pieles y que á juzgar por su conversacion tiene muy poco de salvaje.

—Señor, dijo el paisano, yo no conozco á ese hombre, pero he oído contar de él muchas hazañas. Ha sido cautivo en diversas tolderías y dicen que pasó muchas penalidades y trabajos en los primeros años de su cautiverio, cuando no sabía la lengua pampa. A algunos les he oído contar que él vino voluntariamente á vivir entre infieles, buscando una mujer que le habían traído los indios. Otros, me han referido que el hombre era desertor y que debía varias muertes, pero parece que despues que aprendió la lengua, se hizo gaucho, entonces nadie le pisaba el poncho y llegó á ser respetado por los mismos caciques.

—Eso prueba una vez más la superioridad que tiene el hombre inglés sobre los de cualquiera otra nacion, dijo Mr. White con aplomo.

—Así será, contestó el paisano, pero le pido señor, para que no nos suceda otra vez algun trastorno mayor, que no se separe solo para ir á reconocer los campos, porque si esta vez por casualidad hemos dado con el paradero de un hombre blanco, puede ocurrir en otra ocasion que lo encuentren los indios y se lo lleven cautivo.

—Bien, hombre, dijo el inglés, ¿podría Vd. decirme cómo se llama un animalito más chico y más oscuro que el peludo, que no tiene ningun pelo y que yo he comido la otra noche cuando anduve perdido por el campo?

—Ese animalito, debe ser una mulita, dijo el guía.

—Pero mulita es, según entiendo, la cría del burro y de la yegua, agregó el inglés.

—Esa es *mula*, señor, dijo el paisano, y como el animalito que Vd. ha cazado, es más chico y se parece á la mula, cuando está gorda y va cargada, la llaman *mulita*.

Mr. White, sacó su cartera de viaje y anotó el nombre de aquel animal extraño para él, que probablemente debía ser más tarde bautizado en Inglaterra, con alguno de los clasificativos en lengua muerta, con que los naturalistas determinan á los animales ó á las plantas, cuando no le ponen el suyo propio, lo que ocurre muy frecuentemente para mayor confusion de especies y familias.

—¿Dónde están mis equipajes? dijo Mr. White á su acompañante.

—Señor, respondió éste, como no había de salir con ellos para buscar á Vd., los dejé ocultos en un matorral, donde seguramente los encontraremos con el auxilio de los peones de campo.

Mr. White dió un silbato parecido al que daba el Cacique Blanco, cuando quería llamar á alguien, y de entre los arbustos de la barranca que crecían al frente de la entrada de las cuevas, salió en direccion á ellos el muchacho indio, que había servido la comida y que había hecho la cama á nuestro inglés en la noche anterior.

Su traje era una especie de saco de pieles, largo y sin mangas, que le cubría casi todo el cuerpo, dejando al aire los brazos; en la cabeza llevaba un gorrete redondo y de plumas rosadas, que parecía haber sido hecho con la piel de algun flamenco, y calzaba un par de botas de las que comunmente se llaman botas de potro; pero estas eran hechas con la piel de las patas de una vaca, á la que no se le había quitado el pelo, que era blanco con pintas coloradas.

Cuando el servidor indio se aproximó al inglés, este le preguntó por su jefe, y le encargó manifestarle que deseaba ir en busca de su equipaje.

—Yo soy *Botas peludas,* dijo el indio, hablando por primera vez en correcto castellano; el Cacique ha salido á recorrer el campo, y me ha encargado sirviera á Vds. en lo que se les ofrezca.

—Pues bien, dijo Mr. White, deseo mi caballo para ir en procura de nuestro equipaje.

No tardó el explorador en ser atendido; un momento despues, aparecía su caballo en el *palenque;* el animal estaba ensillado, limpio, bien comido, contento de verse entre sus compañeros, los caballos de Juan Sin patria, y al parecer dispuesto á emprender cualquier marcha.

Nuestros viajeros sabían ya, que había que rodear el cerro por el bajo, para encontrar del lado opuesto, la difícil entrada del valle, así es que montaron á caballo creyendo estar de vuelta á la oracion, conduciendo sus cargas.

Habrían caminado media legua, cuando el Cacique Blanco les salió al camino.

—Estamos en vísperas de un asalto, les dijo. Por las alturas se descubren de cuando en cuando, las figuras de jinetes que estudian los movimientos de la gente del valle, que obedece mis órdenes, y acaban de decirme que los indios que vienen en son de guerra, pertenecen á la tribu de *Shaihueque.*

—Mi compadre! dijo Juan Sin patria.

—Mi buen amigo, dijo el inglés.

—Precisamente, agregó el Cacique Blanco, ahora me explico que es á Vds. á quienes ellos buscan, pues he podido saber, por el bombero que habló esta mañana con uno de mis capitanejos, que venían en busca de un hombre rubio, que era brujo y poseía el arte misterioso de fabricar monedas, el que se había internado por estas tierras acompañado de un paisano que era compadre de *Shaihueque* y que había sido cautivo en años anteriores, el que, segun agregaban, era muy dado á contar historias.

—Perfectamente, dijo el inglés, si vienen á buscarnos

no tardarán en estar con nosotros, pero es bueno que nuestros equipajes duerman esta noche en seguridad.

El Cacique Blanco acompañó á Juan Sin patria y al inglés hasta el matorral donde estaban los equipajes, les ayudó á cargar éstos sobre los caballos y juntos regresaron á las cuevas, contando el ingeniero y su guía al hospitalario viejo, cuanto les había ocurrido la noche que durmieron en los toldos de *Shaihueque,* y como había tenido Mr. White que pasar por brujo, haciendo prestidijitacion para que no le impidiesen internarse en las pampas.

Cuando Mr. White dijo que había sacado de la nariz de *Shaihueque* gran cantidad de monedas, y que esta suerte había deslumbrado á los concurrentes salvajes, el Cacique Blanco les hizo notarque era probable que habiendo ido el bárbaro con el objeto de hacer pacto y arreglos de paz á pueblos de cristianos, hubiese aprendido allí á conocer el valor de las monedas y lo que importa poseerlas.

—En este caso, continuó el Cacique Blanco, por medio de esta prueba de prestidijitacion, y despertada la avaricia en *Shaihueque* que ahora sabe lo que son monedas, es fácil comprender, que venga en busca del brujo con intencion de apoderarse de él y tenerlo prisionero para que le siga sacando de la nariz las piezas codiciadas.

Rióse Mr. White, de la ocurrencia, y Juan Sin patria dijo que no le parecía descabellada aquella suposicion porque su compadre era capaz de todo.

Cuando llegaron á las grutas, y acomodaron los equipajes y los caballos, entraron los tres hombres á la sala que ya conocemos, donde estaba dispuesta la cena, y como no hay nada que favorezca más las recíprocas expansiones y la cordialidad en la conversacion, que una mesa cargada de alimentos, cuando hay buen apetito, cada uno contó un cuento ó una aventura de su vida pasada. El Cacique Blanco prometió, despues de unas cuantas libaciones de aguardiente de uva, contar su verídica historia en los días subsiguientes, y Juan Sin patria interrogado por Mr. White, se propuso explicar los juegos que había aprendido viviendo entre salvajes.

XXII

Juegos indios

TERMINADA la cena, los dos ingleses prendieron sus cigarros, Juan Sin patria sacó del tirador su tabaquera, que era hecha de una vejiga de vaca, sobada, y bordada con seda de colores vistosos, dentro de la que guardaba una porcion de tabaco picado. De otro bolsillo del tirador sacó papel para cigarrillos y pausadamente armó tambien su cigarro, que prendió en la mecha de un yesquero original fabricado por él mismo, y que llevaba siempre consigo.

—¿Cuáles son los juegos indios que Vd. conoce? le preguntó el Cacique Blanco.

—Los pampas, dijo el paisano, se divierten con casi todos los entretenimientos que tenemos los cristianos, juegan la taba, las carreras de caballos, los naipes, la sortija, y la pelota, tienen poco que hacer para proveer á sus necesidades, y cuando tienen hambre montan á caballo y salen á bolear avestruces, guanacos, gamas, ó yeguas que son su comida predilecta.

Las mujeres tejen y los hombres, cuando están en el toldo se ocupan de la fabricacion de riendas, bozales, maneas, lazos y objetos de su apero, pero el tiempo sobra siempre y las fiestas no se interrumpen por días ó semanas enteras.

—Háblenos de los juegos puramente indios, dijo Mr. White. Me parece que Vd. está haciendo un poco de preámbulos porque se encuentra delante del Cacique Blanco, que puede descubrirlo en alguna inexactitud del relato.

—Al contrario, agregó Juan Sin patria, me gusta que esté delante quien pueda instruirme en lo que yo no sé, y si tenemos tiempo y á Vds. no les disgusta lo que yo pueda contar, me he de dar vuelta por dentro como si fuera una media y no ha de quedar cosa rara que haya visto entre infieles que no cuente con todos los detalles, para que corregido por el Cacique Blanco, que es hombre de saber y de instruccion, pueda anotarlas en su libro de apuntes, ese que nunca se le cae del bolsillo, y que dice va á mandar á Inglaterra con todos los cuentos que yo le he contado en el camino, los retratos de los pampas, los nombres de los árboles, y la cuenta cabal de los pelos y las uñas del peludo y la forma que tienen por estos pagos los huesos de los difuntos.

—Amigo, veo que va á llegar la hora de dormir, y usted no le habrá contado á su patron cómo son los juegos con que se divierten los indios.

—Señor, es que quería empezar por lo primero, explicando que ellos, como nosotros, tienen una diversion que es la que más los entretiene, la que consiste en reunirse á la orilla del fogon ó en el interior de un toldo, y conversar largamente contándose historias, cuentos ó mentiras. Y en estas reuniones siempre tiene la palabra el más ladino, mientras que ahora entre nosotros, ustedes están queriendo que hable el más negado.

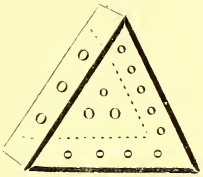
—Pero Vd. se había comprometido á referir cómo son los juegos que más divierten á los pampas y es justo que nos cumpla su palabra, dijo Mr. White—mientras que el Cacique Blanco le ofrecía un trago de aguardiente, para que compusiese el pecho.

Acomodóse nuestro paisano de nuevo en el asiento y despues de una corta pausa, habló de esta manera:

El *Quechú* es un huesito labrado por cinco lados y,

que tiene la forma de un triángulo y puntos negros en sus caras, lo mismo que los dados que tienen los *pulperos*.

Quechú quiere decir cinco en araucano, y la piecita se juega entre dos ó más individuos, que atan de la rama de un árbol una cuerda, la que tiene en la extremidad inferior y á media vara del suelo un ojal ó argolla donde hay que meter uno de los dedos de la mano, mientras que con los otros se toma el *Quechú* haciéndolo cimbrar y soltándolo al suelo de manera que ruede como los dados, ó se clave en un sitio determinado. Del modo de caer y del hoyo en que se clave sobre el piso se deducen los puntos que corresponden á cada uno de los jugadores.



Si el partido es entre varios, uno lleva la cuenta de cada jugador, anotando los tantos para no olvidarse, por medio de granos de maíz.

—Y cuando no hay maíz? dijo Mr. White.

—Entonces, la cuenta se lleva con piedritas ó con tarjas hechas en un palito ó en el borde de un cuero.

—Yo sé otro juego, dijo el Cacique Blanco, que es bueno conozcamos por si tenemos que pelear con *Shaihueque,* lo que me parece no será difícil si es que viene á llevarse á Vd. por la fuerza, con el objeto de tenerlo cautivo y hacerse sacar monedas de la nariz.

Supongamos que este círculo representa un fuerte, y que cada uno de sus cuatro lados está defendido por doce hombres.

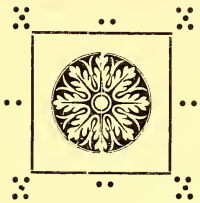
En un momento próximo al ataque del enemigo, el Jefe de la guarnicion necesita disponer de cuatro hombres para enviarlos en una comision, pero no quiere que los asaltantes vean debilitada la fuerza que defiende el fuerte, es decir: el Capitan quiere sacar cuatro hombres dejando siempre doce en cada frente, sin desamparar ninguno de los cuatro lados.

El dibujo fué hecho sobre la mesa rústica de la gruta, y el Cacique Blanco por medio de granos de maíz, representó los soldados en la forma de nuestra viñeta.

Mr. White y Juan Sin patria se incorporaron en sus asientos y parados junto á la mesa trataron de resolver aquel problema, no dándoles un resultado satisfactorio las varias combinaciones que practicaron.

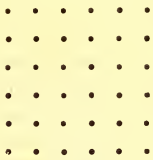
—Si se dan por vencidos, dijo el Cacique, daré á los granos de maíz la nueva distribucion que correspondería tomar á los soldados para que queden siempre doce por cada frente y puedan mandarse cuatro en comision.

—Nos damos por vencidos, dijo Juan Sin patria; y entonces el Cacique Blanco elogiando la estrategia militar de los araucanos dió á los granos de maíz la siguiente colocacion:



—Este jueguito, dijo el paisano, despues de fijarse bien en la manera de resolverlo, me ha traído á la memoria otro parecido que aprendí cuando era muchacho y estando cautivo entre los indios de Salinas grandes.

Hay que formar un cuadro con treinta y seis soldados. Seis de frente por seis de fondo y se trata de sacar del cuadro seis hombres dejando en cada fila seis ó cuatro, es decir: un número pares de soldados.



Al Cacique Blanco y Mr. White les tocaba esta vez la resolución de aquel problema simple.

—Estas pruebas son tan fáciles como parar el huevo de Colon, dijo el Cacique.

—Es verdad, agregó Mr. Peterson, pero precisamente porque consiste su resolucion en una simplicidad, es que nos empeñamos en resolverla.

Despues de varios ensayos, el Ingeniero tenía que triunfar. Así fué en efecto, pues Mr. White levantó seis granos de maíz de los del cuadro, dejando este en la siguiente forma:

—Esa es la resolución, dijo Juan Sin patria, lamentando íntimamente no haber sido él el que enseñara la forma en que debía levantarse los granos.

—Conoce el juego de la *Pilma*? dijo el Cacique al paisano.

—Es como el juego al bote, que se hace con la pelota; contestó el interrogado.

—Sí, con la diferencia de que los indios hacen este juego dividiéndose en dos bandos de seis ú ocho — luego trazan un círculo en el suelo colocándose en dos hileras y en el centro, cada uno frente de su contrario.

La *Pilma* que es una pelota llena de viento, es arrojada por un extremo al competidor que queda en frente y debe tocar á este en cualquier parte del cuerpo, sino, el que la arrojó pierde un tanto. Pero aquel á quien la *Pilma* es dirigida, debe tambien arrojarla sobre el segundo de los contrarios, pues de otra manera tambien á él le toca perder.

Cuando los jugadores son diestros, la *Pilma* debe correr en zig-zag por entre los dos bandos, volviendo á retroceder en la misma forma al punto de partida.

Este juego es divertido entre cuatro ó cinco parejas y requiere destreza, agilidad y buena vista, se parece al de la *Chueca*, aunque este termina á veces convirtiéndose en riña.

—Y cuál es el baile más original de los indios? preguntó el inglés.

El *Puel-Purun,* respondió el Cacique, que es baile de hombres ó de mujeres exclusivamente, diferenciándose en esto de todos los fandangos de orígen español. Los instrumentos de que se valen para animar el baile son flautas de caña, especie de *quenas quichuas*. Panderetas hechas con pieles descarnadas y sin pelo, y castañuelas de costillas de animal.

Estos instrumentos primitivos sirven para acompañar los cantos más monótonos y tétricos que puede imaginarse.

Los danzantes para entrar en la rueda de la pista, se desnudan completamente, dejándose solo un pequeño taparabo que hace las veces de hoja de higuera y salva aparentemente del rubor que sería natural en tales festividades. Cada uno de los concurrentes pinta su cuerpo de la manera más bizarra y fantástica, con rayas negras, azules, blancas ó coloradas, adornándose la cabeza, la cintura y las pantorrillas, con plumas de avestruz y sonoros cascabeles.

Cuando la rueda ó las ruedas de hombres se han fatigado lo bastante, cesa momentáneamente el baile infernal y se forman las de mujeres que en análogos trajes bailan y cantan hasta quedar tambien rendidas.

—Señores, dijo el Cacique Blanco, creo que por hoy hemos cumplido bastante bien, con el agradable placer social de conversar, tengan Vds. muy buena noche.

Al salir el estimable dueño de casa dió un silbato, que ya conocemos; y por el otro lado de la cueva apareció *Botas peludas,* que en su traje original venía como la noche anterior, á preparar las camas en que debían descansar los dos viajeros.

—Qué simpático mozo! dijo Mr. White á su acompa-

ñante; su cara me hace pensar que hay entre los naturales de este país, tipos de facciones más correctas que lo que cree la generalidad de los viajeros.

—Señor, dijo el mozo indio, hablando con cierta timidez; es que soy hijo de una cautiva cristiana cuya belleza aun recuerdan los que la conocieron.

—¡Oh! agregó el inglés ¿será preciso que yo aumente una historia á las que voy escribiendo minuciosamente en mi libro de viaje?

—Podrá Vd. hacerlo, dijo el mozo; pero no seré yo quien se la cuente, porque el Cacique, mi señor y padre me ha pedido muchas veces que no hable jamás de mi origen.

—Haces bien de complacer en sus deseos á un hombre tan bueno como el Cacique Blanco, dijo el inglés, suponiendo al momento que la historia de aquel servidor indio, tan cortés y discreto, había de tener alguna analogía ó vinculacion con la del mismo cacique, cuyo relato esperaba escuchar de su propia boca antes de continuar su viaje.

Hechas las camas, *Botas peludas* abandonó la sala, y tanto el inglés como su acompañante no demoraron en roncar á duo, durmiendo toda la noche de un tiron, con ese sueño tranquilo que es peculiar al que se ha ejercitado durante el día en trabajos corporales.

XXIII

Las paredes tienen oídos

VENÍA aclarando el día cuando los ladridos de los perros y algunos toques de señal dados por medio de cuernos y que resonaban en las cavidades de la gruta, despertaron al inglés y al paisano.

—Parece que está alarmada la vizcachera, dijo Juan Sin patria; seguramente los indios de *Shaihueque* vienen dispuestos á pelear al Cacique Blanco y á su gente.

—En tal caso, respondió Mr. White, debemos levantarnos para ayudar á los dueños de casa en la defensa.

No conozco el plan ni la distribucion que tienen estas cuevas, ni he pretendido averiguarlo porque el Cacique parece hacer misterio de esos datos; sin embargo, con ojo experimentado, he podido hacer un cálculo aproximativo del trabajo de excavacion practicado en esta barranca, teniendo por base los metros cúbicos de tierra movida, que han sido depositados en diferentes puntos del bajo.

—Cree Vd. que las cuevas sean muy grandes? dijo Juan Sin patria.

—La tierra desalojada lo comprueba, y los ladridos de los perros que se oyen á veces tan confusos en el interior, me hacen suponer que el dueño de casa se ha fabricado en este sitio un laberinto de donde no lo

podrán sacar sino despues de rendirlo por medio de un prolongado sitio.

—*Ese caso, tambien está previsto!* dijo la voz del *Cacique Blanco*, que hablaba de un lugar invisible, pero indudablemente próximo al que servía de alojamiento á los viajeros.

—*¡The devil!!* dijo Mr. White, estamos en las cavernas del infierno.

El Cacique Blanco se presentó entonces en la sala sonriendo, por la sorpresa que había causado á los dos huéspedes. —Vengan Vds. conmigo, les dijo á los dos hombres, síganme, y verán si podemos defendernos de cualquier ataque.

El guía y el inglés siguieron en silencio los pasos del

dueño de casa, quien con un candil encendido atravesó el puente y se internó en la cueva que les había servido de entrada hasta el sitio donde aquella formaba un recodo.

—Aquí tenemos que agacharnos, dijo entonces el Cacique, y subir en cuatro pies una larga escalera.

Los tres hombres practicaron aquella operacion un tanto penosa. La perforacion era hecha en línea oblícua, atravesando un terreno compuesto de arcilla ó tierra greda. A los cuarenta escalones más ó menos, vióse la luz clara del día; estaban sobre una altura de la meseta. Era aquel el mismo paraje en que permanecía de pie el Cacique Blanco la tarde en que Mr. White llegó perdido.

—Esta es mi fortaleza, dijo el cacique, mostrando un reducto de treinta varas más ó menos de superficie, rodeado de piedras pequeñas y de pilares bajos de madera.

—Ha elegido Vd. un espléndido local para organizar su baluarte, dijo Mr. White.

—En efecto, agregó el viejo, este es el punto A de mi vivienda y desde aquí por medio de unas ballestas especiales que se arman amarrando las maderas elásticas á estos pilares, puede tirarse con puntería bastante fija y á una distancia sobre el valle, todos estos guijarros que están amontonados y que hacen ventajosamente las veces de municion de artillería.

Desde aquel sitio que en adelante llamaremos el fuerte, dominábase con la vista la pequeña meseta de cuatro *cuadras* (1) de superficie en que estaban situadas las misteriosas cuevas. Del lado del Sur se extendía el Valle Fértil á que anteriormente nos hemos referido; por el Oeste veíase la profunda excavacion del torrente, en cuyo fondo corría un pequeño arroyuelo; hacia el Norte se extendían las tierras altas y estaba situado el corral en donde se encerraban los animales domésticos, como

(1) Medida de superficie que tiene 150 varas por lado.

asimismo los terrenos labrados, en donde el Cacique tenía sus sementeras.

Mr. White contemplaba el paisaje y elogiaba el trabajo y la distribucion que su dueño había dado á aquella original vivienda, construida en medio del desierto, cuando el viejo poniéndole la mano sobre el hombro y con aire afable, le dijo lo siguiente:

—¡Oh White! Cuando me veo estas largas barbas blancas, y considero que á mi viejo esqueleto le van ya faltando las fuerzas para vivir y luchar, lamento mi enorme desgracia. La de no tener en esta vida un hijo, un pariente ó un amigo que cierre mis ojos en la hora de mi muerte.

Mis servidores indios, los que viven conmigo en las cuevas, son mi única familia y á fé que los quiero, y cuido de ellos como si se tratara de mis propios hijos; pero son al fin salvajes, y su nivel moral no podrá ser nunca el nuestro, antes de que hayan pasado dos ó tres generaciones en su evolucion.

Los animales que comen en ese valle por millares y estas miserables cuevas, han de quedar abandonadas el día que yo falte y probablemente se convertirán en guaridas de tigres, de pumas ó de perros cimarrones. Mucho he pensado en los dos días que hace que la Providencia le trajo á estos parajes y me he resuelto á ofrecer á Vd. y á la compañía colonizadora que representa, cuanto constituye mi posesion para que se instale una colonia en este valle, que es seguramente el más apropiado para ese objeto de cuantos pueden visitarse en cien leguas á la redonda.

—Esa cesion, dijo Mr. White, representará en dinero una suma que la compañía estará obligada á abonar, y Vd. podrá entonces regresar rico á Inglaterra, habiendo realizado un buen negocio.

—En esa forma no me convendrían los tratos, dijo el Cacique, yo debo liquidar aquí mismo el último bien que uno posee.

Vé Vd. aquella pequeña gruta de piedras que se levan-

ta en la altura á la distancia de unos cincuenta metros?

White y el paisano contestaron afirmativamente y el viejo continuó:

—Allí están sepultados los despojos de una muerta querida; ese humilde sepulcro ha sido construido allí por mí en persona, trayendo cada día, desde ese valle, sobre estos hombros descarnados por los años, esas grandes piedras rodadas que el torrente arrastraba desde las montañas y que son como el símbolo de nuestra vida transitoria y frágil.

La cesion de mis bienes la haría pues á la compañía, con solo una condicion expresa y única. La de que siempre habría de respetarse èse recinto, para mí sagrado, y que mis huesos irán á descansar al mismo sitio, cuando me abandone definitivamente el soplo de la vida que á todos nos anima.

Aquellas palabras sentidas, habían sido escuchadas en silencio por el paisano y quien sabe que cuerdas misteriosas del sentimiento habían hecho vibrar en el fondo de su alma sencilla, porque sin que se apercibieran los dos ingleses, llevó el brazo derecho á la altura de la cara, y con la manga de su camiseta, en un movimiento ligero, secó dos lágrimas que habían corrido de sus ojos, mojándole al pasar el rústico semblante.

Los toques de señal, que habían cesado en aquel instante de dar notas de aviso, volvieron á resonar por el valle, y un jinete indio detuvo la carrera de su caballo en el palenque situado en el montecito del bajo, á la entrada de las grutas.

El Cacique dió entonces un silbido que indicaba al jinete, el lugar que ocupaban en la altura, y este, escalando la barranca, subió hasta aquel paraje y dijo más ó menos lo siguiente, en lengua araucana, lo que nosotros traducimos para mayor claridad.

«*Shaihueque* con sus capitanejos y más de quinientos hombres de lanza han campado en el bajo-hondo, á una legua de distancia de la salida del valle, y acaba de mandar un nuevo parlamento, diciendo que exige se le

entregue hoy mismo al brujo rubio y á su compadre Juan Sin patria, que le pertenecen por haberlos dejado pasar por sus tierras con el objeto de tomarlos prisioneros; dice tambien, que no abriga el deseo de pelear con su amigo el Cacique Blanco, pero que bajo ningun principio consentirá en volverse sin el brujo, estando dispuesto á atacar mañana temprano, si hoy mismo no se lo entregan.»

—*La pucha!* con mi compadre, dijo Juan Sin patria traduciéndole al inglés lo que estaba diciendo el jinete indio.

—No hay más, dijo el Cacique Blanco, *Shaihueque* en su viage á Patagones, ha aprendido á conocer, para que sirven las monedas! ha aprendido á ser avaro! Dónde está *Blanco chico?* agregó dirigiendose al jinete.

—*Blanco chico,* con doscientas cincuenta lanzas, dijo el araucano; guarda la entrada del valle, y es él, en persona quien ha recibido á los parlamentarios de *Shaihueque.*

—Qué ha hecho *Cachul?*

—Está reuniendo gente en Loma Negra. Debe tener ya juntos como cien lanceros, segun dijo un *chasqui* (I) que habló con *Blanco chico* esta madrugada, respondió el lancero araucano.

—Bien señores, dijo el Cacique Blanco, dirigiéndose á White y al paisano. La defensa de sus personas está completamente asegurada, mis capitanejos *Cachul* y *Blanco chico* conocen bastante la extrategia militar pampa, y son suficientemente guapos, para que al frente de sus huestes impidan la entrada á nuestro dominio, al Cacique *Shaihueque* ó ha cualquier invasor.

—Pero qué interés pueden tener esos hombres en defendernos? dijo Mr. White.

—El interes, de defender sus bienes y sus tierras, agregó el Cacique. Son mis hijos adoptivos y saben obedecer y hacer respetar mi autoridad, lo que tambien es otra conveniencia, que están muy lejos de desconocer los que habitan el Valle Fértil y las tierras inmediatas; y diri-

(I) Correo ó mensajero indio (palabra *quichua).*

giéndose entonces al lancero indio, le dió la siguiente órden en lengua araucana. « Vete, dí á *Blanco chico* y á *Cachul,* que no quiero entregar á los viajeros, que no son brujos sino amigos míos, y que den órden á *Shaihueque* de retirarse inmediatamente á sus tierras, pues de lo contrario se le hará retirar con nuestras lanzas.

En silencio el jinete indio hizo una inclinacion ligera de cabeza, giró sobre los talones, y descendió de la fortaleza al valle, saltando de uno en otro, los escalones de tierra que conducían al palenque donde estaba amarrado su caballo. Una vez allí, tomó su lanza, dió un salto sobre el lomo del potro impaciente y se lanzó á la carrera, perdiéndose bien pronto en las sinuosidades del valle por el camino de la derecha.

XXV

Zafarrancho de combate

No tardaremos en estar de fiesta, si tienen que pelear dijo Juan Sin patria.

— Sí, pero en prevision de que la suerte no favorezca, á los de afuera, agregó el Cacique Blanco, dispondremos todo aquí, para defenderles la retirada.

Descendió entonces el viejo por otro agujero-escalera que se abría en el suelo del fuerte al lado del que les había servido para subir hasta allí un momento antes y prendiendo su candil, le dijo á Mr. White—¿Quiere Vd. acompañarme hasta el granero?

—Con mucho gusto, respondió el Ingeniero siguiendo los pasos del Cacique y juntos penetraron en el interior de la Colina.

La nueva escalera conducía á una gran sala sin salidas, que solo se comunicaba con la fortaleza, y despues que la vista de White se acostumbró á la poca luz que en aquel sitio daba el candil del viejo, vió cuanto podía verse, de lo que allí estaba guardado.

En cajones de piedra se había depositado gran cantidad de maíz desgranado y trigo, del otro lado en mesas de madera estaba apilada una buena cantidad de carne seca; y en odres de barro y damajuanas, se conservaban las

bebidas, de lo que bien podía llamarse una rústica bodega.

Había tambien allí unas cuantas armas de fuego de diferentes sistemas, que el viejo dijo haber recojido de manos de los indios ó de los desertores cristianos que se refugian en las tolderías.

—Las mejores de estas armas, que son las de sistema moderno, dijo el Cacique, no me sirven de gran cosa, por la dificultad que hay en estas alturas, de conseguir municiones especiales.

Las de cargar por la boca, como mi escopeta, son más utilizables, porque la pólvora, las balas y los fulminantes, se consiguen con más facilidad en las fronteras, donde suelo mandar expediciones, que llevan plumas de avestruz y pieles de guanaco, para conseguir á cambio los útiles de guerra, el tabaco, y algunos otros objetos de necesidad indispensable.

—¿Y estos maderos en forma de arcos ó de flechas jigantescas? dijo Mr. White.

—Esas son mis ballestas. El centro de estos grandes arcos se ajusta por medio de una cuerda á los pilares enclavados en la Fortaleza, y cuatro ó seis hombres, valiéndose de estas armas sencillas, pueden arrojar piedras desde la altura, á doscientos pasos de distancia sobre el valle, haciendo puntería por las maderas acanaladas que están asentadas sobre el muro.

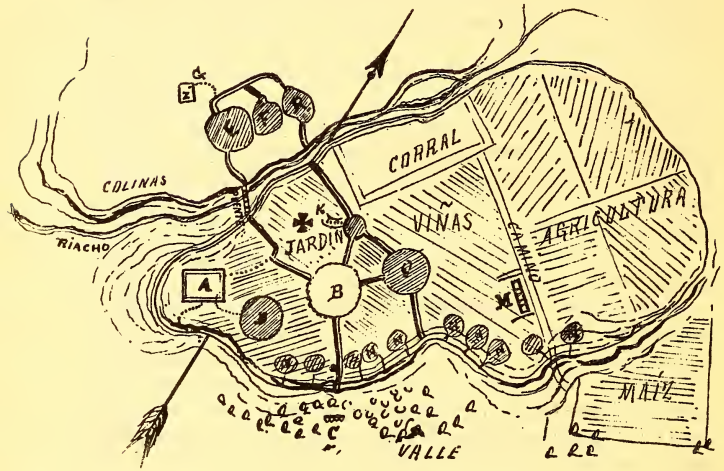
—Pero Vd., el día de mi llegada, no me tiró con piedra, dijo el inglés.

—Verdaderamente, respondió el viejo, aquellos fueron tiros á bala, y sino le pegó ninguna, fué porque tiré solo con intencion de asustar. Había dado órden de que nadie anduviese en el campo, y creí que se trataba de algun desobediente, ó ladron de caballos.

Hace un momento, cuando Vd. se levantaba, le oí decir desde mi habitacion, que ignoraba el plano y la distribucion de mis viviendas, voy á sacarlo de la curiosidad, haciéndole en su cartera de anotaciones un croquis ligero de la misteriosa cabaña, que Vd. conservará como un recuerdo de este viaje.

—Subamos para ello al fuerte donde tendremos mejor luz, dijo Mr. White.

—Convenido, pero, es necesario que Vd. se tome la molestia de ayudarme á subir sobre la fortaleza estas cuatro ballestas, que han de ser hoy colocadas en sus puestos.



Nuestro expedicionario ayudó al dueño de casa, á subir las armas hasta la torre, donde había quedado impasible Juan Sin patria esperando á su patron.

Una vez allí, Mr. White presentó su cartera al Cacique Blanco, quien trazó el adjunto croquis, que conviene conocer para tener más exacta idea de lo que constituía aquella original vivienda.

Al pie del croquis escribió el Cacique la siguiente lista explicativa.

A — Fortaleza sobre la colina.

B — Patio sin techo en el interior de las cuevas.

C — Bosques frente á la entrada.
D — Graneros y depósito de armas.
P — Puente elevadizo sobre el torrente.
E — Dormitorio de los viajeros y comedor.
F — Cámara dormitorio del Cacique Blanco.
G — K — Salidas de escaleras secretas.
Q — R — Cámaras vacías.
M — Caballeriza.
Z — Cocina al aire.
N — Dormitorio de indios.
† — Panteon en medio del jardín.

—Despues que coloquemos las ballestas en sus puestos y que carguemos las armas de fuego, visitaremos todas las escavaciones, dijo el Cacique Blanco, pero me sería agradable antes, saber si Vd. acepta el ofrecimiento que acabo de hacerle á fin de que una colonia inglesa venga á establecerse en el Valle Fértil.

—Me es imposible, aceptar ni rechazar en absoluto el proyecto, que me parece sumamente generoso por parte de usted. El sindicato de Liverpool que tengo el honor de representar, será quien resolverá definitivamente el punto. Yo debo limitarme á dar informes y puedo asegurar á Vd. que lo haré con la mejor voluntad del mundo, viendo de antemano la dificultad con que ha de tropezarse para que aquellos hombres comprendan que se trata de una cesion ó donativo de valiosos intereses.

Entre hombres de finanzas se comprende fácilmente un negocio, cuando este consiste en comprar por cinco lo que vale diez, ó vender por veinte lo que solo cuesta cinco.

—En tal caso, dijo el Cacique Blanco, y á fin de que el propósito se realice, estableceré un precio cualquiera á lo que constituye mi posesion, sin olvidar naturalmente la cláusula fundamental de que ya hemos hablado.

—Perfectamente, dijo el Ingeniero, creo que ese será el camino más corto para llegar á un arreglo.

—Ya nos ocuparemos otro día de formular un recuento general, dijo el Cacique, por el momento me es necesa-

rio llamar al torreon, los soldados de mi escolta india, á fin de que todo quede dispuesto en condiciones de resistir un sitio. Debo proceder desde aquí á dar las órdenes que entre marinos equivaldría al toque de zafarrancho.

—Esto será curioso y entretenido para nosotros, dijo Mr. Peterson White.

El Cacique dió entonces un silbato, presentándose un instante despues *Botas peludas,* que era quien manejaba el cuerno de señal.

—Llama á la escolta dijo el viejo, y el muchacho obedeciendo dejó oir por medio de su sencillo instrumento, una série de notas agudas y prolongadas.

Mr. White y Juan Sin patria vieron entonces aparecer por diversos puntos de salida de las cuevas, unos quince ó veinte araucanos que con sus lanzas en la mano subían la cuesta en dirección á ellos, rodeados de un número considerable de perros galgos que en diversos grupos seguían de cerca á los guerreros. El Cacique Blanco con cierto aire de satisfaccion mostró á Mr. White los grupos que avanzaban, diciéndole:

—Vea Vd. aquí cien voluntades que obedecen ciegamente mis órdenes!

- Pero los lanceros son solo veinte, dijo Mr. White.

—Y los perros son ochenta, agregó el Cacique, con lo que se completa el número de una respetable compañía de defensores.

—¿Los perros tambien pelean? preguntó el inglés.

—Y muy ventajosamente. Estos estimables animales prestan grandes servicios al hombre, cuando se educan bien. Cada cinco de los que aquí se ven, reconoce por Jefe á un hombre y ejecutan sus órdenes con admirable exactitud.

—Si llegara el caso de pelear mañana á la caballería de *Shaihueque,* los hombres ocuparán este reducto arrojando piedras sobre el enemigo por medio de las ballestas, mientras que los perros irán á desmontar á los jinetes, poniendo en dispersion las caballerías en el momento en que se presentasen en el valle.

Como soldados valientes saben perfectamente cuánto vale la ayuda recíproca, así es que, atacan en grupo y si el lancero que se vé rodeado mata á alguno de ellos, no por eso dejarán los otros de prendérsele al caballo ó al mismo hombre si lo encuentran al alcance de sus dientes.

—Este es un sistema curioso de defensa, dijo Mr. White, así peleaban los pueblos en la antigüedad y en la época de la conquista en que los españoles traían á las Antillas y á México perros adiestrados á atacar indios, á los que alimentaban con la carne de sus prisioneros, de las mujeres y de los niños para hacerlos más feroces en el combate, (1) pero hoy, bastaría una pequeña ametralladora para vencer á esta clase de guerréros.

—Bien lo sé, dijo el Cacique Blanco, pero á falta de las armas modernas, se han adoptado las que están á nuestro alcance.

Miéntras duraba aquella conversacion, los indios y los perros habían formado en fila, rodeando el muro de aquel pequeño fuerte.

El Cacique habló entonces á su gente en lengua araucana. Les dijo que *Shaihueque,* con una audacia que merecía castigo, había invadido sus tierras y pretendía se le entregase á aquellos dos hombres, que eran sus amigos. Díjoles tambien, que aunque el invasor no había de llegar hasta allí, porque *Blanco Chico* y *Cachul* estaban encargados de atajarle el paso, convenía en prevision disponer la defensa, montando y ensayando las ballestas, y trayendo agua y alimentos frescos al Depósito del Fuerte. Concluida la arenga, los indios ejecutaron cuanto se les encomendaba. Juan Sin patria tomó noticia de lo que tenía que hacer, para que sus caballos quedaran en seguridad aquella noche, y los dos ingleses, conversando, amistosamente bajaron de la Fortaleza por el camino exterior, yendo á visitar las cuevas indicadas en el plano, que tanta curiosidad inspiraban á Mr. White, como asi mismo las plantaciones de viñas y de maíz, que ocupaban pequeñas extensiones de terreno, en la proximidad de la vivienda.

---

(1) Marmontel, Los Incas ó la destruccion del Imperio.

XXV

La historia de las cuevas

ESTAS cuevas no han sido hechas en un día, dijo Mr. White, despues de visitar algunas escavaciones.

—Durante veinte y ocho años que habito este paraje, respondió el Cacique, se ha trabajado casi constantemente en la extraccion de tierra y en el mejoramiento de las viviendas. La historia de su construccion es pues, muy larga de contar. Primero vivían aquí tigres y *pumas,* nosotros descubrimos este paraje cuando veníamos á bolear guanacos y avestruces con mi compadre *Cachul* viejo, el padre de *Cachul* y de *Blanco Chico.*

Un día se nos ocurrió venir á vivir al valle, porque aquí nos era más fácil encontrar alimento para nuestras familias y entonces hicimos desalojar á los tigres y ayudados de nuestras mujeres y de algunos indios, que seguían á *Cachul* viejo, valiéndonos de nuestros cuchillos y de herramientas de hueso y de piedra construidas por nosotros mismos, agrandamos las viviendas que ocupaban las fieras y nos guarecimos en ellas.

— Cuanto debe Vd. haber sufrido haciendo vida primitiva en los desiertos! dijo Mr. White.

—La vida en relacion directa con la naturaleza, es rústica y sencilla, no puede darse cuenta de esto el hombre que ha nacido y se ha criado en las ciudades, pero tiene tambien sus encantos para el que se resigna á seguir el rumbo que la suerte le señala.

—Sus palabras, prosiguió Mr. White, me avivan el deseo de conocer las aventuras de su vida pasada, que Vd. nos ofreció contar hace dos noches, y si este deseo no fuese una indiscrecion, yo insistiría en recordar su compromiso.

—Las promesas son deudas, dijo el Cacique Blanco. Yo nunca he contado mi historia, que es bien sencilla, aunque está llena de sufrimientos y de lecciones, justo es pues, que cumpla lo prometido y narre á Vd. las aventuras de un pobre viejo, que tal vez no volverá más á contar aquellos hechos que deben figurar en el olvido.

Los dos ingleses se encontraban en aquel momento en el jardin próximo á la fortaleza, y el Cacique invitó al Ingeniero, á sentarse juntos en una pequeña barranca ó altura que formaba el terreno, para comenzar su relato.

De aquel paraje, veíase la extension del valle y las colinas, cuyas verdes praderas se fundían á la distancia en las medias tintas de la coloracion del horizonte. Los indios, seguidos de sus perros, subían y bajaban al fuerte que ya conocemos, disponiendo las piedras, las ballestas y los aparejos de combate, en la forma dispuesta por el viejo jefe, que despues de tender una mirada distraida en torno suyo como queriendo evocar los recuerdos de un pasado remoto, habló de esta manera:

El 20 de Noviembre de 1845 si la memoria no me engaña, se libró el combate de Obligado, en las márgenes del Río Paraná. Las naves francesas é inglesas, destruyeron ese día, las baterías que defendían las fuerzas de Rozas.

Yo tenía veinte y ocho años, y era guarda marina de una de las naves que llevaron el ataque, pero la severidad de la disciplina con que se me había juzgado en una falta de cumplimiento cometida durante mi turno de servicio de guardia, quiso que no pudiese tomar parte en aquella gloriosa accion, y resolví entonces aprovechar la primera oportunidad para abandonar el buque, desertando del servicio en donde tantos trabajos había pasado por espacio de cuatro años.

No tenía más que parientes lejanos en Inglaterra, mis padres habían muerto siendo yo niño, y una hermana mujer á quien apenas recordaba, vivía en Escocia, al lado de unos tíos, que no tenían herederos y que cuidaban de ella.

Las narraciones que oía, á los compañeros de barco á propósito de este país, y lo poco que había visto en las veces que bajamos á tierra, me habían hecho cobrarle alguna simpatía. Cuando uno es jóven, reflexiona poco y no da el valor que tienen ciertos actos que pueden resolver transcendentalmente de la suerte futura. Mi carácter vivaz, me hacía un tanto irreflexivo, había tomado ojeriza al superior inmediato que con aquel arresto me impedía compartir los trabajos y el peligro con mis animosos compañeros.

Desertándome, creía salvarme de la vergüenza de no haber hecho nada, cuando todos peleaban. Mi suerte estaba resuelta.

Durante la noche, abandoné para siempre mi barco y mis nobles camaradas, de quienes jamás he vuelto á tener noticia, dejándome caer al agua por la escala de gato que está habitualmente colocada en la popa de las embarcaciones mayores.

El viento era de la amura de estribor y la corriente de proa un tanto violenta, de manera que, despues de tomar descanso á flor de agua, me tendí serenamente á nado, dejándome llevar un poco aguas abajo, para alejarme del buque hasta distar más ó menos media milla desde donde empecé á nadar directamente hacia la costa. Marché á pie durante aquella noche, y al día siguiente reuniéndome á unos gauchos dispersos emprendimos á caballo el viaje para el interior del país.

Hablaba entonces, muy poco el castellano, y montaba muy mal á caballo; pero los paisanos que huían del combate, tuvieron conmiseracion del pobre *gringo* (1) que huia tambien.

---

(1) Apodo con que la gente de la campaña designa á los extranjeros.

Había en nuestras situaciones mucho de analogía, y en la desgracia, en los trabajos, es generalmente el hombre mucho más bueno con sus semejantes, que cuando la suerte le es propicia. Mis compañeros tuvieron dos días guarecidos en un pajonal, en las proximidades del partido actual de Chacabuco. Recuerdo que en la noche carneamos una vaca al estanciero que poblaba aquellos campos.

El animal fué destrozado en un instante, y en grandes pedazos se condujo al pajonal donde se asó con cuero. Empezaba á iniciarme en las costumbres nacionales. Uno de los desertores fué á un puesto que debía pertenecer al establecimiento ganadero y no sé de que medios se valdría para conseguir ginebra, yerba y un mate, con lo que se complementó el festín de aquella noche. Eramos seis los desertores, y entre ellos había un negro que debía ser algun valiente á juzgar por lo mucho que los restantes obedecían y acataban sus indicaciones. Durante la noche y bajo el efecto de la ginebra se durmió poco y dos de aquellos hombres se trabaron en una lucha á cuchillo, que concluyó con la intervencion del negro y un formidable corte en la cara, recibido por uno de los combatientes.

Aquella sociedad no me era del todo agradable; en la madrugada se resolvió asaltar la estancia que era de material y estaba foseada, y probablemente defendida por sus ocupantes. Aquel era entonces un lugar fronterizo; los indios del cacique *Coliqueo* llegaban con sus invasiones hasta las proximidades y cuando les parecía bien, arreaban con las vacas y las yeguas de los estancieros. Se trataba pues, de llevar un *malon* y proveerse de cuanto hacía falta á los dispersos; la cosa estaba ya resuelta, cuando el negro tomó la palabra y dijo: «Com-
« pañeros: me he creado por estos pagos, estamos en
« los campos del médano y me opongo terminantemente
« á que se ataque esta casa. Si alguno persiste en la
« idea, sepa que primero ha de pasar por sobre el
« cuerpo de este negro, que más de una vez ha sido

« ayudado en sus trabajos por la familia de ese hombre « que es D. Ramon, un buenazo de ley, que ayuda « á los pobres siempre que se ofrece y no desa- « tiende jamás al que anda en desgracia. A más, no se « la habían de llevar robada si fuesen á la estancia, por- « que es seguro que con estos barullos han de estar los « puesteros y sus familias dentro de los fosos y hay en « los miradores *garabinas*, *jusiles* y hasta cañones que « no manejan mal, cuando tienen que defenderse de los « pampas ».

Los desertores atendieron las palabras del moreno y ya fuese por temor de su persona ó porque no les cuacuadraba el ataque con enemigos que parecían dispuestos á defenderse, desistieron de su proyecto, comisionando al negro para que fuese á las casas y pidiese tabaco y algunos alimentos. Yo me comedí á acompañarlo en la empresa, con intencion premeditada de pedir al moreno que me recomendase al dueño de casa para quedar como peon y no seguir la correría en que nos habíamos metido.

Así lo hice, y el negro me prometió mientras que llegábamos á la poblacion hacer en mi favor cuanto estuviera en su mano.

La estancia distaba apenas una milla del sitio en el pajonal donde permanecíamos ocultos. La población estaba situada dentro de un foso y muralla de tierra que no podía salvarse á caballo, de manera que cuando llegamos al palenque exterior, hicimos alto y dimos el Ave María que es de práctica entre la gente de la campaña. Los perros fueron los primeros que anunciaron nuestra llegada saliéndonos al encuentro, pero acallaron sus ladridos al reconocer á mi acompañante, que los hablaba por sus nombres, diciéndoles: Capataz! Cuatro-ojos! Mata-siete! ¿Ya no conocen al negro Manuel?

Despues de los perros, salieron algunos hombres de la cocina y cuando reconocieron al moreno, nos invitaron á bajar y pasar adelante. Unos cuantos niños rubios que indudablemente pertenecían á la familia de los dueños

de casa, y que jugaban por el patio, vinieron tambien hacia nosotros corriendo á los brazos del moreno, que los cargaba y les hacía caricias como á antiguos conocidos.

Mas tarde salió el dueño de casa, que ordenó se le diera al negro Manuel cuanto necesitara, y éste, despues de contar en frases pintorescas cómo había sido la batalla de Obligado y una porcion de incidentes que le habían ocurrido, pidió al patron que tomara á su servicio al pobre *gringuito* que no sabía hablar bien en lengua de cristiano, ni montar á caballo.

XXVI

Donde el inglés resulta carpintero

SUFRÍ entonces un minucioso interrogatorio y me parecía prudente decir la verdad de mi situacion al dueño de casa, que al principio se resistía á recibir en sus campos á un desertor inglés. Como estábamos solos durante la conversacion, me aconsejó aquel buen hombre que no dijera á nadie cual era mi procedencia, pues concluiría por ser aprehendido y despues de llevarme á la ciudad me entregarían de nuevo á la escuadrilla de que había desertado.

Resolví entonces no abandonar aquella casa y supliqué más bien que pedí, que me lo permitieran.

—¿Entiende Vd. algo el oficio de carpintero? me dijo D. Ramon.

—Señor, le respondí, he visto muchas veces en mi barco manejar el cepillo y el serrucho; las artes mecánicas no son desconocidas para los pobres marineros, y menos me será á mí, que pondré la mejor voluntad del mundo en servirle.

—Bien, me respondió el buen hombre, si Vd. quiere vivir en la campaña y adelantar en la voluntad de sus patrones, ha de saber de todo un poco. Hoy será carpintero, mañana herrero, pasado albañil, y otro día talabartero. El peon de estancia debe ser útil para todo y nunca ha de

decir que no sabe hacer las cosas aunque no sea capaz de hacerlas bien, *buena voluntad* es la primera condicion que debe tener el que es mandado, y la discrecion del que manda se conoce en buscarle su acomodo á cada hombre, de manera que yo no lo he de mandar á Vd. á domar potros ni á recojer las haciendas, pero lo ocuparé en los trabajos de la casa, y si marchamos bien, será el jefe de la carpintería y de la herrería del establecimiento.

Loco de contento, agradecí á D. Ramon aquella buena acogida, y despues que se fué el moreno llevando la yerba y la carne para los compañeros, creí oportuno prevenirle que andaban desertores por la proximidad y que sería bueno cuidarse de un asalto.

Le conté tambien el proyecto que habían tenido mis acompañantes, de atacar la estancia en la madrugada y no olvidé hacerle presente la buena conducta del negro, que se había opuesto varonilmente á que se llevara á cabo el atropello.

—No estábamos desprevenidos, me dijo D. Ramon, pero me alegra conocer la buena accion de Manuel, que aunque es muy de la casa y lo he servido en varias ocasiones, no deja por eso de ser una buena pieza, á quien me sería agradable ver lo menos posible por estos alrededores.

Cuando la campaña se tranquilizó y los paisanos volvieron á sus hogares, los puesteros y sus familias que estaban guarecidos en la estancia volvieron á ocupar sus ranchos, distribuidos en diversos sitios de la posesion.

La estancia debía tener unas seis leguas cuadradas, seis ó siete mil vacas, quince ó veinte mil ovejas y ocho ó diez mil yeguas y caballos.

La primer obra en que puse mano bajo la direccion del patron y ayudado por los otros peones, fué la construccion de un galpon para esquilar ovejas y guardar lana. Una cuadrilla compuesta de ocho vascos habían cortado el material y cocido los adobes que debían servir para la construcion de las paredes. En la estancia había un bosque bastante crecido, de álamos y acacias, y con

las maderas que se cortaran debíamos construir la armazon de la techumbre. Muchos cálculos y medidas tuvimos que tomar para no cortar del bosque más maderas que las que debían utilizarse, y se trabajó por espacio de dos meses en levantar las paredes de adobe cocido, asentado en barro, que debían soportar la armazon ó el esqueleto del techo; obra verdaderamente notable, dado los elementos de que teníamos que valernos, y en la que puse mi mayor esmero.

Cuando esa parte de trabajo estuvo terminada, los peones de campo trajeron en carretas una cantidad de paja espadaña que habían cortado en las lagunas y se dió principio al techo, lo que concluyó de embellecer nuestro trabajo.

Yo había sido carpintero y herrero á la vez. En los ratos de descanso fabricaba sillas y mesas rústicas con los despuntes ó sobrantes de los árboles cortados, y mi voluntad tan grande de ser útil, me captó bien pronto la simpatía de Don Ramon y la de su familia.

A la obra del galpon siguió la de construir un carro, utilizando un par de ruedas y un eje de una carreta vieja que hacía tiempo se encontraba abandonada.

Mi vehículo era liviano, y apropiado para que lo arrastrasen dos caballos mansos; se me dieron cueros de vaca secos para la fabricación de los arneses, y la familia del estanciero, cuando quería ir de paseo á algun puesto, los días de fiesta, prefería á cualquier otro medio de trasporte, trasladarse en el *carrito del inglés,* como se le llamaba cariñosamente por los niños.

Un día se me ocurrió embellecer más aquella calesa rústica, que proporcionaba tan agradables momentos á los paseantes, y encargué por unos troperos conocidos, que iban á Villa de Mercedes, me trajeran un poco de pintura azul y roja, con lo que concluí de engalanar el carro favorito, al que en los días de sol se le agregaba un techo de liencillo blanco, que le daba un aspecto pintoresco y alegre. Yo mismo era el cochero cuando se trataba de un paseo. Y mi carro andando por la pra-

dera parecía un bote á la vela, navegando por un mar bonancible y manejado por un grumete feliz, que gobernaba las riendas del coche por el sistema que antes empleaba para manejar el timon de una lancha cualquiera.

Al año de aquellos servicios me llamó un día el patron á su escritorio y me dijo: «Sus aptitudes y sus conocimientos lo ponen en el caso de no vivir siempre de peon á sueldo; he pensado, por lo tanto, encargarlo de un puesto donde trabajará al tercio de utilidades. Cuando precise de Vd. en la estancia, esos trabajos se le abonarán por separado, y entonces irá un hombre provisoriamente á atender sus intereses. Vd. habla bastante bien el castellano y sabe montar bien á caballo, ya no maneja el carro como si fuera el timon del bote, y por lo tanto podrá pronto ser patron.

Aquello equivalía á un ascenso en mi carrera, así es que agradecí debidamente la deferencia de que era objeto, y compré algunos animales con las economías de mis sueldos. Unos días despues me hacía cargo del puesto de Santa María, donde habían mil quinientas ovejas y algunas vacas y yeguas, á cuyo cuidado me dediqué con toda contraccion.

Durante el día cuidaba de que el rebaño permaneciese en el rádio de campo que se me había designado; un riacho vecino proporcionaba el agua suficiente para aquellos animales, que aumentaron considerablemente en los dos primeros años que estuvieron á mi cargo.

En el recuento que se practicó entonces, correspondía á mi parte quinientas y tantas ovejas, pero no me encontraba contento con la vida de pastor, y de acuerdo con mi patron cambié el rebaño por un número equivalente en vacas y yeguas, cuyo cuidado me permitía ir diariamente á la estancia principal y dar lecciones de primeras letras: lectura, escritura é inglés, á los hijos de mi patron.

Todo marchaba bien por aquel tiempo; mi vida corría agrablemente y las utilidades de mi trabajo me permitían ciertas comodidades.

XXVII

Blondina la hermosa

A una legua del puesto de Santa María existía otra poblacion, atendida por un vasco, cuya familia se componía de su mujer y una hija de diez y ocho años, á quien llamaban Blondina.

En una enfermedad que me sobrevino, y como vivía solo, fuí asistido por aquellas dos mujeres, que me dedicaron toda clase de cuidados.

Blondina era una muchacha rubia, alegre y trabajadora, que atendía á todos los quehaceres domésticos y siempre le sobraba tiempo. Cantaba desde temprano y tenía su casita esmeradamente limpia.

Los patos, las gallinas y los pavos que criaba, la seguían por todas partes, y aquellos felices animales, de los que muchas veces tuve envidia, parecían reconocerla por la mañana, cuando aparecía á la puerta de su casita, trayendo en las faldas de su blanca pollera una cantidad de maíz y de semillas que repartía á puñados. Las palomas se posaban entonces en sus hermosos hombros, mientras que los gordos pollanclones saltaban y cacareaban atajándole el paso.

Los ojos de aquella criatura eran azules y purísimos como el cielo de esta tierra, en que había nacido, y esas

escenas matinales y campestres solían ser alumbradas por el sol más alegre y sonriente que puede Vd. imaginar en una alegre primavera.

—Comprendo, dijo Mr. White, Vd. se había enamorado de la campesina vasca!

Es triste para mí, agregó el Cacique Blanco, hablar de todo aquello; tanta felicidad de la que nada ha quedado

en torno mío, más que ese altar humilde levantado al recuerdo de la que tanto quise!

El viejo en aquel momento mostraba á su interlocutor, con la mano tendida hacia el jardín, el sepulcro construido por él, con piedras rodadas, traídas del torrente y al que nos hemos referido en otra ocasion.

Despues de un momento de pausa, reanudó su relato en esta forma: Un día, don Ramon, el dueño de la estancia, despues de hablar de varios trabajos que debían efectuarse, hizo recaer la conversacion en la familia de mi vecino. — Blondina es una buena muchacha, me dijo, sus padres son honrados y trabajadores. Vd. vive demasiado solo y tiene bastantes bienes para formarse un hogar y una familia. A más, me parece que á su edad es tiempo de pensar en esto, y yo creo que si es de su agrado, los dos harían una buena pareja.

— ¡Oh, señor! le respondí — es muy cierto todo lo que me dice y comprendo bien que con lo poco que tengo, la ayuda de Dios y la compañía de una muchacha tan virtuosa, puede un hombre alcanzar la más grande felicidad de esta vida. Mas de una vez he pensado en eso, y á fin de año, si todos los negocios han andado bien, hablaré á los padres de la muchacha.

—Es Vd. un buen hombre, me dijo el estanciero, y yo he de hacer cuanto me sea posible por ayudarlos, y que no salgan nunca de mi campo.

Fué aquella indudablemente la época más feliz de mi vida; querido, considerado por todos y viendo en torno mío la prosperidad y la suerte, jóven, fuerte y dispuesto para emprender cualquier trabajo, creía completamente asegurada mi futura felicidad y la de aquella bondadosa criatura; pero la vida como el mar anchuroso tiene sus días de calma y de bonanza, que han de ser bien pronto interrumpidos por las horrorosas tempestades.

Estaba próximo á llegar al pináculo de mi felicidad, cuando una violenta enfermedad vino á cortar para siempre la existencia de don Ramon que era mi protector y mi ayuda desde hacía tres años.

La familia del estanciero viéndose sin aquel valioso amparo, se encontró obligada á retirarse á la ciudad de Buenos Aires; los parientes tomaron cuenta de aquellos intereses, y yo ví partir con las lágrimas en los ojos, á la mujer y á los hijos de mi bondadoso protector.

Los bienes de nuestra sociedad fueron divididos, á mí se me entregaron los que me correspondían, y como el campo se arrendaba en fracciones, tomé una parte, en sociedad con la familia de mi vecino.

Todo parecía marchar perfectamente en los primeros meses.

Compramos tambien en sociedad con el vasco una tropa de carretas, que yo debía atender directamente; y el día de mi boda con Blondina, se había ya fijado de comun acuerdo, cuando nos sobrevino la desgracia que dió un rumbo diverso á nuestra suerte. Mis vacas y caballos habían quedado al cuidado de mi futuro suegro y yo había hecho un viaje con los carros hasta la Villa de Mercedes, conduciendo algunos frutos, cuando se tuvo noticia de una gran invasion de indios que se había internado en los campos de la provincia saqueando, matando y arrasando las poblaciones.

Desde que llegó á mis oídos la noticia, un fatal presentimiento se apoderó de mi alma, y apenas pude desocuparme del acarreo, tomé la direccion de nuestras casas lo más pronto que me fué posible. Aquello era horrible, y confieso que se precisaba un alma muy bien templada para soportar todos los infortunios que se me vinieron juntos. Mi casa y la de mi vecino habían sido entregadas á las llamas, solo quedaban las *taperas*, es decir, los vestigios carbonizados de lo que fueron nuestras viviendas.

Todos los animales habían sido arrebatados por el salvaje invasor, los dos viejos horriblemente asesinados y lo que es peor que la muerte, Blondina había sido llevada cautiva tierra adentro, segun lo atestiguaban algunos vecinos que lograron milagrosamente escapar, ocultándose en los pajales.

—Entonces vino Vd. á los indios? dijo Mr. White.

—No!... respondió el viejo, primero dí sepultura á aquellos dos cadáveres que yacían descompuestos y tendidos en el campo, sirviéndoles de pasto á los *carauchos,* (1) despues vendí los carros y los bueyes por lo que quisieron darme, y como nada tenía que hacer ya entre los cristianos porque mi único bien y mi fortuna estaba en poder de los bárbaros asaltantes, compré algunos caballos en la actual poblacion de *Chivilcoy,* (2) resuelto á internarme entre los indios é ir hasta el fin del mundo si era necesario, animado por la triste esperanza, pero esperanza al fin, de encontrar algun día á mi adorada Blondina, á quien me había propuesto rescatar, aunque esto me costara el sacrificio de la vida, ó tuviera para conseguirlo, que producir mares de sangre.

Había llegado á esta altura el relato del Cacique Blanco, cuando se aproximó hasta ellos Juan Sin patria é hizo presente que sus caballos juntos con los del Cacique, habían sido puestos en seguridad y encerrados en el corral que está demarcado en el plano en la proximidad de las cuevas.

Era ya la oracion, cuando el lancero indio que servía de *chasqui,* (3) y que había venido aquella mañana con la noticia del *ultimatum* de *Shaihueque* se presentó de nuevo diciendo de parte de *Blanco Chico* y de *Cachul* que el invasor no estaba dispuesto á retirarse sino se le entregaba el brujo rubio que sacaba monedas, y que ya que se lo negaban cuando lo pedía á buenas, se preparasen para entregarlo por fuerza al día siguiente.

El Cacique Blanco ordenó que aquella noche vinieran ocho hombres para armarlos con los rifles y escopetas que había en el fuerte, dijo que tenía alguna pólvora y balas con que podía ensayarse puntería, y Mr. White pidió ser él en persona quien dirigiese el grupo de tiradores, proponiéndose hacer más de una baja en las tropas de

(1) Ave rapaz.
(2) Lleno de agua.
(3) Correo ó conductor de un parte.

Shaihueque valiéndose de su rifle de catorce tiros de repeticion.

Aquella noche y durante la cena que había dispuesto *Botas peludas,* no se habló más que del combate que indudablemente tendría lugar la siguiente mañana, y Mr. White se vió privado por algunas horas de saber el fin de la infortunada niña, y lo que hizo el Cacique Blanco antes de serlo, para internarse entre los indios.

XXVIII

Aventuras del asalto

TERMINADA la cena de aquella noche, el Cacique Blanco se retiró á su habitacion porque según dijo, necesitaba descansar algunas horas por si se producía el ataque en la madrugada del día siguiente. Mr. White y Juan Sin patria trataron de hacer lo mismo, deseosos de ayudar en la defensa si se presentaba el caso de pelear.

En el momento de acostarse, White, contó á su asistente en frases lacónicas la primera parte de la historia del Cacique Blanco que él mismo le había referido aquella tarde, y le preguntó hasta que vínculo de parentesco reconocían los indios entre sí.

– Señor, le había respondido Juan Sin patria, los indios son sumamente cariñosos unos con otros, y saben perfectamente los vínculos de parentesco que los une con las demás familias. A los parientes en general les llaman *Moñahué*, el padre le llama al hijo *Fochun* y á la hija *Ñahué* y éstos al padre *Chachay*, *Fuchay* ó *Chao;* los hijos á la madre la llaman *Ñuqué* y ella al varon *Coñi-Huentrú* y á la mujer *Coñi-Zomó* ó *Malen;* los nietos al abuelo paterno le dicen *Lacu* y al materno *Cheché* ó *Chedeuy*, á la abuela paterna la llaman *Cucu* y este me parece el clasificativo más acertado de todos, porque

hay algunas abuelas que son más feas que lo que dicen es el diablo. A los padres de los abuelos los designan con el nombre de *Yom-Chezcúy* ó *Yom-Lacú,* lo que quiere decir en castellano padre de mi abuelo ó padre de mi abuela. La sobrina al tío materno lo denomina *Huecú* y al tío paterno *Mallé*, pero el sobrino varon llama á su tío *Putrá-Mun.*

Entre los hermanos, los varones se denominan *Piñí*, y las mujeres *Lamúen.* Estas mismas palabras sirven para designar los primos hermanos, anteponiéndoles la palabra *Uzán.*

Chale significa deudo ó pariente político, y el marido llama á su mujer *Curé* y á la suegra *Quempú.*

—Tambien tienen suegras los indios? dijo Mr. White.

—Sí señor, y llenan en la familia las mismas funciones que entre los cristianos, siendo igualmente bien queridas por sus yernos.

Filcá, llama la mujer al hermano de su marido, y á la tía paterna de éste le dice *Ñazú,* siendo el tío paterno del marido conocido por el nombre de *Puiñimó.*

—Todo esto me lo ha de decir mañana, dijo Mr. White, para tener ocasion de apuntar en mi cartera de viaje.

—Vá Vd. á mandar tambien á Inglaterra la lista de estos clasificativos? dijo Juan Sin patria.

—Probablemente no, pero me interesa saberlo, porque comprueba lo que Vd. me ha dicho antes, es decir, que los indios entre sí, estiman y respetan los vínculos de parentesco.

Despues de este interesante diálogo, Mr. White se quedó dormido, y su asistente que lo oyó roncar, no tardó en hacer lo mismo.

Aún no había empezado á aclarar, cuando los ladridos de los perros y los toques de los cuernos de señal, pusieron en conmoción toda la cueva, anunciando la proximidad del peligro.

—Aquí se arma la gorda, dijo Juan Sin patria, que como buen criollo tenía sueño liviano.

Algunas voces de personas que hablaban en araucano

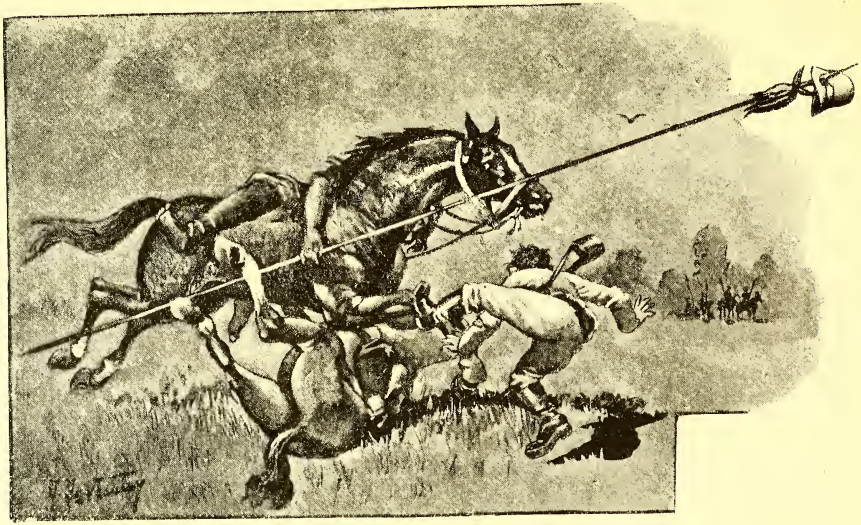
se oyeron en la habitacion próxima donde dormía el Cacique Blanco, y éste apareció un momento despues invitando á nuestros dos viajeros, para subir al Fuerte y esperar las noticias. En la entrada del valle, dijo el viejo, se está librando un combate en este momento, y la caballería de *Blanco Chico* y *Cachul* se defiende de los lanceros de *Shaihueque* atajando la entrada y haciendo espaldas en un monte de espinillos.

Todos subieron á la Fortaleza, las jaurias de perros seguían á los indios, que con la media luz de la mañana y asomando por las bocas de las cuevas, parecían figuras infernales que surgían á la superficie viniendo del centro de la tierra.

Todos estaban contentos, y parecían prepararse para asistir á una gran fiesta; conocían tal vez, lo inexpugnable de aquel canton original. Las bocas de las cuevas habían sido tapiadas por dentro con piedras especiales, y todos los habitantes rodeaban la muralla del Fuerte y preparaban lanzas y ballestas cuando la claridad del día alumbró más vivamente las colinas y la region del valle. En la direccion en que estaban situadas las fuerzas de caballería, habíanse escalonado unos cuantos vigías ó centinelas, que por medio de señales comunicaban con el Cacique los incidentes del combate. Despues de una hora, las fuerzas de la defensa fueron arrolladas por la caballería de *Shaihueque*, que con presteza é intrepidez traía veloces cargas, centralizándose ó dispersándose para volver de nuevo á la acción, una vez rehecha la línea circular de ataque que constituye fundamentalmente la base de la estrategia del lancero araucano.

Las fuerzas de *Blanco Chico* y de *Cachul* reunidas, estaban ya en el Valle á unas seis cuadras del Fuerte, y veíanse claramente los choques y las arremetidas llevadas por una y otra parte.

—¡Oh! dijo Mr. White, no es para mi carácter ver en calma la audacia de estos bárbaros! Permítaseme siquiera ir con los tiradores en ayuda de nuestros compañeros. El Cacique accedió al pedido de su huésped, y ocho in-



dios con las armas de fuego preparadas, guiados por mister White y Juan Sin patria, corrieron hasta el corral, enfrenaron los caballos, y simulando una línea de guerrilla, desplegaron hacia el enemigo, una vez que se encontraron en el valle.

Nuestro intrépido Ingeniero carecía de esa serenidad tan necesaria en los momentos de peligro, había montado su caballo favorito, y exhortando al combate á los ocho valientes, tomóles la delantera á media rienda, dirigiéndose al mayor grupo de enemigos que remolineaba en la llanura. Mientras avanzaba en esta forma seguido de su escolta descargaba su Winchester con singular presteza, logrando disolver el pelotón de lanceros salvajes á los primeros disparos. Pero de entre el grupo de los de *Shaihueque* montado en un brioso pingo doradillo, dió vuelta riendas un valiente de esos que no se intimidan por los tiros, y al correr de su caballo vínose con furia de relámpago en direccion al inglés, ocultando su cuerpo detrás del noble bruto y dejando ver tan solo el penacho rojizo de la afilada lanza que brillaba en la altura como augurio siniestro.

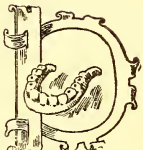
Un instante bastó para que el caballo del indio chocara en su carrera con el del inglés. En el violento encuentro, la lanza del salvaje dirigida á la cabeza de nuestro explorador, había levantado en alto y prendido en las medias lunas el sombrero amarillo del intrépido viajero. La formidable pechada de los dos animales dió por resultado la caida de Mr. White, que por atender á la puntería no había cuidado de tenerse firme sobre el lomo del animal. La escolta acudió en el momento en proteccion del caido á quien Juan Sin patria alzó en el anca de su caballo y se hicieron nuevos disparos, no logrando ninguno herir al fugitivo, que con el casquete por trofeo, perdióse entre los movibles grupos de invasores, dando alegres y salvajes alaridos. El Cacique Blanco en persona con sus hombres de guerra favoritos y sus temibles jaurias de galgos, cayeron de pronto al valle, montados en sus mejores caballos de pelea.

Era la temible reserva que venía á resolver la accion de guerra, desalojando el campo. Las tropas de *Shaihueque* empezaron entonces á pelear en retirada; los grupos de jinetes enemigos que habían llegado hasta el valle, se retiraban al trote, mientras que una fuerte reserva entretenía á las hordas de *Cachul*, que habían entrado en pelea más tarde que las de *Blanco Chico*. Este organizaba en un cerrillo sus tropas dispersas, disponiéndose á perseguir á *Shaihueque* aquella tarde.

El Cacique Blanco volvió al Fuerte con algunos hombres, Juan Sin patria y Mr. White, que había recuperado su caballo; el que despues del desastre de su dueño y encontrándose en libertad, había tratado de huir por la pradera.

XXIX

Tremenda desgracia



DIABLOS! dijo Mr. White, llevándose las manos á la cara, y una vez que llegaron á las grutas.

—Qué le pasa á Vd.? preguntó el Cacique Blanco. Si ha perdido el sombrero de corcho, con que defendía su cabeza de los rayos del sol, hemos de encontrar algun buen gorro de pieles que le compense esa pérdida.

—¡Oh no! dijo el Ingeniero hablando con dificultad; lo que he perdido con el golpe y la caida del caballo, ha sido mi dentadura postiza, sin la cual me será imposible masticar los alimentos!

Todos miraron entonces con sorpresa é hilaridad la cara contristada del inglés, que pensó inmediatamente en volver por sus dientes al lugar de la catástrofe.

Juan Sin patria y el mismo Cacique quisieron acompañarlo personalmente, yendo todos en busca de tan útiles herramientas.

En un lugar preciso encontraron las señales claras de

la rayada del caballo indio, como asimismo el rastro de los cascos del que montaba Mr. White y más adelante sobre la arena, vieron la señal de las manos y los pies estampadas por el jinete en la caida, pero por más que se hizo una prolija investigacion entre las yerbas, no le fué posible encontrar lo que buscaban. Hubo que resignarse y volver sin la dentadura, despues de dos horas de mover las arenas.

—No se aflija, patron, dijo Juan Sin patria á Mr. White, cuando iban de regreso, yo me encargo de picarle chiquitos los bocados, para que no trague entero hasta que estemos de regreso en pueblo de cristianos.

—Es que por muy chico que se pique el alimento, dijo Mr. White, nunca puede el hombre nutrirse tan bien, como cuando lo mastica por sus propios dientes.

—Propios? agregó el Cacique Blanco... ¡ah! es que me olvidaba que Vd. indudablemente los habrá pagado.

Unos fuertes dolores de estómago que sobrevinieron horas despues á Mr. White, hicieron surgir la duda de que tal vez aquella hermosa dentadura articulada que era indudablemente una notable obra de arte, había sido tragada por su dueño en la violencia del salto y la caida.

Las fuerzas enemigas siguieron retirándose lentamente del valle; y al anochecer *Shaihueque* había campado á tres leguas de distancia y reunía allí su gente y los heridos. La lentitud de la retirada, hizo entender al Cacique Blanco que el enemigo no se daba por vencido, sin embargo de la encarnizada lucha. En efecto, á la siguiente mañana aparecieron en la loma nuevos parlamentarios de *Shaihueque*, que recibidos por un enviado de *Blanco chico,* expusieron de parte de su Jefe que estaban dispuestos á dar quinientas yeguas gordas si se le entregaba el brujo rubio y que si no se le aceptaba esta nueva proposicion, iban á volver á pelear al día siguiente. Se dió cuenta al Cacique Blanco, y éste contestó despues de consultar con Mr. White, en los términos siguientes: Habiendo llevado un jinete enemigo en la punta de su lanza el casquete amarillo del brujo, y siendo esta

la pieza encantada de su vestido, que le daba el poder de producir monedas, propongo á *Shaihueque* me sea entregado dicho sombrero que no tiene ninguna virtud sino en manos de su dueño y le propongo en retribucion, el mismo número de yeguas gordas que me ofrece por el cautivo.

—Por este medio, había dicho el Cacique Blanco, *Shaihueque* se retirará llevándose el sombrero, y esperará cautivar el codiciado brujo cuando regrese de las pampas á las ciudades.

—Es ingenioso el medio empleado, había dicho mister White, siempre que él crea en la virtud de mi casquete de viaje, pero en cambio me veré muy mal, el día que quiera volver á Buenos Aires.

El sombrerero de Liverpool que me hizo pagar media libra esterlina por el bonete de corcho, no se figurará seguramente el gran valor que ha tomado esta pieza interesante de mi vestido, por el hecho al parecer insignificante, de haberme pertenecido.

Como había pensado el Cacique Blanco, *Shaihueque* no aceptó el cambio del sombrero por quinientas yeguas, ni volvió tampoco á atacar las tropas del valle. Se retiró á sus tierras, y probablemente organizó una minuciosa vigilancia por los caminos, esperando tomar prisioneros á Mr. White y á Juan Sin patria cuando éstos regresaran.

Dos días despues del combate, todo había vuelto á normalizarse en la cabaña misteriosa, y Mr. White pensó que convenía apurar sus expediciones por los valles occidentales.

Así lo manifestó al Cacique, diciéndole al mismo tiempo que sin embargo de su urgencia, no partiría antes de que le hubiese terminado su interesante historia, agregándole que esta era para él de tanto mérito é interés, como cualquiera de las de Walter Scott, Fenimore Cooper, W. Collins, Mayne Reid, Gerstaecker y otros de esos escritores ingleses, americanos ó alemanes que han creado en los últimos tiempos la novela histórica de viajes y expediciones.

El viejo Cacique respondió que hasta las regiones que circundan el lago Nahuel-Huapí, (1) todas las tierras le eran conocidas y que aun cuando había algunas muy apropiadas para la fundacion de colonias, la más extensa y fértil era aquella en que se encontraban y donde él se había poblado desde hacía tantos años.

Aquí cerca están aún visibles las ruinas del gran circo donde todas las tribus de orígen araucano celebraban sus más interesantes parlamentos.

—Lo he visitado, dijo Mr. White, y llevo en mi equipaje algunos cráneos extraídos de sus tumbas.

Se extendió tambien el viejo en un crecido número de noticias á propósito de la calidad de las tierras, los pastos, los bosques y la climatología de la zona comprendida entre los ríos Limay, Neuquen, Colorado y Negro, que fueron minuciosamente acogidas y anotadas por Mr. White y las que omitimos en este libro porque de ellas da exacta cuenta la geografía argentina de F. Latzina.

El Cacique terminó su conversacion indicando á Mr. White la conveniencia que habría para él en atravesar el río Negro y el Colorado con rumbo casi al Norte, y luego visitar una parte de la gobernacion actual de Nauquen, y de la Pampa Central dirigirse á Buenos Aires por *Carhué* y *Guaminí*. (2) Por este camino se salvaría de las ase-
aszehan de *Shaihueque* y conocería importantes zonas de las tierras á poblar.

El proyecto pareció acertado á Mr. White, mucho más teniendo en cuenta que se trataba de regresar pronto de aquella expedicion que había empezado á serle molesta, desde que se encontraba sin sus dientes postizos, percance insignificante al parecer, pero de cierta trascendencia para los intereses de la Compañía y que es muy probable no fué anotado por Mr. John Peterson en su cartera de viaje.

Así como los más útiles inventos se deben á la casua-

(1) Isla del Tigre.
(2) Palabra *Guaraní* compuesta de *Gua*, maíz, y de *miní*, chico.

lidad, las acciones humanas grandes ó pequeñas suelen depender de una circunstancia de detalle. Esta consideracion, que no debe nunca olvidar el narrador prolijo, es la que nos ha inducido á enumerar en esta reseña histórica, muchos detalles, como el de la pérdida de la dentadura de Mr. White, lo que sin embargo, tal vez nos hará decaer en el concepto de aquellos lectores que buscan la solucion pronta de las historias y que solo se interesan y complacen con las escenas trazadas á grandes rasgos, de la escuela impresionista.

XXX

Ante el serrallo

A noche que siguió al día de la retirada de *Shaihueque*, llevándose éste el sombrero de Mr. White, no tardó mucho en llegar. *Botas peludas* anunció que la cena estaba lista y todos se dirigieron al comedor de las cuevas, donde el Cacique Blanco había de seguir contando su interesante historia.

—Hola!. . . . Buenas noches, dijo Mr. White al simpático *Botas peludas*. ¿Qué se había hecho Vd. durante el combate, que no lo he visto montar á caballo y salir con nosotros?

—Eso queda para los hombres! respondió con cierto rubor y turbacion el muchacho indio. Me quedé cuidando la casa.

—Dispuse que alguien quedase á cargo de la vivienda, interrumpió el Cacique, y no hubiera sido nada agradable que el enemigo se apoderase de una persona que me presta tan útil compañía.

—Pocas veces he podido hacer hablar á este muchacho, dijo Mr. White, pero declaro á Vd. que siento por él un verdadero afecto; sus maneras son delicadas y sus palabras sencillas y atrayentes.

—Ya conocerá Vd. su historia, dijo el Cacique Blanco

sonriendo, cuando le haya narrado lo que falta de la mía. Bástele saber por ahora que es hijo de aquella Blondina que Vd. ya ha conocido en parte; y no he de darle más detalles á propósito de su nacimiento porque sería alterar el orden de la narracion.

—Pero ¿entonces *Botas peludas* es hijo de Vd.? dijo Mr. White.

—No se apure, respondióle el viejo, de otro modo me vá Vd. á obligar á interrumpir mi cuento, y como á los viejos y á los mentirosos la memoria les falta á veces, no voy á poder despues continuar ni terminar el relato metódicamente como lo he empezado.

—Muy bien, replicó Mr. Peterson, quedamos, si mal no recuerdo, en que Vd. vendió los carros y compró caballos en la actual poblacion de Chivilcoy, disponiéndose á internarse en los toldos en busca de la cautiva.

—A ese paraje, como á muchos puntos fronterizos, iban por entonces los indios de *Coliqueo* á negociar pieles y plumas de avestruz, dijo el Cacique Blanco, tomando el hilo de su relato.

El negocio producía bastante, pero era necesario para emprenderlo, ser un jinete notable y saber manejar las boleadoras y el lazo con la habilidad con que lo hacen los hombres del campo, que han nacido y se han creado en ese oficio.

Yo por más empeño que he puesto siempre en aprender á bolear corriendo á caballo ó echar un pial de *volcado*, de *payanca* ó *por sobre la paleta*, no he podido jamás hacerlo con la limpieza y la gracia con que lo hace el más tonto de los criollos

Pero la amistad con los boleadores me convenía para poderme internar con ellos en el desierto y llegar hasta los toldos de los Caciques, sin emplear medios violentos, los que hubieran sido imposibles y contraproducentes para el fin que me había propuesto.

Me perfeccioné lo mejor que pude, en el arte de bolear y como en aquel tiempo cualquier gaucho hablaba en lengua pampa ó araucana y yo sabía escribir, formé un vo-

cabulario por órden alfabético de las palabras que podían serme más necesarias; las aprendí de memoria y luego entré á combinarlas, formando frases.

A los dos meses, sabía todavia muy poco de lo que llamaremos mi *escuela bárbara,* pero el tiempo se me hacía corto y un día me invitaron para tomar parte en una gran boleada de avestruces que iba á tener lugar en los campos del Cacique *Coliqueo;* la que sería dirigida por él personalmente.

La ocasion era propicia para lograr mi intento; los indios de esa tribu habían sido los del *malon* á nuestras poblaciones y Blondina estaría tal vez en las tolderías del Cacique, donde todos los boleadores debíamos reunirnos.

Una mañana, antes de venir el día, tomamos el camino de la pampa, alzamos el poncho y arreamos nuestros mejores pingos en direccion al poniente; teníamos que pasar costeando la laguna del Bragado y entrar al desierto por los campos en donde mas tarde se fundó el fuerte Vigilancia.

Coliqueo nos esperaba, como asimismo á otros gauchos de Junin, Bragado y Nueve de Julio.

Despues del formidable *malon* y saqueo, llevado á nuestros campos, había conseguido el salvaje hacer tratados de paz y ningun temor tenía de ser molestado en sus tierras por las tropas de línea ó las de guardias nacionales, que apenas daban abasto entonces para defender el recinto de los fortines y una que otra estancia que por cierto los indios se guardaban bien de atacar, habiendo tantas indefensas.

¡Qué vida aquella! El colono actual, el extranjero que llega á suelo argentino amparado por las leyes y la Constitucion de este país, que vé asegurados sus bienes y garantido su trabajo, no puede darse cuenta, á primera vista, de lo que han tenido que sufrir y que luchar los que han venido primero.

Los periódicos de entonces registraban en sus columnas todos los días noticias de invasiones, traídas por el salvaje en diferentes puntos de la línea interminable de

fronteras. El hombre tenía que vivir con el arma al brazo porque el enemigo era audaz y temible y porque las fuerzas de que podían disponerse eran insuficientes y el armamento de entonces no daba al hombre civilizado grandes ventajas sobre el salvaje que cargaba con infinita presteza á lanza ó arma blanca, obligando á producirse el entrevero. Pueden ustedes figurarse el coraje y el encono que guardaba secretamente en el fondo de mi alma cuando llegué á los toldos de *Coliqueo.*

Una gran borrachera festejaba nuestro arribo, y como todos los que llegaban eran indios, bandidos, desertores, cuatreros ó asesinos, á nadie se le ocurrió cuidarse de mi presencia, que hubiera hecho tal vez muy grandes disparates si en aquellos toldos hubiese encontrado mi anhelado bien. Allí nadie se ocupaba más que de beber y de preparar cuanto era necesario, para practicar la gran boleada. Cuando llegó la noche, yo ya había recorrido todos los toldos y había visto los cautivos y cautivas que pupulaban en un estado miserable de flacura y desnudez, haciendo las veces de sirvientes ó de sumisos vasallos de aquellos repugnantes personajes.

Por fin logré entrar al toldo de las mujeres de *Coliqueo.* Mi fisonomía en aquel momento debe haber presentado un aspecto muy extraño, deben haberme visto cara de loco ó de desesperado las infelices mujeres del serrallo pampa, porque en el grupo de indias se experimentó de pronto un extraño movimiento de sorpresa; no pronuncié una palabra sin embargo, pero en mi cabeza y en mi sangre hervía el igneo fuego de un volcan abrasador. Entre aquellas mujeres no estaba Blondina como yo me lo había imaginado, pero ante la esperanza de encontrarla, la exaltacion de mi ánimo y el grupo de mujeres que proporcionaban al Cacique los placeres de su báquico festin, sentí que un frío horrible y extraño se apoderaba de mi cuerpo y que me flaqueaban las piernas y caí desvanecido en la puerta del toldo.

XXXI

El amigo negro

Al día siguiente temprano, cuando me desperté del largo sueño que había seguido á mi desmayo, me encontré en el interior de un toldo pampa, tendido sobre uno de esos lechos que se forman con el apero del caballo; entre mis acompañantes que tomaban mate y conversaban alegremente de la próxima correría, sentados á la orilla del fuego, descubrí á primera vista la fisonomía de un hombre que me pareció reconocer.

Era Manuel, el negro aquel que unos días despues de mi desercion del barco de guerra, me llevó á casa del estanciero de Chacabuco, y á quien le debía el servicio de haber quedado por espacio de tres años en compañía de tan buenos patrones.

Cuando me incorporé en el lecho, Manuel fué el primero en saludarme como á antiguo camarada.

Qué le pasa, compañero? me dijo.

Nada, le contesté, he sufrido un desmayo, á consecuencia probablemente de la fatiga del viaje á caballo que hemos practicado en estos días, para llegar hasta aquí.

Pobre *gringuito,* dijo, dirigiéndose á los del grupo, todavía no se ha hecho jinete.

Dos días despues debía darse principio á la boleada; había ya más de quinientos hombres reunidos en aquel

paraje y segun pude informarme por las conversaciones que oía en los diversos grupos, la fiesta no era más que un pretexto para llevar un nuevo asalto á las estancias y á las poblaciones de los cristianos.

Se preparaban las armas, se afilaban los cuchillos, y se hablaba descaradamente del degüello, de los asaltos, del saqueo y del cautiverio de las mujeres.

Era profundamente repugnante todo aquello, que por otra parte me recordaba mis desgracias. Habia adquirido la certeza de que Blondina no se encontraba en la toldería de *Coliqueo.*

La tarde antes de la salida de los bárbaros, convidé á mi amigo el negro para llevar nuestros caballos á la aguada, con el pretexto de conversar á solas con aquel hombre, en cuyo corazon había descubierto en otro tiempo un fondo de bondad y confiarle en parte mi secreto, resuelto como estaba á no tomar parte en la *maloca* (I) y seguir en busca de aquella mujer por quien me había dispuesto á sacrificar la vida.

(I) Correría de saqueo y hostilidad al enemigo.

El moreno accedió á mi invitacion y cuando estuvimos solos á la orilla del riacho, con los parejeros tenidos por la punta del cabestro, le conté brevemente la parte de mi historia que he narrado, sin ocultarle al último que el móvil único que me llevaba tierra adentro era encontrar y rescatar á la mujer que amaba.

—Yo sé, dijo el moreno despues de reflexionar un breve instante, que las cautivas tomadas en la invasion á que Vd. se refiere, han sido negociadas con los indios de *Catriel* y de *Pincen* á cambio de animales y de prendas de plata — así es que si no se encuentra en estos toldos, es seguro que la ha de tener hacia el Sur, algun capitanejo ó cacique de esas tribus.

Pensé entonces, en la imposibilidad en que me veía para seguir solo el viaje, desconociendo completamente los caminos del desierto, el idioma de sus pobladores y los medios de que debía valerme para realizar una tan penosa empresa.

—He de averiguarle esta noche donde está esa mujer, me dijo, de pronto el negro, y como donde quiera es lo mismo para el que arrastra una vida desgraciada como la mía, le acompañaré si gusta, por los desiertos de tierra adentro, é iremos á visitar las tolderías de esos caciques hasta que demos con su prenda.

Agradecí y acepté la voluntad de aquel hombre, pensando en el adagio que dice: que es bueno tener amigos hasta en el infierno. Le ofrecí en retribucion mis caballos y cuanto poseía que era bien poco, en compensacion de aquella buena accion y lo instigué á que averiguase, donde podía encontrarse Blondina, dándole para ello las señas más caracterizadas de su persona.

– Pero, ¿cómo hemos de hacer para no tomar parte en la boleada, y evadirnos de esta toldería sin que lo sepa *Coliqueo* y sus lanceros? dije yo á mi acompañante, mientras regresábamos de la aguada.

– Esto será lo más sencillo, me respondió el moreno, si resulta que nos conviene seguir el viaje hacia el Sur, saldremos al venir la madrugada en compañía de todos y

arreando nuestros caballos formaremos en los grupos que se dirijan hacia el rumbo que debemos seguir, y cuando se abran las partidas que han de formar la inmensa ronda nos encontraremos solos y tomaremos el camino que más nos convenga.

Durante la noche, Manuel promovió conversacion en los grupos de indios á propósito de lo que deseaba averiguar, y adquirió algunos datos más, referentes á la cautiva de que yo le había hablado.

Al venir el día, cuando ensillábamos los caballos en medio del ladrido de los perros, el relincho de los potros y la algarabía de los pampas, el moreno juntó sus caballos con los míos y con semblante alegre me dijo:

—Compañero, vamos á seguir juntos la boleada por el mismo rumbo, así es que nos conviene agrupar nuestros caballos, para arrearlos con más facilidad.

Las partidas de indios armados de lanza y mandadas por diversos capitanejos, empezaron á abandonar la toldería dirigiéndose al desierto. *Coliqueo* iba seguido de más de doscientos hombres de pelea.

Las mujeres, los niños y todo lo que constituye la *chusma* de una tribu se organizaba tambien para marchar á retaguardia; nosotros hicimos rumbo al Sudoeste, como pude comprobarlo por la salida del sol, marchando al paso ó al galope, segun lo permitía el terreno.

Al día siguiente debíamos llegar á la laguna de Algarrobos para de allí atravesar á Trenque Lauquen y despues de tomar algun descanso cruzar las grandes travesías sin agua permanente, que median entre esos parajes y el lago de *Chaquelcó Loan* ó de los guanacos, que era donde comunmente campaban por entonces las hordas de *Pincen.*

Nueve días empleamos para llegar á estos parajes.

El moreno era un hábil conocedor de los caminos y rastrilladas de los desiertos, como que había pasado su vida, segun me contó, alternando por épocas entre la civilizacion y la barbarie; sus padres habian sido esclavos africanos y él, nacido y criado hasta la edad de diez y

seis años en casa de la familia de un antiguo hacendado de Buenos Aires, había creido más conveniente no depender de nadie. Estuvo un tiempo colocado como sirviente, luego como cochero, pero las malas compañías, lo hicieron frecuentar las *pulperías*, (1) y tomar aficion por las bebidas, lo que era su perdicion segun decía, pues cuando tomaba un trago le daba por pelear á cuchillo para probar su propio valor y el de los otros concurrentes, habiéndole ocurrido en estas reyertas que unas veces había conseguido él marcar en la cara á su contrario saliendo otras veces marcado, lo que se dejaba ver claramente por los costurones y cicatrices que ostentaba en sus gordas y negras mejillas.

Durante el viaje no nos faltaron alimentos porque mi compañero manejaba con bastante habilidad las boleadoras, y los campos estaban llenos de animales salvajes que tomábamos durante la marcha.

—El cuento está muy entretenido, dijo Mr. White, pero yo siento frío en la cabeza, y creo oportuno recordar el ofrecimiento de un sombrero que me hizo Vd. esta mañana.

—Sombrero! Dios lo dé, dijo el Cacique Blanco, que lo que es yo, no puedo ofrecerle otra cosa más que la eleccion entre mis gorros de pieles.

—Tanto da, respondió Mr. White, forzoso es conformarse con cualquier cosa, no me pasa lo mismo con la dentadura cuya falta me ha de ser más sentida cada día.

Botas peludas, trajo entonces del cuarto del cacique, dos gorros de piel, uno de gato montés, y otro de nutria, que ofreció al explorador.

Me quedo con el de piel de gato, dijo este alegremente, colocando sobre su cabeza rubia el bonete overo que se le había presentado y que estaba adornado en la parte alta, con una borla juguetona, fabricada

(1) Casas de negocio en la campaña.

expresamente con la cola redonda del pequeño felino.

—Si ese moreno, cuya historia está contando, no es el célebre *Huatana* (1) dijo entonces Juan Sin patria, le pasa raspando, porque las señas que da, son las mismas del que yo he conocido, el año 50 en Salinas Grandes.

—No ha de ser ese dijo el Cacique Blanco, porque á Manuel lo hizo lancear *Yanquetrús,* en la costa del Río Negro, como tendré ocasion de contar más adelante.

---

(1) Cordon de cuero ó *bocado* con que se sujeta las bridas á la boca del potro.

XXXII

Villegas y Pincen

CONCLUIDA la cena de aquella noche, los comensales prendieron sus cigarros, *Botas peludas* trajo aguardiente de uva en unos vasos de cuerno, y la conversacion se reanudó de nuevo.

Pincen, dijo el Cacique Blanco, era un hombre de estatura mediana, y su fisonomía, lo mismo que su apostura, no decían nada en su favor ni en su contra, al que lo veía por primera vez. Era sin embargo, un cacique audaz y arrojado, y su importancia tomó cuerpo en las pampas, debido á estas cualidades salientes de su carácter. No había asumido el mando, como *Catriel* y casi todos los caciques por títulos hereditarios, sino que había adquirido prestigio y nombradía, por sus notables hechos de valor, de arrojo y de viveza; como *Callvucurá*, fundador de la dinastía de los *piedras*. Su legion era compuesta de las mejores lanzas del desierto, el que no era guapo y audaz, no servía para prosélito de aquel jinete incansable, y en sus hordas figuraban los descontentos de los cacicazgos antes mencionados, como asimismo algunos de los lanceros que habían seguido antes á los capitanejos *Curú-Agé* (cara negra) *Nahuel Quintún* (el buscador de tigres) *Curú Loncó* (cabeza negra) *Millá Pulquí* (flecha de oro) y otros que fueron muertos

en una época anterior por órden del gran *Callvucurá* (piedra azul) el vencedor de la batalla de *Collicó* librada á objeto de consolidar su imperio.

En ese carácter, nos presentamos nosotros en sus

toldos y para que la acogida no fuese desfavorable, Manuel me aconsejó, que regalásemos al jefe indio algunos de nuestros mejores caballos. Era aquella la mejor carta de recomendacion con que podíamos presentarnos. Los caballos sirven al indio, no solo para trasladarse con presteza de un punto á otro, sino que su carne constituye el más estimable alimento, y cuando estos animales sobraban en una toldería, podían fácilmente cambiarse á los *Araucanos, Picunches, Tehuelches* y *Huiliches* por hermosas lanzas, prendas de paño de confeccion pampa, objetos de plata, pinturas para la cara y otros vistosos avaloríos, que traían todos los años desde sus tierras, para negociar con los pampas.

A propósito de *Pincen*, dijo Juan Sin patria, interrumpiendo el monólogo del Cacique Blanco, puedo contar yo el caso, de como lo tomaron cautivo el año pasado las fuerzas del coronel Villegas, si Vd. me lo permite y con mi cuento no vengo á interrumpir su relacion.

—Todo lo contrario, agregó el Cacique Blanco, ese hecho reciente, que yo conozco muy ligeramente me interesa y complementa la historia de *Pincen*.

—Entonces hablaré, con el permiso de ustedes, dijo Juan Sin patria, probando al mismo tiempo cómo un poncho de vicuña, puede ocasionar la perdicion de un guapo.

—Oigamos ese caso que ha de ser interesante, dijo el Ingeniero, mientras yo y el Cacique fumamos un cigarro.

—A fin del año 77, las fuerzas de guarnicion en Trenque Lauquen, recibieron órden de atacar su toldería. Yo me encontraba entonces en aquel paraje y en compañía de un viejo Maza, antiguo cautivo de *Pincen,* baqueanazo de los caminos de tierra adentro y cuyos conocimientos utilizaba el coronel cada vez que se originaba una salida. Una noche, al primer canto de los gallos y cuando salía el lucero, el trompa de órdenes del comandante echó diana antes de la hora acostumbrada, y el campamento se puso en movimiento, se buscaron los caballos de reserva y sin pérdida de tiempo se dispuso la carneada. Cada hombre recibió su racion para tres días, y todo se

dispuso en condiciones de salir en expedicion. Pero nadie sabía con qué objeto y á qué rumbo se iban á dirigir las fuerzas. Se ordenó charquear la carne y salarla, cosa que nunca se había hecho, pues en casos análogos bastaba echar una punta de yeguas entre la caballada de los milicos para que no faltara alimento, y luego se procedió á una prolija revisacion del armamento.

Al toque de asamblea, todo era un laberinto en las compañías, los soldados se aprestaban como para efectuar una expedicion ligera, pero nadie sabía con seguridad la causa de la alarma, ni á quién le iba á caer ese día el coronel Villegas, que por cierto iría al frente de sus bravos y que personalmente se ocupaba en aquel momento de pasar una minuciosa revista por sus tropas, los armamentos y las caballadas. A la tarde se municionaron las tropas y se mandó ensillar, y un momento despues, doscientos hombres del 3° de Caballería, dejaron el fortin y se dirigieron á la pampa, atravesando la zanja que servía de límite entre los campos poblados y los dominios del salvaje. (I)

Yo iba en compañía de Maza, cuidándole los caballos, y él dijo que las fuerzas se dirigían á *Curá-malal* (mula negra) donde el coronel pensaba pegarle una sableada á *Pincen* y á sus indios.

Dos dias despues estábamos ya en las proximidades de ese paraje, y al caer la tarde se ordenó forzar la marcha y trabar los sables para evitar el ruido, impidiendo si era posible hasta el relincho de los caballos á fin de caer á los toldos sin ser sentidos.

En la madrugada del siguiente día, hicimos alto en un bajo; debíamos estar muy cerca de la toldería de *Pincen*.

Se despacharon algunos bomberos y descubiertas, que pronto estuvieron de regreso, trayendo en su compañía á un viejo que dijo ser boleador, llamarse Cuevas, y habitar aquellos parajes desde hacía más de treinta años.

(I) Capitan Prado — Guerra de Fronteras.

Por él supo el coronel, que *Pincen* con su gente estaba acampado á unas cinco leguas de aquel paraje, y como se ofreciera para baqueano del camino, le dieron colocacion al frente de la columna que siguiendo sus instrucciones cayó de improviso en un terreno lleno de pantanos del cual parecía imposible que pudiera salir la caballada.

El coronel Villegas, que no era por cierto hombre de jugarse, comprendió la pillería del viejo que había tratado de salvar á los indios, metiendo á la columna en aquel apuro, y sin muchas vueltas ni consejos lo mandó lancear allí mismo, y en el acto se ocupó personalmente de ayudar á que sacaran los caballos empantanados, y de que la columna organizada de nuevo, cambiase de rumbo, costeando el pantano y eligiendo otro camino.

No había pasado una hora de marcha despues de aquella operacion, cuando se ordenó hacer alto y saltar en los caballos de reserva.

El trompa dió la señal de, *á la carga,* y los milicos se desbandaron solos ó en grupos de dos ó tres, á la carrera tendida de sus caballos, en direccion de una tropilla, de un indio fugitivo ó de un toldo, levantado á orillas del pajal vecino.

Aquello fué una horrible confusion, de que solo puede darse cuenta el que ha asistido á un *malon* ó á una invasion militar en tierra adentro.

Alaridos, gritos, relinchos, ladridos de perros, puñaladas, sablazos, y estampidos de las armas de fuego, era lo que se oía y se veía por todas partes en aquel campo, situado á orillas de una laguna y cubierto por las osamentas y los despojos de los animales que en días anteriores habían sido carneados por los indios.

Cuando se tocó reunion por el clarin del trompa, empezaron á juntarse todos los soldados en la proximidad de la loma en donde se había situado el coronel, unos arreaban tropillas de caballos pampas, otros traían lanzas y armas de los salvajes, mujeres, chicos é indios prisioneros y todo iba poniéndose en condiciones de ser trasladado sobre el lomo de nuestros caballos. Esta operacion

había concluido á medio día y el arreo se compuso de cinco mil ovejas, quinientas vacas y tres mil caballos.

Los prisioneros indios, contándose mujeres y niños, fueron trescientos ochenta, y noventa y tantas las bajas producidas en las filas enemigas.

El jefe estaba satisfecho y los soldados aperaron de nuevo sus caballos con prendas de plata, mantas pampas y espléndidos tejidos tomados á los indios.

A la tarde se organizó de nuevo la fuerza y se mandaron descubiertas á explorar los campos inmediatos. La mayor parte de los hombres de lanza se había salvado de la sableada de aquel día, y no era aventurado esperar que buscasen la revancha.

En efecto, las tropas alrededor de los fogones se ocupaban de *churrasquear*, (1) cuando los jinetes de las descubiertas dieron cuenta de la proximidad de grupos de indios, que venían en son de guerra.

Iba á armarse de nuevo la gorda, y ya los alaridos salvajes de venganza resonaban por el valle. Nuestro regimiento no tardó en montar á caballo y los soldados estuvieron pronto listos para seguir peleando.

En muy corto tiempo los lanceros indios se agruparon, disponiéndose á traer un ataque decisivo.

El coronel hizo avanzar un grupo de tiradores en guerrilla y ante sus fuegos, la columna salvaje remolineó y se abrió en dispersion, retrocediendo al punto de partida.

Habíamos quebrado la primera arremetida de los bárbaros, que siempre es la más temible, pero aquella tarde se coronaron las lomas de más de dos mil salvajes dispuestos á impedir nuesta salida por todos los senderos.

El coronel mandó entonces formar cuadro y echar al centro todos los prisioneros, y en vista de la nueva amenaza se ordenó degollar las ovejas y todos los animales que no podían seguir en el arreo.

---

(1) Comer asado.

Pincen, el más temible de los caciques de la pampa, era en persona quien mandaba los grupos enemigos y comprendiendo que traer una carga en masa podía en aquel momento darle un resultado favorable, organizó un grupo de doscientos lanceros elegidos y los lanzó con presteza á estrellarse contra los bravos del 3° de Caballería.

Comprendiendo la intencion de aquel movimiento, el coronel ordenó al capitan Morosini. que mandaba los ochenta lanceros de nuestra gente, que saliera al frente y cargara inmediatamente á la columna salvaje.

La órden fué ejecutada con prontitud y decision. El capitan, que tenía poca fé en la solidez de las lanzas que llevaban sus milicos, los hizo pelar sus afilados *corvos* (1) y con furia de relámpago se entreveró con los pampas.

A los chinos del 3°, que eran jinetes y guapos como las mismas armas, los llamaban á su juego, así es que el combate duró poco, y los indios que no cayeron en el campo partidos por aquella lluvia de sablazos, huyeron al desierto heridos y acobardados.

Los grupos que quedaban, en vista de aquel nuevo fracaso, resolvieron cambiar el plan de táctica rodeándonos y esperando que llegara la noche. A aquella hora una carga podía sernos funesta, y Villegas comprendiendo lo que *Pincen* se proponía, sacó de entre las cautivas indias una vieja y le mandó á decir al cacique que si inmediatamente no dejaba francos los caminos, iba á dar principio al degüello de los prisioneros, las mujeres, los niños, los caballos y las vacas, yendo en el acto á abrirse paso con los sables de su tropa.

La familia del cacique, como asimismo toda la de los indios, estaban prisioneras, y no hubo más remedio que abandonar por entonces el propósito de vengarse.

La tropa, con el botin de aquella heróica jornada, regresó ocho días despues á Trenquen Lauquen; pero

(1) Sables de caballería.

una nueva batalla que tuvo lugar poco despues, debía de ser la que concluyese con el poder del indio.

—Pero Vd. nos prometió contar cómo lo tomaron á *Pincen*, dijo el Cacique Blanco, y solo nos ha referido la circunstancia de una batalla librada entre las tropas de Villegas y sus lanceros.

—Iba á concluir, agregó Juan Sin patria, diciendo que poco tiempo despues y habiendo reunido el indio algunos elementos, fué de nuevo sorprendido por las fuerzas del incansable y valeroso coronel, que hizo tocar *á la carga* casi sobre los toldos de los indios.

En esta ocasion se trataba de tomar á *Pincen*, para lo cual los milicos habían averiguado que montaba un hermoso caballo blanco, y que por lo tanto era necesario perseguir especialmente al jinete que montase un animal de ese pelo.

Cuando los salvajes saltaron á caballo y huyeron ve-

lozmente á ocultarse en un bosque, pasando por sobre unos terrenos pantanosos, vióse entre los grupos de jinetes, que no pisaban sino hacían resbalar sus caballos por sobre los pantanos, un blanco plateado que iba en la punta y muchos soldados se dirigieron hacia él arrojándole en la persecucion tiros de rifle y de boleadora. Pero el famoso blanco pasó el pantano y se perdió en el monte sin que pudiesen atraparlo.

Pasado el primer momento del combate, se creyó ya imposible tomar á *Pincen* en esa ocasion, cuando dos lanceros de los que venían á retaguardia, que pasaban la laguna para reunirse con sus compañeros, vieron al pasar entre los indios que habían caído en la huida, uno muerto, al parecer, que tenía puesto un hermoso poncho de vicuña.

Los soldados en el deseo de apoderarse de aquella prenda, y por saber si su dueño estaba realmente muerto, lo hincaron con la lanza. El indio no se movió y los milicos echaron pie á tierra y corrieron á sacarle el poncho, cuando el salvaje herido, poniéndose de pie, les hizo frente.

No estaba muerto y era el mismo *Pincen* quien los acometía.

—No lo maten que es *Pincen*, gritó de atrás un cabo del regimiento, y hay que llevárselo vivo al coronel.

El Cacique y un hijo chico que había huido con él y que se hacía tambien el muerto, tendido al lado de su padre, se rindieron entonces sin resistencia ante aquel grupo de veteranos, que lo llevaron á presencia del coronel.

Así fué como por usar poncho de vicuña perdió su libertad el valeroso cacique, á quien muchos llamaban *Nahuél Payún*.

—Esta historia está muy entretenida, dijo Mr. White, como todas las que ustedes me han contado, pero creo oportuno manifestar que me es indispensable continuar el viaje de exploracion que he emprendido, regresando lo más pronto que pueda á Buenos Aires, para informar desde allí á la compañía de Liverpool lo que he visto en

estos territorios y la forma en que puede hacerse la colonizacion.

—Me parece que la falta de los dientes es lo que lo tiene apurado, dijo el Cacique Blanco.

—Hay tambien algo de eso, respondió Mr. White, pero esta desagradable circunstancia no me ha de impedir que siga el itinerario indicado por usted, visitando la pampa central y entrando á poblado por *Carhué*, como tampoco que escuche con interés toda su historia.

—En tal caso, dijo el viejo, la abreviaré en lo posible y seguiré su relato por donde lo habíamos interrumpido.

XXXIII

Remedios indios

A la mañana del siguiente día, despues del desayuno, White pidió al viejo Cacique que continuara su historia, y éste al complacer á su huésped, habló en los siguientes ó parecidos términos:

—Seis meses, más ó menos, estuve en compañía del negro Manuel, haciendo vida comun con los salvajes en los toldos de *Pincen*.

Adelanté bastante en esa época los conocimientos que tenía sobre la lengua pampa y tuve ocasion de aprender sus usos y costumbres. (1) Comprendí que cuando los indios conocen debilidad por parte de sus enemigos, son audaces, arrojados y temerarios, no pasando lo mismo cuando éstos son valerosos y precavidos.

Las principales condiciones que debe tener un hombre para hacerse querer entre pampas, son valor y talento. Piensan que el hombre que habla con facilidad y sin contradecirse pertenece á una raza superior y privilegiada, y por esa sola circunstancia han elevado á la jerarquía de *Ghulmene* ó caciques á muchos de sus capitanejos.

---

(1) Todo lo que en este libro se refiere á usos y costumbres araucanas ó pampas, es completamente histórico y ha sido narrado al autor por indios que prestan servicios en los cuerpos de línea, y se comprueba por las obras de los autores mencionados en la primera página.

El talento es para ellos hermano del valor y la cobardía es propia de los insignificantes.

Cuando tienen uno de esos parlamentos en que se reunen tribus enteras para resolver un punto de interés general, lo que llaman un *Coyaitún*, pronuncian los caciques verdaderos discursos, que á mas de ser larguísimos no carecen de las cláusulas requeridas en la oratoria.

El discurso araucano comienza grave y pausadamente, deteniéndose en las cláusulas ó condiciones, luego se habla más ligero en la parte expositiva y debe terminar reasumiendo ó epilogando.

Lo más notable que me ocurrió en esa permanencia y que pueda contarse, fué la asistencia que me hicieron por el sistema indígena, durante una enfermedad que indudablemente me provino del cambio completo de vida y de alimentacion.

Mi enfermedad, de la que infelizmente no pude aliviarme, despues de tomar los consejos de Manuel y las infusiones de yerbas que nosotros mismos preparábamos, llegó á conocimiento de las brujas que la clasificaron con el nombre de *Cutran* y nunca he creído más cierto que esta vez lo que solía decir por burla el médico de mi barco: «Desgraciada la persona á quien los médicos le clasifican la enfermedad, porque entonces empiezan á funcionar las drogas y las operaciones.»

Las brujas ó *Machis* ejercen su profesion segun su ciencia y conciencia, y pretenden conocer las propiedades curativas de las yerbas que tienen depositadas para los casos necesarios. A mí me dieron en aquella ocasion un cocimiento al que venía mezclado polvos de piedra lipe, lo que debía curarme inmediatamente y por no resentir á mis asistentes, tomé una pequeña parte y en un descuido que tuvieron volqué lo restante en el interior del toldo.

Recuerdo que durante la noche tuve una fiebre tan fuerte, que debe haberme reducido al estado de delirio. Al día siguiente ví con sorpresa que se me había practicado una operacion de cirugía, aplicándome un cedal en el costado izquierdo y sobre las costillas, operacion de la

que aun conservo la señal. Mi acompañante ante quien hice una seria reclamacion, me dijo: que no había podido evitar que las viejas me aplicaran el *cantritún* despues de haberme hecho dormir por haber puesto en la bebida que me dieron, el zumo de la planta denominada *uva del campo* (1) operacion que consiste en levantar el pellejo del enfermo, en la parte que creen afectada, atravesarlo con la punta del cuchillo y despues que se produce la hemorragia aplicarle una mecha ó cordon de lana de guanaco saturado en sal, quemando las bocas de la herida con la lámina del cuchillo calentada al fuego.

Felizmente mi enfermedad no había sido considerada como interna, pues en este caso se acostumbra abrirle el vientre al enfermo, extraerle una parte pequeña de las entrañas inferiores y hacérsela comer.

Con que se salve uno de entre cien operados por este procedimiento, basta para que se conserve la celebridad de la *Machi*.

Peor es todavía cuando sospechan que la enfermedad proviene de daño ó brujería, porque en estos casos, se saca el enfermo al patio, y se cuelgan vasijas con bebidas fermentadas de los árboles ó maderos puestos con ese objeto, como asimismo tambores ó instrumentos sonoros y maniatan en el suelo un potrillo que ha de ser del color que designe la bruja, influyendo esto sobremanera en el éxito de la expulsion del *Hualichú*. (2)

Practicada esta operacion, se coloca al enfermo con la cabeza recostada en un tronco ó una piedra mirando hacia el sol. Las chinas golpean el parche del tambor, y la bruja batiendo las manos con violencia, dice una oracion cantada que debe ser seguida por un coro endiablado, que entonan los concurrentes bailando en torno del enfermo. Despues de este baile la bruja saca un manojo de yerbas secas, que enciende al fuego aspirando el humo que recibe en la boca y fumigando al enfermo, la choza y los dan-

(1) *Solanáscea. Salpichroa Rhomboidea* (Latzina).
(2) Espíritu malo.

zantes por tres veces consecutivas, practicado lo cual grita la bruja *amuy! amuy!..... hueca huccuvu!.....* lo que significa en castellano, vete, vete, espíritu del mal.

La vieja encargada de espantar al diablo, descubre entonces al paciente y aplicándole los labios en la parte afectada, chupa con fuerza hasta hacerle brotar sangre. Levántase despues paseando una mirada torva y orgullosa por sobre los concurrentes y abriendo los brazos escupe tres veces en el suelo. Despues se hace la loca ó cataléptica y corre dando vueltas alrededor del toldo y del enfermo, hasta que la sujetan los varones quienes le entregan el corazon del potrillo que aun está tibio y palpitante. La bruja chupa entonces su sangre y escupe en direccion al sol y en seguida despues de hacer al enfermo un signo en la frente con el mismo corazon, le unta de sangre todo el cuerpo, hecho lo cual levantan al enfermo y quiera ó no, lo hacen bailar y saltar entre la turba para que sane y se alegre. Si no se consigue esto es porque el enfermo debe morir.

La operacion del *Maupiquelen* es tambien muy curiosa. En el patio del toldo se clavan dos palos formándose un círculo de ramas verdes y en flor, en este caso se coloca en el centro al enfermo con cama y todo, y á sus lados se paran dos viejas que pueden muy bien ser sus suegras. En la parte exterior del cerco seis ó mas jóvenes doncellas engalanadas con sus mejores prendas, forman una rueda tomándose de las manos. La bruja aparece entonces trayendo una vasija que contiene pintura blanca, es decir, polvo de yeso mezclado con grasa de potro, se coloca en medio de la multitud y le traen dos calabazas llenas de piedritas y unos palitos de media vara de largo que tienen atado en sus extremos plumas de avestruz y unos hilos de color. Los palitos los da á las viejas que los deben sostener con la mano derecha, y las calabazas con la izquierda; despues aparece entre una vasija, la sangre de una potranca blanca que es la víctima inmolada y con la pintura y la sangre se pintan la cara las muchachas indias y con los hilos se hacen nudos y sartas

de pedacitos del corazon de la víctima, viniendo las doncellas á colocarlos sobre el cuello de las viejas. El indio que ha muerto la yegua le corta entonces la cabeza, le saca prolijamente los labios, presentándolos luego á uno de los dos hombres mas viejos de la tribu que olvidábamos decir se colocan á los pies del enfermo, y al otro le entrega la cola del mismo animal.

Concluidas estas operaciones, la bruja médica grita y hace contorsiones tocando un tamboril, las dos viejas hacen sonar violentamente las calabazas con piedritas, y las muchachas, que han vuelto á ocupar su puesto en la rueda, tomándose de las manos, bailan y cantan alegremente.

El sacrificador trae entonces á la bruja el corazon de la víctima y las chinuelas con las caras pintadas salen bailando y haciendo cabriolas, mientras que los viejos menean la cola y la cabeza de la yegua gritando: *Utrántamuy,* es decir, levantate y camina. La ceremonia concluye yendo los viejos á colocar, sobre una estaca y en una altura próxima, las dos extremidades del animal que deben quedar expuestas al sol hasta secarse y como símbolo de aquel sacrificio.

XXXIV

Ranque-Curá

NADA habíamos podido averiguar á propósito de la existencia de Blondina, en nuestras conversaciones con los indios de *Pincen*. Me había ya propuesto aprovechar la primera oportunidad para abandonar aquella vida salvaje y primitiva, regresando como me fuera posible á pueblos de cristianos; pero entonces pensaba en mi desercion del buque de guerra y recordaba lo que me había dicho el estanciero, á propósito de la mala suerte que tendría si me reconocían. Podía pues gozar de la estimable libertad que anhela todo hombre, á condicion de no salir de entre salvajes.

Una noche que conversábamos con Manuel á la orilla del fuego entre un grupo de boleadores de avestruces, me invitó el amigo negro, para ir hasta la proximidad de los toldos, á cambiar de lugar á nuestros caballos, que comían atados á la estaca.

—Tengo una noticia que darte, me dijo en el camino. El grupo de jinetes que ha llegado ayer, viene de los toldos del cacique *Ranque-Curá* que está situado actualmente en las nacientes del Río Negro. Los *chasquis* han traido mensages especiales para *Pincen* á propósito de una invasion, y cuentan en sus conversaciones de fogon, que entre las cautivas llevadas á la tribu, hay una jóven

rubia que fué comprada á los indios de la frontera, la que actualmente es una de las mujeres favoritas de *Ranque-Curá. (Ranque* – campo anegadizo, *Curá* – piedra) piedra del campo anegadizo.

Una nueva esperanza, se alzaba ante mis ojos, aquella vaga noticia podía ser tal vez la que me llevara á la anhelada dicha, como el pálido fulgor de una estrella indica al pobre marino el rumbo de la costa.

—Manuel, le respondí, mientras que él me miraba fijamente, haciendo brillar en la oscuridad de la noche sus blanquísimos ojos que se destacaban en el centro de su rostro moreno.

Vd. es mi guía, mi consejero, y mi único amigo en medio de tantos infortunios. Si hay un átomo de esperanza de que encontremos á Blondina entre las mujeres de *Ranque-Curá* no deseo perder un minuto en conjeturas y vacilaciones, mi único propósito es correr á donde ella se encuentre y rescatarla de manos del salvaje.

—Mañana regresarán los *chasquis,* me dijo el buen moreno y nada será más fácil, que tomar de nuevo, con ellos, el camino del desierto.

Pero noto que Vd. se altera demasiado cuando hablamos de esa moza y tengo miedo que si la llegamos á encontrar y si está en manos de un cacique ó capitanejo principal, vaya á cometer alguna inconveniencia que nos dé por resultado el perder la vida, lanceados por los pampas.

Piense en el peligro en que nos ponemos, si los bárbaros llegan á comprender el propósito que nos trae por estas tierras.

— Prometí entonces á Manuel de una manera solemne, ser reservado en adelante, y no demostrar ante nadie cual era mi único pensamiento.

—Es necesario, me dijo el negro, que si llegamos alguna vez á encontrar esa niña, se haga el que no la conoce hasta que combinemos el modo de escaparnos con ella de entre los pampas, pues seguramente si es tan linda como Vd. dice, ha de estar en poder de algun gavilan

de buenas uñas, y no va ser empresa fácil arrancarla de sus garras.

Manuel se encargó de los preparativos y convenios indispensables para que se nos permitiera seguir viaje con los *chasquis*.

—No quedemos mal con *Pincen*, me había dicho, que quien sabe en los apuros en que nos vamos á encontrar más adelante; dejémosle algunos caballos y pidámosle licencia para ir á bolear guanacos en tierras lejanas ofreciéndole volver á su toldería y formar entre sus lanceros el día que cualquier enemigo lo quiera combatir.

Todo se arregló convenientemente; *Pincen* no nos negó su permiso, limitándolo á dos lunas, lo que equivale entre ellos á dos meses del año, y cuando los *chasquis* regresaban para el Río Negro, nosotros tambien formamos en el grupo volante de la caballería araucana.

El corazon del hombre, cuando está inspirado por un propósito ó un sentimiento grande, tiene misteriosas intuiciones que lo inducen á creer en determinados hechos, que deben producirse en el futuro.

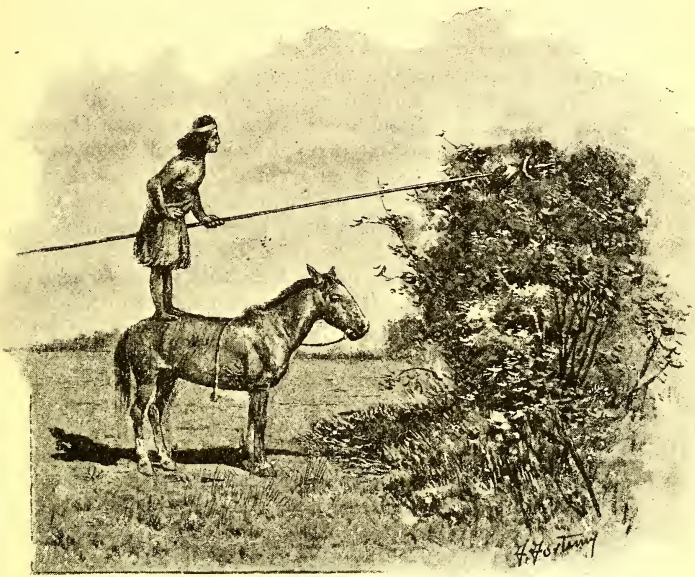
Desde la noche en que Manuel me dió aquella noticia y en que resolvimos el viaje, despues de sus prudentes consejos, yo había adquirido la conviccion profunda de que encontraría á Blondina en poder de *Ranque-Curá* y tenía en el alma, aunque sin poder determinar hechos, el presentimiento de nuevas tribulaciones y desgracias, que no debían tardar en producirse.

Resolví, por lo tanto, proceder con cautela, aprovechando los consejos de mi acompañante, y no descubrir en ningun caso la vehemencia de mi pasion, que aunque dominaba todo mi ser, podía traer funestas consecuencias á la mujer amada, á aquel fiel moreno, que tan bien secundaba mis propósitos, y á mi propia persona.

Una mañana, despues de atravesar médanos, bosques y ríos desconocidos, durante ocho días de continua marcha, nos encontramos de improviso con un centinela indio, que parado sobre el anca de su dócil caballo, espiaba

nuestros movimientos oculto detrás de un algarrobo.

Era un insigne camarada de nuestros compañeros, que despues de saludarnos, se agregó á la comitiva.



Aquella tarde clavábamos nuestras lanzas y echábamos pie á tierra en los barrancos del Río Negro, proximidades de los toldos del cacique *Ranque-Curá,* hermano de *Calvucurá*, el gran soberano de las pampas, fundador del imperio y la dinastía de los piedra.

El paraje aquel distará unas sesenta leguas de este en que nos encontramos actualmente y á fé que no deja de ser original el sistema que adopté para venir desde allí.

— Vendría Vd. en globo! dijo Mr. White.

—Algo parecido, y no menos peligroso, pero ya pronto llegaremos á esa parte del relato y verá usted como la necesidad se ingenia recursos, yo no vine á pie, ni en galera, ni á caballo, ni por el aire, y solo al diablo y á la necesidad de salvar el bulto se le puede ocurrir un medio de trasporte semejante á aquel.

—Vaya pues, dijo Mr. White, comprendo sin que Vd. lo diga, que Blondina estaba allí.

—Naturalmente, agregó el viejo, y el muy pillo del cacique la había obtenido de su sobrino *Milla-Quen-Curá*, (piedra parecida al oro) príncipe real de la casa de los piedra, que se ocupaba entre los indios del comercio infame de vender cautivas, ó de cambiarlas á los señores de las tierras interiores, por pieles, caballos ó plumas de avestruz.

La mañana despues de llegar á los toldos de *Ranque-Curá*, me avisó Manuel que las mujeres del cacique estaban ocupadas en tejer mantas á la sombra de los árboles, y que aunque de lejos, le había parecido ver entre ellas á la cautiva blanca de que tanto se hablaba en la tribu.

—Vaya, me dijo, por aquel lado de la arboleda y hasta la costa del río, y fíjese disimuladamente en un grupo de chinas que está arriba del barranco.

Tomé de la enramada que nos servía de vivienda, un mate ó calabaza de los que se usan para conducir el agua, y me dirigí por el estrecho sendero que se me había indicado, resuelto á disimular mi emocion y sorpresa, si era realmente Blondina la que se encontraba allí.

No tardé en descubrir el grupo de mujeres indias, que al verme pasar y curiosas por la presencia de un *huinca* (extranjero) recien llegado, fijaron en mí su atencion.

Seguí distraidamente mi camino, sin atreverme á mirar de frente aquella escena. Temía que reconocido por Blondina, pudiese ésta cometer un acto que la comprometiera, y despues de llegar á la corriente de agua, llené pausadamente el mate y me dispuse á volver sobre mis

pasos. Las mujeres habían dejado su telar, y se encaminaban entonces á mi encuentro.

El caso se agravaba. Al aproximarnos recíprocamente reconocí á Blondina, que vestía como las demás mujeres, la manta india que le sirve para cubrir su cuerpo, y las prendas de plata que caracterizan el traje de las mujeres araucanas.

Estaba frente de ella; era su mismo semblante y sus grandes ojos azules los que se fijaban en mí llenos de sorpresa y estupor. Su rostro pálido y extenuado por el sufrimiento, me la representaban como la evocacion de un sueño.

Detuve allí mi paso, un frío extraño se apoderó de todo mi cuerpo, y la vasija de agua se resbaló de entre mis manos. Ella entonces corrió hacia mí, gritando: Hermano!. . . . hermano!. . . . *Peñí! Peñí!*. . . . y se tomó de mi cuello, estrechándome en un abrazo prolongado.

Yo nada dije, estaba absorto é inmóvil, debo haber parecido una estátua, pero mis ardientes lágrimas se mezclaron á las de Blondina y humedecieron mi desnudo pecho, descubierto á la intemperie desde hacía algun tiempo, por la pobreza y la falta de ropas en que me había encontrado, como asimismo por la necesidad de vestir al uso pampa, á fin de asimilarme á aquellos bárbaros y hacerme menos notable ante sus ojos.

La felicidad de tenerla de nuevo entre mis brazos, duró bien poco, porque estábamos rodeados de las mujeres indias, que miraban y oían sorprendidas. Ni una palabra profirieron nuestros labios. ¡Cuánto pudiéramos habernos dicho, sin embargo!

Las mujeres indias, temerosas tal vez de comprometerse ante el cacique, volvían al telar, cuando Blondina, apercibida de que iba á quedar sola, se separó de mí para agregarse al grupo.

Yo levanté mi mate y seguí mi camino repitiendo entre dientes y un tanto idiotizado por la emocion: *Peñí!*. . . . *Peñí!*. . . . hermano!. . . . hermano!. . . .

Recuerdo que llegué á la ramada, y me dejé caer boca abajo, sobre el recado que estaba tendido en el suelo. Estaba extenuado y rendido, como si hubiese pasado muchas horas en los ejercicios de un trabajo fatigante. Ignoro cuánto tiempo pasé en esta postura, pero sé bien que desperté de aquel sopor sacudido por manos vigorosas.

XXXV

Se conviene la fuga

Huinca! me dijeron los indios que habían venido con nosotros desde los toldos de *Pincen*, despues de despertarme, dice *Ranque-Curá* que vengas y te presentes en el acto en su toldo.

Obedecí aquella órden sin vacilar.

Manuel venía tambien en nuestro grupo, y por la seriedad y la actitud de los hombres que guiaban nuestros pasos, comprendí que no era en carácter amistoso que se me conducía ante el jefe indio, sino más bien, desempeñando un rol de delincuente.

Siguiendo el sendero tortuoso, que salvando las ramazones de los talas, se internaba en el bosquecillo y caminando unos trás otros, estuvimos bien pronto en una ancha enramada, sombreada por corpulentos árboles. Allí debajo, entre la verde ramazon, habían sido armados en hilera varios toldos de cuero, que servían de alojamiento á las familias del cacique. Este, de pie en la puerta del toldo principal, nos observó fijamente desde que nos pusimos á la vista, clavando en mí la mirada con expresion felina y escudriñadora al mismo tiempo.

—*Chumpeymi huinca, quepay famó?* me gritó el bárbaro con altivez nada disimulada.

(¿Qué andas haciendo? arrímate para acá, extranjero.)

Dí dos pasos más hacia adelante y sin demostrar temor ni encogimiento, pero creyendo que era oportuno expresarme en aquel caso en lengua pampa, respondí con voz clara que era un pobre desertor que andaba por los campos buscándome la vida y el sustento, boleando avestruces ó guanacos ó como mejor podía, siempre que no perjudicase á nadie.

—Ustedes los cristianos, me respondió el cacique, tienen siempre muy buenas palabras, con lo que creen engañarnos, pero jamás dicen la verdad. Tú has venido á esta tierra buscando la cautiva, y ahora que la has encontrado debes pagar con la vida la audacia de haber abrazado á la favorita de *Ranque-Curá*, lo mismo que ese negro tu compañero, que no pasa de un pícaro y ha de ser el que te ha enseñado el camino.

—Mándanos lancear, si así lo quieres, le respondí con el mismo metal de voz y sin mostrarme intimidado, pero la casualidad es la que ha hecho que me encuentre con mi hermana, y nadie hubiera creído que aquí fuera un delito reconocer á sus parientes.

Manuel no pronunció ni palabra, mientras tanto, y los *chasquis*, animados por la razon que había expuesto en mi defensa, dijeron tambien que *Pincen* nos había dado permiso para seguir con ellos tierra adentro é ir á bolear guanacos, debiendo volver dentro de dos lunas á presentarnos en su toldo.

Manuel habló entonces, afirmando lo mismo y despues del ligero interrogatorio pareció calmarse el enojo de aquel bárbaro, aunque sus palabras no lo demostraron.

- Anda á tu toldo, me dijo, despues de mirarme de nuevo con insistente atencion, y ten muy presente que la traicion se paga entre mi gente entregando el cuerpo de los *huincas* á los caranchos y á las águilas de la montaña.

Había vencido con un poco de audacia al usurpador de mi adorada prenda, ya estaba cerca de Blondina que era la realizacion de mi anhelado sueño.

Lo que tenía que hacer para rescatarla era obra del

tiempo y las circunstancias que se nos presentaran; ahora iba á tener el salvaje usurpador que vérselas conmigo.

No puedo retirarme de tu presencia le respondí con calma, antes de saber si me prohibes hablar en adelante con mi querida hermana, cuando la encuentre como hoy en mi camino. En tal caso, preferiré alejarme, volviendo á los toldos de *Pincen*.

—Quédate, ó vete, me respondió el salvaje, pero nada pretendas que pueda disminuir mi buena suerte, si es que estimas tu vida.

Qué largos fueron los días que se sucedieron á aquella entrevista!

Continuamente salían al campo los jinetes á perseguir yeguas alzadas ó á bolear avestruces, y yo no me excusaba de acompañarlos. Había encontrado en estas ocupaciones que constituyen el entretenimiento favorito de los pampas, el medio de sustraerme á la triste y melancolica situacion del espíritu, en que vivía sumido á todas horas.

Solía á veces atar á soga mi caballo en la proximidad del barranco y del sendero, donde había visto á Blondina, pero no siempre conseguía descubrir á la distancia el grupo de sus compañeras araucanas, con las que era fácil confundirla á causa de vestir el mismo traje.

Me hubiera pasado días enteros sentado en los barrancos, contemplando allá abajo, la corriente ligera de las aguas, que seguian murmurando en su caída, al chocar contra las piedras de la orilla; pero semejante actitud, hubiera despertado nuevamente las sospechas del celoso cacique á quien me había propuesto despitar despues de un tiempo para llevar á efecto la evasion. A veces, para aliviarme de las congojas de mi alma, enriendaba un bagual fiero y altivo y enorquetándome de un salto sobre el lomo del bruto, me lanzaba al azar por las praderas sin direccion ni rumbo y sin mas propósito que el de cansar el cuerpo y rendirme á la fatiga.

Una tarde, fué Blondina quien vino á mi ramada, era ella alegre y sonriente la que se dirigía á la puerta de mi toldo.

—Hermano, me dijo, he conseguido del bondadoso *Ranque-Curá* que me permita venir á visitarte: cuéntame como has hecho para llegar á estas tierras tan lejanas, y dime en que puedo serte útil.

—Blondina, le respondí, á este fiel moreno, debo la dicha de haberte vuelto á ver, no temas expresarte en su presencia con la libertad que lo harías, si estuvieramos solos. El todo lo sabe y espío solo el momento propicio, para arrancarte de las garras de esa salvaje fiera, ante quien siento turbarse mi razon y levantarse del fondo de mi ser, todas mis iras y mis venganzas juntas.

La infortunada jóven. se entregó de nuevo al llanto, y Manuel que no se había movido de su asiento en la orilla del fuego, me advirtió con prudentes razones, que desde el bosque próximo, más de uno había de estar mirando nuestras actitudes, y tratando de escuchar nuestras palabras.

Yo hubiera preferido la muerte en consentir á tantas afrentas como las que he sufrido, dijo la pobre jóven, pero, una voz secreta me inducía á vivir animada por la esperanza de poder encontrarte.—Mis oraciones y mis lágrimas han sido oídas por el que todo lo puede. Pero, ¿cómo has de poder sacarme de este infierno, sin que caígamos de nuevo en manos del salvaje?

Piensa que en ese caso sería horrible la venganza! agregóme Blondina, cubriendo su hermoso rostro con sus pequeñas manos, para ocultar el llanto.

—No llore niña, dijo el negro con cariño, de otro modo se estan comprometiendo y no van á volverse á ver.

—No huyamos, me dijo Blondina cambiando de actitud, porque jamás podríamos correr bastante ligero, para salvarnos del alcance de los indios.

Prométele más bien en mi rescate, tus caballos, tus prendas ó los bienes que dejaste entre cristianos.

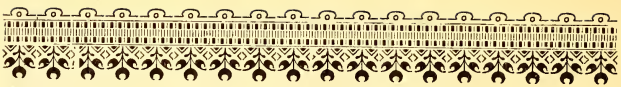
—Qué poco conoces á esta chusma, le respondí yo entonces. Le falta acaso nada de eso, á este insolente bárbaro?

—No ofrezca nada, dijo el negro, ni hable de rescate,

sino estamos perdidos, aquí no hay otro camino más que esperar la luna llena, y una noche que las cosas caígan bien, levantar el vuelo para donde el diablo perdió el poncho, pues lo que es si vamos á los toldos de *Pincen,* más hemos de tardar en ir, que en que nos traigan de regreso.

Yo conozco otros caminos más cortos para salir á la costa del mar donde hay pueblos de cristianos y fuertes guarnecidos de soldados, que nos protejerán, y por ahí hemos de ir, si Dios nos presta la vida.

Convinimos con Blondina, en que aquella visita fuera corta, para que pudiese repetirse en los días subsiguientes, y nosotros, desde entonces no pensamos más que en la forma que podía ser menos peligrosa, para practicar la fuga.



XXXVI

El altar del diablo

En las cacerías, que practicábamos con los araucanos y que solían durar varios días, recorríamos los valles del lado oriental y las montañas y lagos de las faldas andinas. Todas aquellas escursiones, me servían para adquirir conocimiento de la topografia de los parajes por donde tal vez más tarde había de tener que ocultarme en nuestra huída.

En una ocasion, marchamos varios días hacia el Oeste faldeando la ribera del Río Negro y despues de atravesar los campos del *Hualichu* llegamos á un sitio donde unas rocas afiladas se levantan del centro de un espacioso valle.

Aquel era una especie de altar de piedra, formado por la naturaleza, donde los cazadores araucanos de diversas comarcas, acostumbraban ir á dejar sus tributos ú ofrendas para que el espíritu del mal no les espantase los avestruces, los guanacos, ó las liebres patagónicas. Había en aquel paraje y colocadas en diversos sitios, prendas de plata, pedazos de poncho, pieles y mantas pampas, depositadas por otros cazadores. El indio supersticioso, cree verse libre despues de esas ofrendas, del

hambre, la sed y las fatigas que pueden sobrevenirle en las largas travesías.

Cazábamos esta vez, en las mesetas de las grandes alturas, y las montañas enormes de perpétua nieve, nos cerraban el paso del lado occidental.

A cada instante sorprendíamos cuadrillas de guanacos que huían á ocultarse tras los jigantescos laberintos y las murallas colosales de granito que á veces me traían el recuerdo de las viejas catedrales góticas de la tierra natal, ó las antiguas fortalezas y los derruidos castillos ciclópeos, levantados en una época remota y fabulosa por el brazo incansable de los guerreros jigantes.

En la noche, el espléndido espectáculo de las montañas cubiertas de perpétua nieve, solía embellecerse aun más por las coloraciones azules, violáceas ó rojizas de los volcanes jigantescos.

Estábamos en los valles de *Janmagoó*, tan conocidos como celebrados por los cazadores araucanos, á causa de la belleza del paraje y la abundancia de caza mayor, que por allí se encuentra. Despues de nuestras correrías y boleadas que se sucedían durante el día, combinando los movimientos de más de cien jinetes para rodear en el sitio deseado y llano, los animales apetecidos, solíamos á la tarde encender nuestro fogon á la orilla de los manantiales de *Shecla* ó en la toldería de los *Genaquís* ó *Gennakens* llamados tambien los quirquinchos, mandados entonces por el cacique *Puichualao*. Esta raza próxima á extinguirse, como muchas de las que ocupaban el suelo americano en tiempos de la conquista, fué antes numerosa segun nos lo contó su Jefe, y ocupó los campos llanos al norte del Río Colorado. Viven envueltos en pieles como los *Tehuelches* y los *Onas* de las tierras del Sur, sus costumbres son completamente primitivas y rehusan cruzarse con las razas invasoras, lo que contribuirá grandemente á acelerar su extincion. Su lengua es bien diferente de la de los araucanos, pero no faltaban entre nuestros compañeros quienes la comprendiesen y la hablasen.

Puichualao nos contó que en el altar del diablo, había

un genio de cara negra que se ocultaba en los bosques y espantaba la caza cuando no le presentaban ofrendas, y como era necesario hacer galas de oratoria, nos refirió tambien las veces que se encendía el fuego en sus toldos y la manera de conservarlo para obtener los beneficios que su llama proporciona y las prescripciones y penas que se acostumbraba imponer á las mujeres que habían sido destinadas para conservarlo, si lo dejaban apagar.

— El culto al fuego, dijo Mr. White, interrumpiendo el relato del viejo, ha formado la base de las religiones, en los pueblos más antiguos de que la historia haya recogido noticia, y por lo tanto voy á permitirme anotar en mi libro de viaje el nombre de esa tribu y los datos que usted acaba de proporcionarme. (I).

—El *hualichú* nos dió suerte en la caza aquella vez y cuando volvimos al aduar de *Ranque-Curá* trajimos con nosotros un crecido número de pieles. Nada, sin embargo halagó más á nuestro Jefe indio que las pieles de avestruz blanco, que para presentarle habíamos acondicionado especialmente.

Yo, como hermano de su favorita, fuí el encargado por todos de la preciada ofrenda. Hube de resistirme al principio á llenar aquella mision, pero cuando me apercibí de la importancia que tenían las pieles blancas, que para los salvajes son símbolo seguro de prosperidad y buena suerte, me comprometí á presentarlas personalmente.

Ranque-Curá, se mostró complacido por la galante dádiva, y desde ese día no hubo para Blondina ni para mí, ningun inconveniente en encontrarnos y conversar durante el día.

La luna había empezado ya á crecer, mostrándose propicia á nuestros proyectos secretos. Habíamos convenido con Manuel en partir cualquier noche, la primera en que Blondina pudiese salir sin ser sentida de entre las

---

(I) Segun el Dr. Francisco P. Moreno esta tribu pertenece á la raza pampa que opuso una tenaz resistencia á los fundadores de la ciudad de Buenos Aires, hace trescientos sesenta años, y ha sido ya extinguida.

mujeres del cacique, que dormían en un toldo separado, pero para emprender el viaje nos era indispensable tener reunidos y listos los caballos y esto sería inmediatamente notado por el cacique y los jinetes indios.

Pensamos entonces, que lo conveniente era decir á todos y especialmente á *Ranque-Curá* que despues de haberlo visitado y haber conocido á un guerrero tan valiente y generoso, ibamos á volver á los toldos de *Pincen,* quien nos había permitido llegar hasta aquellas tierras, comprometiéndonos á regresar á su lado despues de pasar dos lunas.

El cacique nos insinuó la idea de quedar entre sus guerreros comprometiéndose á disculparnos con *Pincen*, pero ante nuestras excusas y agradecimientos, permitió que nos alistáramos para el viaje de regreso.

Nuestras tropillas dormían desde esa noche en la proximidad, y Manuel había aligerado los caballos metodizándoles el alimento; durante el día, sirviéndose de su afilado cuchillo, les componía los vasos, disponiendo los aperos de la mejor manera.

—Hemos de ver, me solía decir Manuel cuando estábamos solos, si estos indios zonzos, son más gauchos y baqueanos que nosotros para atravesar la pampa,

—Mira que no vamos solos, le respondía yo entonces, y quien sabe si Blondina resistirá como un hombre, á las marchas violentas y sin descanso.

—Le haremos montar como hombre, agregaba el moreno, y yo tengo en mi apero, unos quillangos blandos que le servirán para su montura y en los cuales es capaz de galopar cualquier *maturrango,* desde aquí hasta el fin del mundo, sin cansarse.

Se había convenido en que saldríamos en las primeras horas de la noche, á fin de que al día siguiente cuando se notara nuestra falta, nos encontráramos ya á una gran distancia.

Era naturalmente seguro, que las comisiones que salieran en nuestra persecusion, tomarían rumbo al noroeste, mientras que el proyecto nuestro era atravesar el río y

seguir su cauce hasta una gran distancia, á fin de hacer perder el rumbo á los rastreadores, y luego tomar camino al sudeste que es el de la direccion de las grandes rastrilladas que costeando el Río Negro, sirven para viajar entre el pueblo de Patagones y las provincias del Sur de Chile.

No era yo seguramente, el que tenía más esperanza de salvar de aquel penoso trance. Blondina solía tambien vacilar, ante la idea de que la muerte, lanceados por los bárbaros sería nuestro fin próximo, si llegaban á alcanzarnos y apoderarse de nosotros.

Pero, todo era preferible á la angustiosa vida que llevábamos, y Manuel, nuestro angel tutelar moreno, nos inspiraba confianza y ánimo.

Aquel hombre sencillo, educado como el gaucho en la vida del campo, llena de necesidades y de luchas, sentía un extraño placer ante la proximidad de un peligro que salvar. Sugestionado por mi amoroso propósito había hecho suya mi temeraria empresa. Era noble y generoso como es generalmente el hombre de la campaña y fiel á la amistad como el africano, de cuya raza descendía directamente. No había de vacilar ante el peligro sacrificando la vida si fuera necesario por servir á un propósito que creía justo y grande.

Cuantas veces, no he lamentado despues la pérdida de aquel servidor abnegado, que fué sacrificado sin piedad por las iras del salvaje cacique!

XXXVII

La huida

UNA noche, antes de la hora en que nosotros esperábamos que Blondina pudiese abandonar el toldo de las mujeres de *Ranque-Curá*, sentimos del lado de afuera de nuestra vivienda unos débiles golpes que nos anunciaban la presencia de alguien en las sombras.

—Va á salir la luna, los fogones están ya apagados y las mujeres del cacique se han dormido, nos dijo una voz angelical y suave que tenía para mí el prestigio sublime de la más espléndida armonía que haya jamás oído.

—En marcha, dijo Manuel, pero en silencio!

Y con nuestros aperos bajo el brazo, gateando ó en cuclillas, con la ansiedad del náufrago que escapa en una tabla de entre las olas del mar agitadas por la borrasca, con el corazon palpitante de alegría y de esperanza nos perdimos en las tinieblas, tomando una direccion opuesta á la de los toldos indios, para ir á dar un gran rodeo y llegar hasta el paraje donde estaban juntos los caballos.

Manuel se adelantó en aquel momento y en voz baja, dijo algunas palabras á los animales de su tropilla, que alarmados por la proximidad de nuestros bultos paraban las orejas y empezaban á bufar.

La yegua madrina estaba maneada, y el cencerro de

bía seguir sonando despues que nosotros partiéramos á fin de que los indios no se apercibieran de la falta de la tropilla y pudiesen pensar en que alguien había huido del aduar, á deshoras de la noche.

El previsor moreno practicó entonces una operacion que nos salvaba perfectamente del peligro.

Trabó al más inferior de los caballos, para que no pudiese seguirnos y le colocó en el pescuezo el cencerro mencionado, que con los movimientos naturales del animal, estando parado, sonaría sin dar señal de alarma.

En seguida y con prontitud aperamos la madrina, é hicimos subir en ella á Blondina, disponiéndonos á montar en dos redomones de los menos acostumbrados á seguir á sus compañeros, en la oscuridad de la noche, cuando de pronto oímos quebrarse las ramas del suelo en nuestra proximidad y la figura de un hombre se precipitó en silencio á nuestro grupo!

Estábamos perdidos probablemente y tanto Manuel como yó, impulsados por un movimiento instintivo, llevamos nuestras manos á la empuñadura del cuchillo é íbamos á envasarlo, sin más trámite, cuando el aparecido, hablando en voz baja nos dijo:

—Compañeros! no me nieguen la anhelada libertad. Sigamos juntos la suerte; mi buena estrella ha querido que me reuna á ustedes y seré uno más para defendernos en el momento del peligro.

Reconocimos entonces á Pedro el cautivo, que indudablemente en el deseo de escapar á la servidumbre miserable á que vivía condenado, había espiado nuestros movimientos y se agregaba á nosotros buscando realizar idénticos propósitos.

No era el momento adecuado para entrar en explicaciones, pronto estuvimos á caballo los cuatro fugitivos, llevando del cabestro los animales de repuesto; y al paso para que el tropel no se sintiese por los perros, los indios ó los caballos de las otras tropillas, emprendimos la anhelada fuga, guiados por la primera luz del astro de la noche y por esa otra eterna y luminosa que no abandona

jamás al pobre prisionero, esa que todos conocemos, que es un destello del cielo y se llama esperanza.

Marchamos toda la noche, despues de cruzar el río por un sitio adecuado y seguir un gran trayecto por entre los guijarros rodados del torrente, donde nuestras cabalgaduras no dejaban las huellas de sus pisadas. Despues repechamos la cuesta y tomamos los senderos más adecuados para alejarnos pronto de aquella pavorosa estancia.

El lucero de la mañana vino anunciarnos con su luz alegre y titilante, la proximidad del día, cuando ya nuestros ojos se cerraban, fatigados por la penosa tarea de querer investigar en torno nuestro, y en medio de la noche los misteriosos ruidos del desierto, promovidos acaso por la huida de las aves ó las fieras que despertaban

alarmadas, abandonando sus guaridas en las hojosas ramazones de la arboleda ó en los tupidos lechos del pajonal salvaje.

La primera luz del sol, comenzó ténuemente á alumbrar el espacio, cuando caímos de pronto á un espacioso llano circundado á lo lejos por esos médanos movibles de arena amarillenta, que dan carácter propio al paisaje de los campos del Sur.

—Si les parece, dijo Manuel, podemos hacer aquí el primer descanso y cambiar de caballos para que no se nos aplasten los montados. Hemos de haber andado ya unas diez y ocho leguas y á esta hora nos saldrán á buscar los indios para el lado de los toldos de *Pincen*, de manera que, como despues de este descanso vamos á marchar un poco más ligero, aunque ellos nos hubieran seguido llegarían aquí esta tarde, hora en que nosotros, si Dios nos presta fuerza y vida, estaremos aproximándonos á *Choèle-Choel*, donde es posible que podamos descansar pasado mañana á esta hora.

Los campos que habíamos recorrido eran generalmente áridos y pedregosos, y el valle pastoso en que nos habíamos detenido era uno de los tantos que forma la antigua cuenca del Río Negro. Convenía aprovechar aquel momento para descansar de la marcha por una hora y hacer que los animales comiesen algunos bocados.

El sol había ya alumbrado todo el cielo con esas inimitables coloraciones que en vano pretenderíamos describir porque no hay pincel, ni pluma, ni criatura humana capaz de imitar ó describir las grandes obras de la naturaleza que están por doquier en torno nuestro, para alegrar la vida, contemplarlas en silencio y levantar el espíritu en alas de la inmortalidad.

Al bajarse del caballo, Blondina como las mujeres cristianas se dejó caer de rodillas sobre la verde alfombra de gramilla, levantando en silencio una plegaria. Sus ojos azulados miraron hacia el cielo y su bello semblante se animó dulcemente por la expresión angélica de otrora.

Ante aquel cuadro sencillo, pero sublime, permaneci-

mos mudos. Todos estábamos vestidos con los trajes araucanos que nos había sido indispensable adoptar para sobrellevar la vida entre salvajes; pero los trajes son como el culto externo que nada tienen que ver en mi concepto con las íntimas tendencias de nuestra alma.

—Oh! dijo Mr. White, habla usted como un sabio. Pues ¿qué mejor altar, qué mejor templo podrían encontrar ustedes sobre la tierra para levantar una plegaria de gracias, que en medio de los campos del desierto, la bóveda azulada de estos cielos purísimos?

—Bien pronto estuvimos nuevamente en marcha, dijo el viejo reanudando su relato; pero estaba escrito en nuestro destino que aquel día que había empezado para nosotros con tanta felicidad, había de ser uno de los más negros de nuestra mala suerte.

Los humos que sirven de señal y para comunicarse instantáneamente las noticias buenas ó malas entre los indios, comenzaron aquella mañana á levantarse por nuestro alrededor, y aunque tratamos primero de apurar nuestros caballos y despues de ocultarnos, todo fué inútil.

De pronto, en la cruzada de un camino estrecho, más de cien indios de caballería, armados de lanzas y boleadoras, nos formaron una espaciosa rueda, intimándonos rendicion.

No eran aquellos los prosélitos de *Ranque-Curá*, y esa circunstancia nos hizo pensar que podríamos tal vez escapar ó conseguir se nos dejase el paso libre. A ese efecto, convinimos en decir á los indios que nos venían rodeando, que éramos amigos y enviados de *Ranque-Curá*, y que por lo tanto esperábamos que no se nos detendría.

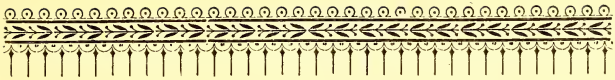
Manifestamos esto en araucano al jefe de aquella numerosa banda, quien en respuesta nos expuso que no tenía inconveniente en creer lo que decíamos, pero que, como había señales de alarma en los campos de sus vecinos y aliados, debíamos permanecer algunas horas en sus toldos, esperando á que se supiese la razon de

aquellas señales, pudiendo continuar unas horas despues, si no era con nosotros que se relacionaban.

No había posibilidad de resistir por la fuerza, y tuvimos que entregarnos á voluntad del que todo lo puede.

—Entonces fueron ustedes cautivados de nuevo? dijo Mr. White.

—Sí, le respondió el buen viejo, y entregados al siguiente día á los esbirros de *Ranque-Curá*, que nos llevaron á su presencia y no tardaron en tomar con nosotros una horrible venganza.



XXXVIII

Cautivos y lanceados

PARA qué he de referir, dijo el Cacique Blanco, al llegar á esta altura de su relato, los detalles de la crueldad y salvajismo que se emplearon á fin de ejercer con nosotros la venganza. *Ranque-Curá* despues de apostrofarnos é insultarnos personalmente, hizo pasar á Blondina á su serrallo, arrastrándola del cabello, y allí le despalmaron á cuchillo las plantas de los pies, á fin de que no huyera nuevamente. A nosotros, que estábamos atados de pies y manos, se nos decretó morir lanceados.

La ejecucion, para ser más ejemplar, debía practicarse en presencia de toda la tribu, que concurriría satisfecha á aquella fiesta de sangre y exterminio. Cada mañana debía ser lanceado uno de nosotros tres, para gozar despacio aquellas fieras del espectáculo de nuestro sufrimiento.

A Pedro el cautivo, por haber sido el que hacía más tiempo estaba en los toldos, se le condenó á ser el primer ejecutado, debiéndolo seguir al día siguiente Manuel el amigo negro, el fiel moreno de quien vengo hablando á Vd. hace dos días, y luego me tocaba á mí la suerte de morir atado á un árbol y atravesado por las lanzas de aquellos temerarios facinerosos.

Con ese objeto se nos detuvo en calidad de presos en la altura del barranco del río, en la proximidad de aquel camino donde hahía abrazado á Blondina por primera vez, y desde donde se veían los bosques de sauce que bordan la corriente del Río Negro, cuyas aguas corren perpétuamente hacia abajo, murmurando querellas sin palabras y acordes extraños é infinitos que se pierden ignorados en el eterno ritmo de todo lo creado.

Nos quitaron las ataduras á los tres que estábamos en capilla, y unos cuantos centinelas destinados á vigilarnos, clavaron sus lanzas en aquel pedazo de terreno descampado, formando así una especie de círculo, del que no podíamos alejarnos.

Para cubrirnos de la intemperie, se nos trajeron unos cueros de vaca endurecidos, que habían sido estaqueados días antes y secados al sol.

El poste ó madero clavado en el suelo, donde debía amarrarse á la primera víctima, distaba unos cien pasos de nosotros.

La primera noche la pasamos sin conciliar el sueño, tristes por nuestra suerte ineludible, y rodeando un pequeño fuego que nos servía malamente para calentar en él nuestros cuerpos desnudos y el agua con que se cebaba sucesivamente el *cimarron*, que fraterniza las conversaciones en los fogones del desierto.

La hora fatal no tardó mucho. Pedro, de quien nunca pudimos conocer la historia, marchó al sitio designado; con una estoica resignacion caminó por sus propios pies hasta el lugar de la ejecucion y puso las manos en alto para ser zungado por una cuerda á fin de que no esquivara el cuerpo á las puntas de las lanzas y un momento despues, en medio de la turba bullanguera que no perdió ninguno de los estertores de su agonía, dejó de cimbrear en el madero y la vida abandonó el cuerpo de aquel mártir desconocido.

Manuel y yo presenciábamos en silencio y desde lejos aquella escena horrible. A él le tocaría su turno al día siguiente.

—Qué le parece esto? me preguntó de pronto.

—Que aquí no va á haber perdon ni indulto, le contesté, y que *Ranque-Curá* nos va á cumplir lo prometido, es decir, que entregará nuestros cuerpos á la voracidad de los caranchos y las águilas de la montaña.

—A la vida miserable del cautivo, es preferible la muerte, me respondió el moreno. Sé que hace mucho tiempo que he debido morir y me es indiferente el estirar la jeta cualquier día, porque para eso hemos nacido, pero le prevengo que no se me da la gana en esta ocasion de que me ultimen los salvajes, y por lo tanto resuelvo esperar hasta mañana que me toque mi turno y sino se me levanta la pena, me pondrán en el caso de que haga un escarmiento, para que sepan estos pampas cómo muere un moreno, porque al fin, aunque debo varias muertes, tengo la seguridad de que mi vida vale más que la de unos cuantos pampas juntos.

—Yo no sabía que Manuel había ocultado en la faja su cuchillo, que era pequeño aunque de muy buen filo, y creí que todas aquellas amenazas se quedarían en nada á la siguiente mañana.

Pasó la noche, y cuando vinieron á buscarlo, dijo con calma que estaba pronto para que se cumpliera la órden de *Ranque-Curá*, pero que pedía la gracia de que le dejaran hablar con él un momento, á fin de comunicarle un secreto importante.

Los indios vacilaron ante la idea de llevar á su Jefe aquel mensaje, pero como Manuel insistiera con tan buenas palabras, accedieron al pedido, que probablemente no era más que un pretexto del moreno, que buscaba ver si podía ser él quien daba muerte á nuestro comun opresor.

Desgraciadamente *Ranque-Curá* no accedió al pedido, desconfiando tal vez de la intencion del negro, y entonces la escolta de lanceros se presentó de nuevo á conducir la víctima al lugar de la ejecucion.

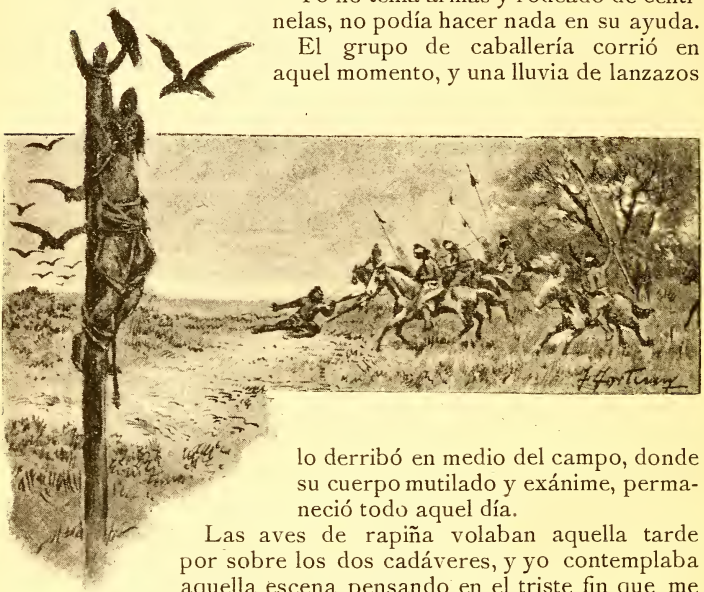
Manuel se aproximó á los indios que estaban á pie y que traían la cuerda para atarlo, y en un movimiento rápido, sacando su cuchillo con presteza de relámpago,

atropelló, desparramando tremendas puñaladas á los salvajes, que corrieron despavoridos.

—Así muere un valiente! vengan otros á atarme, gritaba el fiel moreno, mientras que con sorprendente agilidad daba alcance á los que huían, dirigiéndose al toldo del cacique.

Yo no tenía armas y rodeado de centinelas, no podía hacer nada en su ayuda.

El grupo de caballería corrió en aquel momento, y una lluvia de lanzazos



lo derribó en medio del campo, donde su cuerpo mutilado y exánime, permaneció todo aquel día.

Las aves de rapiña volaban aquella tarde por sobre los dos cadáveres, y yo contemplaba aquella escena pensando en el triste fin que me esperaba, si dejaba llegar la noche y el día siguiente sin tomar una extrema resolucion.

Pensaba á veces que como el cacique y todos en la tribu me creían hermano de Blondina, podía el corazon del bárbaro ablandarse ante los ruegos de ésta y dejarme con vida, aunque reducido á esclavitud y servidumbre.

Pero llegó la noche, y nadie vino á comunicarme la esperada nueva, en consecuencia de la súplica que indudable-

mente habría interpuesto Blondina si estuviese con vida.

Tal vez las mujeres araucanas, celosas de su rival, la habían dado muerte, despues de los martirios de que había sido víctima.

Nada podía saber, y permanecía en muda espectativa en compañía de dos araucanos que estaban encargados de mi custodia, rodeando el fogon moribundo, que como símbolo de mi mala suerte, ardía en aquel reducto y en donde hervía el agua de que nos servíamos para cebar el *cimarron*.

Una idea luminosa me asaltó de pronto á la memoria. Entre las yerbas que crecían en la proximidad, había visto unas matas de la uva del campo que conocía perfectamente y cuya propiedad narcótica había experimentado, la vez aquella que caí enfermo encontrándome en los toldos de *Pincen* y cuando las brujas me aplicaron el cedal en el costado izquierdo.

La casualidad venía á favorecerme, si lograba en mis manos algunos cogollos de esa yerba; podía introducirlos entre el mate cuando me tocase mi turno, y fácil me sería hacer beber á mis centinelas aquella sustancia, absteniéndome de hacerlo, pero simulando que los acompañaba.

¿Qué haría sin embargo, cuando estuviesen dormidos mis guardianes?

Abstraido en profunda meditacion, pensé un instante.

Escapar de nuevo por tierra y á caballo era lo que primero se le ocurría á cualquiera, pero con esta nueva evasion, no conseguiría mas que alargar algunas horas mi martirio.

Defendido de la intemperie por los cueros de vaca secos, contemplaba desde la altura, en medio de la confusa luz de aquella noche, la corriente de las aguas que pasaba allá abajo y que me traía á la imaginacion el recuerdo de mejores días, aquellos que había pasado navegando en mi barco sobre los anchos mares.

Ahora eran para mi felices aquellos días, que antes consideraba de sufrimiento y privaciones; si hago dor-

mir los centinelas, pensaba, y si tuviese á mi alcance una embarcacion ó un pequeño chinchorro, fácil me sería intentar de nuevo la fuga.

¿Pero no tenía allí á la mano dos grandes pieles de vaca, horadadas por sus orillas y que me podían servir para la construccion de una balsa, ó pelota, de esas que sirven á la gente de la campaña para atravesar los ríos?

Todo aquello era perfectamente practicable, mis meditaciones me habían llevado á la combinacion de un nuevo plan de fuga, y ante la posibilidad de practicarla, se reanimó mi espíritu abatido hasta entonces por la proximidad de una muerte ineludible.

XXXIX

La fuga por agua

No me fué difícil conseguir permiso para alejarme unos pasos del reducto, me dirigí directamente al paraje donde crecían las matas de la preciosa planta, y tomé algunos de sus cogollos, que disimuladamente introduje entre el mate.

Pero el agua de la caldera se consumió, sin que notara que se producía en los indígenas, el efecto deseado.

Me mandaron entonces por agua al río, y de regreso á fin de asegurar el éxito de mi narcótico, introduje en la vasija, una buena porcion de cogollos y de frutos, que produjo primero el efecto de una locuaz conversacion y no tardó despues en sumir á aquellos hombres, en un confiado y apacible sueño.

Sería entonces la media noche, me encontraba libre de custodios, no había tiempo que perder. La hora me protegía con su penumbra, para acarrear desde el reducto á la ribera, cuanto me pudiese ser útil en el viaje original.

Llevé primero los cueros hasta el río, y volví por las mantas y las cuerdas que servian de apero á los jinetes, cuando montaban á caballo durante el día, las que me habían de ser de utilidad para pasarlas por los ojales de los bordes del cuero, á fin de que tomasen estos la forma

cóncava, que afectan las improvisadas embarcaciones que trataba de construir.

Uno de mis centinelas, tenía una lanza á su costado y el otro un gran cuchillo, estas dos armas podían prestarme importantes servicios durante la navegacion, así es que, no olvidé conducirlas, como tampoco la inestimable caldera que ya Vd. conoce, y que durante el viaje me prestó servicios de verdadera trascendencia.

No tenía más que llevar del fogon indio y hubiera sido aventurado en aquel momento tener que recurrir á los toldos para buscarse algun otro útil ó elemento. Debía servirme de aquellos pocos objetos, si queria tener seguridad de escapar con buena suerte.

Fuíme por última vez á la orilla del agua, tomé uno de los cueros y valiéndome de una cuerda y del cuchillo, construí rápidamente el primer medio mundo ó *pelota* (1) la hice flotar sobre las aguas de la orilla, teniéndola por el extremo de la cuerda y coloqué en su interior algunas ramas secas de los árboles próximos, á fin de que el cuero no perdiera la forma redonda al ablandarse dentro del agua.

Deposité luego, los útiles de que disponía, y con el otro cuero por análogo procedimiento, construí la segunda embarcacion que me había de servir para lanzar mi persona á las corrientes de aquel río salvador.

—Iba Vd. á parecer un Moisés, dijo Mr. White.

—Sí, respondió el inglés, y fuí un Moisés, pero, que gozó aquella vez, de una felicidad conciente en lo que me diferenciaba mucho del salvado en las aguas del Nilo.

—Y ¿Blondina? dijo Mr. White. Se había Vd. olvidado de ella?

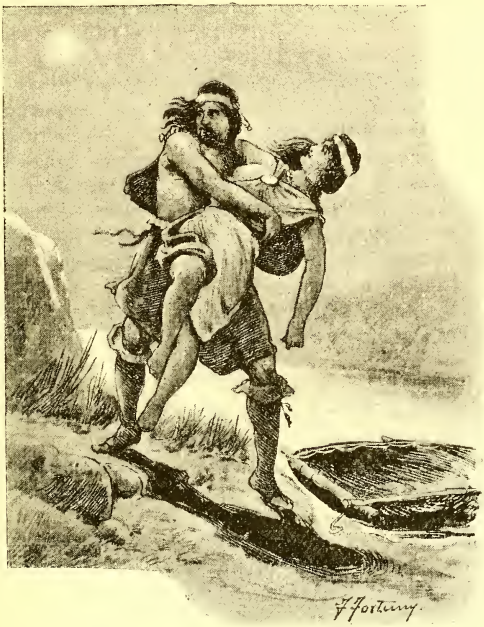
—Ahora verá, replicó el viejo, cuando iba á embarcarme pensé en que Blondina no podía haber sido muerta, porque era imposible que el salvaje *Ranque-Curá* hubiese

---

(1) Esta clase de embarcaciones improvisadas es muy conocida en las provincias de Corrientes y Entre-Ríos.

preferido su extincion al placer que le proporcionaba tenerla en su serrallo.

Sería una indignidad, me dije á mí mismo, que teniendo dos barcos á mis órdenes y siendo un buen marinero de



alto bordo, no invitase á mi querida compañera de trabajos para hacer un paseo embarcados, explorando las corrientes de aquel río desconocido entonces.

Amarré á un tronco las embarcaciones, tomé el cuchillo entre mis manos, y dispuesto á llegar sin ser sentido, ocultándome entre las malezas, me dirigí al toldo de las mujeres del cacique, resuelto á sacar de allí á mi amada, dando

muerte si fuera necesario á quien pudiese oponerse en mi camino, ó á las mujeres que estuviesen despiertas si tenía el infortunio de que descubriesen mi presencia.

Pero aquella adorable criatura, inspirada por el mismo vínculo de afecto que me guiaba en tan penoso trance, martirizada por la noticia que le daban las otras mujeres, de mi inmediata muerte, afrontando las consecuencias que pudieran sobrevenirla, había salido tambien á la misma hora, y arrastrando su extenuado cuerpo porque le era imposible hacer uso de sus llagados pies, se dirigía hasta el sitio en donde un momento antes estaba prisionero, resuelta á darme el último adios, que se dan á veces sobre la tierra, las almas de los que bien se quieren.

La casualidad nos juntaba en el mismo paraje en que encontré á Blondina la primera vez entre los indios. Levantéla entonces en mis brazos, y tiernamente abrazado siguiendo el tortuoso sendero, la conduje por mis propias fuerzas hasta la orilla del agua, colocándola en una de las embarcaciones y abrigando su cuerpo delicado lo mejor que pude por medio de las mantas y pieles de que podía disponer.

Una vez que flotamos sobre las aguas, comprendí que las dos embarcaciones á causa de su pequeño tamaño se conservarían mejor en la posicion horizontal que conviene para la flotacion, uniéndolas entre sí y practiqué esta operacion por medio de una cuerda.

La lanza me servía perfectamente de botador y como remo para dirigir aquella balsa hacia el centro del río, en donde la corriente es siempre más veloz.

El cauce de las aguas tiene en aquella parte un ancho que varía entre doscientos y trescientos metros, la corriente es perpétua hacia el lado del océano y bastante veloz para que nuestra embarcacion fuese conducida á una buena distancia durante aquella noche.

El fondo de las aguas era por lo general de una braza ó braza y media, y muchos bosquecillos de sauces ó de árboles silvestres, bordaban las orillas.

Los indios, que disponen del caballo para trasportarse

rápidamente á grandes distancias, desconocen allí casi por completo la navegacion y era probable por tanto que buscasen nuevamente á los prófugos en todas direcciones pero en los caminos por tierra, mucho más cuando los frenos y los aperos de los centinelas habían desaparecido con nosotros.

Sabía por experiencia práctica, que la alarma producida por nuestra fuga, cundiría pronto, avisando á las tribus aliadas por medio de los malhadados humos que sirven de telégrafo al salvaje, así es que había resuelto no navegar durante el día, sino aprovechando la oscuridad de la noche.

Era preciso invertir lás horas del descanso, y tener paciencia durante el día, para permanecer ocultos dentro de los ramajes y malezas de la orilla del río. Aquellas estaciones impedirían que fuésemos descubiertos por los moradores de las costas, y nos eran indispensables para proveernos de alimento y poderlo cocinar á la llama del diminuto fuego que habíamos de formar, sacando chispas de mi yesquero indígena.

— ¿Llevaba Vd. fuego? preguntó Mr. White.

— Al hombre de campo jamás le falta el yesquero en el tirador, respondió el viejo, y yo había tenido el buen cuidado de conservar el mío, pero aunque lo hubiese perdido, no me habría sido dificultoso hacer producir la llama por medio de la frotacion de dos trozos de madera seca, procedimiento tan útil y conocido entre los hombres primitivos de todas partes del globo.

Navegamos quince millas cuando empezó á aclarar. Durante la noche, mis conocimientos náuticos me habían hecho pensar en unas cuantas reformas que podían introducirse mejorando las condiciones de nuestra embarcacion.

Por medio de la lanza y afirmándola en el fondo del río, impulsé nuestra balsa hacia la márgen derecha, cubierta de un espeso bosque que nos ocultaría perfectamente.

Arrimamos á tierra y amarré la embarcacion. Antes de sacar á Blondina de su asiento triunfal, quise hacer

por la costa un pequeño reconocimiento personal, á fin de saber si no había algun peligro, que nos impidiese estar en tierra durante aquel día. Pronto volví, todo estaba completamente solo por aquella inmediacion; penetrando en el agua hasta la rodilla cargué á Blondina en mis brazos y la traje á la orilla, tomando posesion de una pequeña altura que sombreaba unos hermosos árboles. Aproximé un poco más la embarcacion hacia la costa á fin de que no pudiese ser vista de la ribera opuesta, junté alguna leña de la que nunca falta en el suelo de los bosques vírgenes, y utilizando mi yesquero y un pedazo de manta de lana de guanaco, improvisé un hogar. Pero teníamos hambre, y con solamente fuego no podíamos llenar la imprescindible necesidad de alimentarnos.

Resolví entonces, dejar á Blondina junto al fuego y alejarme por el bosque, buscando algun animal salvaje que nos sirviera de alimento.

Ella me pidió que antes de alejarme le trajera algunas hojas de duraznillo del agua (1) á fin de ponerlas en infusion para lavarse las heridas de los pies, lo que me fué fácil practicar, pues esta planta crece abundantemente en las tierras anegadizas de la orilla de los lagos y los ríos.

La caldera de los indios le sirvió á mi muchacha para preparar el cocimiento, y yo mientras, armado de la lanza fuí á ocultarme detrás de unas matas de espinillo y en la proximidad de uno de esos senderos que indican al cazador, el sitio preferido por los animales para venir á la aguada durante las horas de la mañana.

Pero el día iba avanzando sin que pudiese conseguir al alcance de mi lanza ninguno de los animales que habitan en las proximidades de aquella gran corriente de agua.

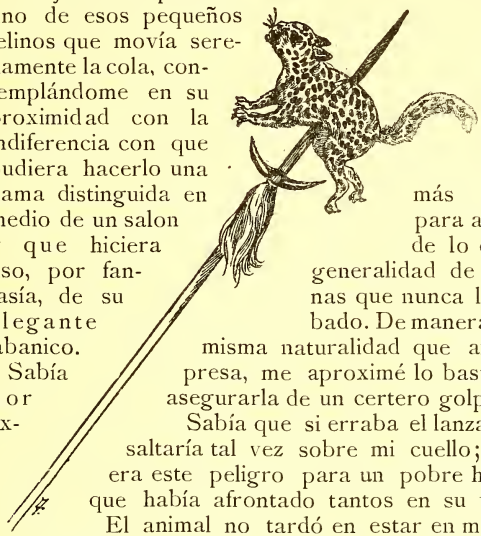
Cambié varias veces de local, y no por eso mejoró mi situacion. Había pensado entonces dirigirme á las colinas próximas, con el propósito de ver si encontraba algunas

---

(1) *Jussiaea repens. Onagrarieae.* (Latzina)

cuevas y en el descampado tenía más suerte que en el bosque, cuando oí entre las ramas un aullido parecido al de un gato.

Me aproximé entonces á un gran árbol y descubrí con sorpresa, echado tranquilamente sobre una de las orquetas bajas de la planta á uno de esos pequeños felinos que movía serenamente la cola, contemplándome en su proximidad con la indiferencia con que pudiera hacerlo una dama distinguida en medio de un salon y que hiciera uso, por fantasía, de su elegante abanico.



Sabía por experiencia propia que la carne del gato montés blanca y concisa, es mucho más agradable, para alimentarse, de lo que cree la generalidad de las personas que nunca la han probado. De manera que con la misma naturalidad que afectaba mi presa, me aproximé lo bastante para asegurarla de un certero golpe.

Sabía que si erraba el lanzazo, el gato saltaría tal vez sobre mi cuello; pero qué era este peligro para un pobre hambriento, que había afrontado tantos en su vida?

El animal no tardó en estar en mi poder; la lanzada le había traspasado el cuerpo y con él, sujeto en la media luna de aquella arma favorita de nuestros opresores, volví hasta nuestro fogon en donde no nos fué difícil preparar un frugal almuerzo, al estilo de práctica entre cazadores.

Saqué prolijamente la piel del gato de monte, y con ella dividida en dos partes iguales, hice un par de botines *sui generis* que por mucho tiempo sirvieron á Blondina para defender de la intemperie y las espinas sus diminutos pies.

XL

Un lunar de familia

ANTES de embarcarnos nuevamente, convenía practicar algunas reparaciones en nuestro bastimento; con ese objeto despues de la comida conduje al puerto, de diferentes puntos del bosque, algunos maderos secos, que me sirvieron bastante bien para la fabricacion de una balsa, ligándolos entre sí por cuerdas que saqué de los cueros de vaca, que se habían ablandado suficientemente.

Al anochecer estaba pronta nuestra nueva embarcacion, y apenas nos favoreció la oscuridad, estuvimos en condiciones de flotar de nuevo, impulsando la balsa hacia el medio del río para aprovechar mejor la corriente, como lo habíamos hecho la noche anterior.

Durante ocho noches viajamos consecutivamente, mejorando en cada parada las condiciones de nuestra barca. No siempre encontrábamos bosques en donde detenernos y ocultarnos, pero en estos casos, aprovechábamos el reparo que proporcionan las grandes rocas que están situadas á un lado ú otro de la ribera.

Despues de una semana de viaje, calculé que nos habíamos alejado lo bastante para que no diesen con nosotros los seides de *Ranque-Curá,* y nos detuvimos con el objeto de pasar algunos días en unas cuevas formadas

por las rocas, en un paraje de la costa que no dista muchas leguas de este valle.

—Me explico ahora la historia, dijo Mr. White, ligando lo que Vd. me está contando con lo que ya sabía á propósito de su establecimiento en esta Cabaña misteriosa.

—Perfectamente, replicó el viejo, pero aun debo agregar algunos detalles que complementarán mi verídico relato.

Permanecí en las cuevas de la orilla del río un mes próximamente, viviendo de la caza de los animales del campo, y atendiendo al restablecimiento de Blondina que ya había empezado á caminar; sin que nunca encontrase en mis excursiones ningun indio ni ser viviente racional, que pudiese hacernos daño, cuando una tarde que perseguía unos guanacos por aquellas lomas que se ven apenas hacia el lado del sur, llegó hasta mí un jinete, que perseguía con sus boleadoras la misma cuadrilla de animales que yo estaba rodeando. No pude ocultarme á la presencia del indio, que se aproximó hasta mí, y trabó conversacion en araucano á propósito de la caza. Le ofrecí con la mejor voluntad, detener la cuadrilla en un paraje preciso de la ribera á fin de que pudiese bolear alguno de ellos y con ese motivo establecí amistad con aquel hombre que me dijo llamarse *Cachul,* ser un capitanejo importante y habitar en las tierras inmediatas hacia el lado oriental.

Unos días despues de aquel encuentro, *Cachul* vino á mis cuevas trayéndome un caballo de regalo á fin de que lo acompañase en sus expediciones de caza, y entonces visité el toldo del indio, que vivía con su familia en la ceja del monte que está á la entrada del valle.

—¿Ese *Cachul,* es el capitanejo que ha sostenido en compañía de *Blanco Chico* la lucha contra *Shaihueque?* preguntó Mr. White.

—No señor, respondió el viejo, el *Cachul* de que ahora estoy hablando era *Cachul-viejo,* el padre de los dos valientes mocetones que dirigían la defensa del Valle hace dos días. El buen hombre fué mi gran amigo por espacio

de muchos años; cuando iba á morir, llamó á sus hijos y á los principales lanceros de su tribu y les pidió que me quisieran y me respetasen como si fuese á él mismo, dándome el título de Cacique Blanco que es el nombre por el cual me reconocen.

—Me doy ahora perfecta cuenta de toda su historia, dijo Mr. White, y la encuentro interesante y agradable, pero ignoro todavía el origen de nuestro amigo, el jóven *Botas peludas.*

—Se la diré en dos palabras, agregó el Cacique Blanco, para terminar de una vez, este monótono relato. A los seis meses de encontrarse la infeliz Blondina en mi compañía y cuando vivíamos junto con la familia del viejo *Cachul,* dió á luz un niño que ha crecido á mi lado y que quiero casi como á un hijo, sin embargo de su triste origen.

—Comprendo el caso, dijo Mr. White, y veo que es Vd. un generoso caballero en quien no se desmiente los rasgos de hidalguía y nobleza que caracteriza á todo buen inglés!

—La madre, agregó el Cacique Blanco, murió un mes despues del nacimiento del niño, su salud quebrantada por tan rudos trabajos y sufrimientos, no pudo soportar por más tiempo las angustias de una vida tan menesterosa y pobre. Me dediqué entonces á cuidar al hijo en recuerdo del cariño que profesé á la madre, cuyos restos conservo en el paraje que he mostrado á Vd. antes.

—Estas son acciones de un verdadero inglés, dijo Mr. White emocionado.

—He dicho á Vd., al principio de esta historia, replicó el viejo, que creo que hay gente buena y mala lo mismo en Inglaterra, que aquí, y que en la gran China.

—Su relato, debe figurar detalladamente en mi cartera de anotaciones, pero me falta un dato interesante que he esperado con paciencia hasta este momento sin que haya podido consignarlo. —Ha olvidado Vd. darme su verdadero nombre, y como buen hijo del Reino Unido deseo conocerlo para saber en cualquier tiempo á quien debo

tantas bondades como las que he recibido en esta permanencia.

—Si es para agradecerme algo, no doy á Vd. mi nombre, dijo el Cacique Blanco. Mi procedimiento ha sido completamente egoista. No he hecho más que satisfacer un gusto personal que no obliga á Vd. absolutamente á nada.

—Quiero por lo menos ser su amigo, replicó Mr. White.

—En tal caso, y si mi memoria no me engaña, pues hace más de cuarenta años que nadie me llama por mi nombre, diré que soy Jorge Mac Donell.

—Los Mac Donell son muchos en Escocia, dijo el Ingeniero, y ese era el nombre de mi madre.

—Me lo suponía desde hace días, agregó el viejo, su madre debe haberse llamado *Agnes* y viviría tal vez en *Oban*, en compañía de unos tíos.

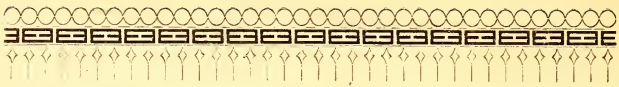
—¿Cómo lo sabe Vd? interrogó el Ingeniero sorprendido.

—Me lo había figurado, porque solo los Mac Donell, tienen en el mundo, ese lunar rojo que lleva Vd. en la nuca.

—¿Y cómo no me había dicho Vd. que era mi tío? exclamó Mr. White emocionado.

—Podía ser Vd. un hijo espúreo, de algun vástago lejano, y á más, para reconocer parientes hay siempre tiempo en esta vida, pero lo suponía cuando ofrecí á Vd. la enagenacion de mis bienes.

—Con razon veía en Vd. tanta nobleza! prosiguió Mr. John P. White abrazando á su tío. Es que somos parientes, y los dos tenemos en la nuca el lunar rojo que caracteriza á los Mac Donell!



XLI

Final

El lector comprenderá que no ha sido un recurso de la narracion esto del parentesco de dos personas que vivían tan alejadas. Podíamos muy bien haberlo suprimido en el relato, terminando el libro sin consignar tal hecho. Así pensamos al principio, pero despues cambiamos de opinion, teniendo en cuenta que tampoco había objeto en suprimir un dato de rigurosa verdad histórica, consignado especialmente en la cartera de viaje del Ingeniero explorador, que tenemos á la vista.

Aconteció pues, que Mr. White encontrándose en casa de su tío, despues de descubrir tan agradable circunstancia, como es la de tener tíos ricos, resolvió quedarse unos días más en el Valle Fértil, aunque lo molestaba grandemente la falta de sus dientes postizos.

Una mañana el viejo llamó aparte á su sobrino é internándose juntos por las cuevas que habían sido menos frecuentadas, llegaron á la sala Q de aquella original vivienda, donde arrimándose al muro hizo á White subir sobre sus espaldas y trepar sobre un hueco practicado en la pared.

Desde ese sitio el Ingeniero dió la mano al Cacique Blanco ayudándole á subir.

Esta posicion no es cómoda, dijo el viejo, mientras

tendía su cuerpo y estiraba su brazo por una estrecha cueva en que nadie hubiera hecho alto, á no ser aquella circunstancia.

Del fondo de la cavidad sacó entonces un pesado envoltorio cubierto por un cuero y despues de descender los dos hombres y salir de nuevo á la luz, abrió el original paquete y presentó á White unas *chuspas*, que son especie de bolsas hechas con cuero de cogote de avestruz, las que contenían un buen número de monedas. — Tú has de ver seguramente antes que yo á *Agnes,* mi querida hermana, dijo el Cacique á su sobrino, y aunque supongo que su posicion será holgada en la actualidad, le llevarás estas cien onzas de oro como presente que le hago en recuerdo de las economías del grumete de la escuadra Inglesa.

Esta otra *chuspa* contiene más ó menos igual cantidad y te pido que en llegando á Oban, mi ciudad natal, la entregues en mi nombre á la *Society for the Protection of Shipwrecked mariners' Orphans.* Sociedad Protectora de huérfanos de marineros náufragos. Quien sabe si con esta donacion no beneficio á los hijos de alguno de mis antiguos compañeros.

Unos días despues, nuestro viajero atravesaba la Pampa siguiendo el rumbo que le había designado el Cacique Blanco, escoltado por cincuenta lanceros mandados por *Cachul*, que debían preservarlo de la cautividad si se encontraba con *Shaihueque.*

Juan Sin patria vino acompañando á su patron hasta *Puan*, y de allí, despues de arreglar su cuenta de salarios, se dirigió á su rancho en Bahía Blanca, esperando que el inglés lo llamaría á su servicio cuando regresara de Inglaterra.

El Ingeniero había prometido á su tío dar cuenta en Liverpool de la enagenacion del Valle Fértil, y volver á su lado lo más pronto que le fuera posible.

El Cacique Blanco extendió un documento á su sobrino, por el cual le reconocía como su legítimo y universal heredero.

Durante el viaje de regreso una duda asaltó á mister White, á propósito de *Botas peludas,* la que creemos interesará.

Al tiempo de despedirse y cuando el hermoso muchacho se había descubierto la cabeza levantando graciosamente su bonete de plumas de flamenco, le habían caido sobre los hombros unos hermosos rizos negros, que más parecían pertenecer á la cabellera de una mujer.

¿Pero qué razon podía tener el viejo para haber hecho que aquella jóven vistiera traje de hombre?

Esto es lo único que no ha podido averiguarse. Tal vez ese equívoco sistema de traje era el más adecuado para la tranquilidad de aquellos seres en la vida del desierto.

De todos modos, hay que suponer, que los cuidados del viejo, no eran más que la expresion del cariño que profesaba un protector ó un padre, hacia una débil é infortunada niña, que había visto nacer y se había criado en su compañía.

Como nuestro Ingeniero explorador, despues de llegar á Buenos Aires, de comprarse sombrero y de mandarse hacer una dentadura postiza, en casa del dentista Newberry, entró en una vida metodizada, normal y semejante á la que es de creerse lleva nuestro bondadoso lector, nos es indispensable concluir aquí esta historia, dándole al terminar un expresivo

ADIOS!

LA LENGUA ARAUCANA

Nada de nuevo vamos á consignar aquí, para aquellos que se han dedicado al estudio y buscan en la lingüística sud americana datos que ensanchen sus conocimientos.

Queremos solo dar prefacio al vocabulario que va á continuacion, y que ha sido formado con palabras recopiladas de cuantos escribieron.

Damos una ligera idea á propósito de la lengua araucana, teniendo en cuenta los trabajos de los antiguos filólogos jesuitas, Molina, Hervás, Febres, Ovalle, Falkener, Olivares, Lizarraga y de los prolijos observadores contemporáneos, señores De Angelis, Burmeister, Francisco P. Moreno, Lafone Quevedo y tantos otros que se dedican á este serio y minucioso estudio.

Cuando llegaron á América los conquistadores españoles, se hablaba la lengua que hemos dado en llamar araucana, en el vasto territorio comprendido entre el río Bío-bío por el norte, el archipiélago de Chiloé por el sur y las llanuras que baña el Atlántico por el lado oriental.

El eminente norte americano, Mr. Whitney, dice á propósito del estudio de las lenguas, que para facilitar su clasificacion, conviene dividirlas en tres grandes familias: monosilábicas, aglutinantes, y de inflexion, representando estos tres órdenes, los grados de adelanto porque pasan los idiomas para llegar á un perfeccionamiento relativo ó su completo desarrollo.

«Estos grados se siguen en realidad, pero tambien se confunden, como lo hace notar el señor Diego Barros Arana, en su estudio á propósito de la lengua araucana, que es aglutinativa, es decir, formada por un gran número de voces y la yuxtaposicion de otras cuyo sentido restringe,

modifica ó amplía, teniendo tambien inflexiones en la declinacion de los nombres y en las conjugaciones de los verbos y ofreciendo abundantes y rigurosas derivaciones de sustantivos á verbos y de estos á nombres, lo que puede tambien considerarse como inflexiones.

En araucano todo sustantivo pasa á ser verbo con solo agregarle una *n*, como *Mamull* leña, *Mamuln* coger leña, *Ghul* canto ó cancion, *Ghuln* cantar».

«De igual manera basta cambiar la *n*, del verbo en *voe* para significar al que ejecuta la accion de que se trata, así por ejemplo: *Mamulvoe* significa leñador y *Ghulvoe* cantor. *Dugun* hablar y *Duguvoe* hablador. *Hueñen* robar y *Hueñevoe*, el que roba».

En la extension de territorio á que antes hemos hecho referencia, existían antiguamente las tribus Copiapina, Coquimbana, Quillotana, Mapochina, Promaucai, Curi, Cauqui y Pensona, formando en resúmen, cuatro grandes naciones, la Araucana, la Cunca, la Huiliche y la Puelche, que hablaban todas la misma lengua, siendo de notar que el dialecto de esta última, era más gutural que el de las tres anteriores, como asimismo el *Picunche, Ranquelche, Moluche* y *Villmoluche*, que no eran más que familias de la última mencionada.

La lengua araucana menos rica que la peruana ó quíchua, en su pronunciacion, órden y número de letras, se asemeja á las lenguas europeas más que la *Guaranítica*, *Tupí* ó *Brasilera*, la *Caribe*, la *Chiquitana* y la *Mejicana*, con las que no parece tener afinidad de origen, (I) como algunos le han atribuido. (2)

«De estas semejanzas proviene tal vez, el encontrarse muchas veces palabras parecidas, aunque estos pueblos, segun su religion, su tradicion y sus costumbres, no han

---

(I) Concuerdan en esta afirmación Barros Arana con el padre Hervás.

(2) Algunos misioneros al formar vocabularios araucanos, para facilitarse el trabajo de predicar sus doctrinas, han encontrado muchas palabras que tenían gran semejanza con otras de la lengua China, Griega y Latina. Chile ó Chili es una de ellas, pues de este nombre hay un vasto territorio en el Celeste Imperio

tenido la menor comunicacion con los griegos ni los romanos. *Padre Molina*».

Conviene hacer notar, á propósito de esta afirmacion, que encontrándose en Buenos Aires hace tres ó cuatro años el cacique *Papon,* uno de los tehuelches más ladino que hemos conocido y que tenía á gala recordar las tradiciones antiguas de su pueblo, nos afirmaba una vez que «*mucho antes de que viniesen los españoles á estas tierras llegaron á ellas sus antepasados, que eran marinos, arrojados por las borrascas del mar. Sus naves venían de muy remotas tierras donde nunca más pudieron volver.* El nombre del gran guerrero que mandaba en la Nacion á que el cacique tehuelche hacía referencia coincidía ó era semejante, segun nuestro recuerdo, al de uno de los griegos más mencionados en la historia y si no damos su nombre en este lugar, es por no faltar á la verdad, determinando uno cualquiera, cuando esta tradición, que dejamos consignada, puede aun verificarse por los exploradores que visitan las costas patagónicas.

Las letras que constituyen el alfabeto de la lengua araucana son:

A, C, D, E, Gh, G, H, I, J, Y, L, Ll, M, N, Ñ, O, P, Q, R, S, Sh, T, Th, U, Û, V.

«El *Chilidugu,* como llaman los naturales á su idioma, es dulce, armonioso, regular, expresivo y muy abundante en términos, aptos é idóneos para expresar, no solamente las cosas físicas, generales ó particulares, sino tambien las morales ó abstractas. Es uniforme en la formacion de los tiempos y de las personas, al punto que casi no hay verbo irregular y esto dá facilidad para aprenderlo.

«Por otra parte, en todo género de verbos sustantivos, transitivos ó neutros, no hay más que una sola conjugacion y esta es tan abundante de tiempos, que exceden bastante á la lengua latina.

«Fáltanle algunas letras, pero hay una vocal y otra consonante que no tienen perfecta equivalencia en los idiomas europeos, por eso el Padre Valdivia, recurrió á escribir la vocal, digamos adicional, con bastardilla.

«Su pronunciacion es parecida á la *ou* francesa, pero más aspirada y gutural.

«Este lenguaje, el Quíchua, el Mexicano, el Guaraní y otros, no pueden ser incluidos en la regla general que con demasiada ligereza, sentó Paw en el siglo pasado, calificándolas de pobrísimas y de absolutamente faltas de números».—*Félix C. y Sobron.*—«Los idiomas de la América Latina».

Según el Padre García misionero que escribió en 1783 existían en aquel tiempo dos tribus en el Archipiélago de Chiloé y al Sur de Chile; las que aunque se entendían entre sí, no hablaban ya lengua araucana.

Eran estos indios, los *Chonos* y los *Caucabues* quienes á su vez tenían por vecinos en el Archipiélago fueguino, á las naciones *Calen* y *Taijataf* con quienes tampoco se entendían aunque estas entre sí parecían hablar dialectos de una misma lengua.

Según Falkener en los confines australes de Chile y el Estrecho por la parte Oriental, hay dos naciones que hablan lenguas diferentes de la araucana, son estas la *Poya* y la *Caucau.*

Por el Norte la lengua quíchua, y los dialectos guaraníes por el Nordeste, cerraban los límites del territorio que hemos designado como ocupado por las cuatro naciones que hablaban araucano. El Querandí, que hablaban los ocupantes de una parte de la actual provincia de Buenos Aires, no era más que el resultado de la fusion de las lenguas principales, siendo la palabra Querandí de origen quíchua y significando ramificación de los Andes como lo hace notar el Dr. Lopez en su Historia Argentina. (Quira-Andies ó *Quir Antis*) porque Andes se deriva de la pequeña provincia de Anti, en el Imperio de los Incas.

Tambien son de origen Quíchua, muchas de las palabras consignadas en este vocabulario, porque nos es imposible separarlas, teniendo en cuenta que indudablemente las introdujo en la lengua araucana, la conquista de los Incas, anterior á la española, y que por lo tanto pueden considerarse como legítimamente incorporadas.

VOCABULARIO ESPAÑOL-ARAUCANO

(El más completo publicado hasta hoy)

A

Azufre..... Copahué
Agua. ..... Có
Agua salada ..... Comú
Adobe..... Tricá
Aliento..... Neyú
Azúl..... Calfú
Abuelo..... Chedqui
Amarillo..... Chód
Abuela..... Chuchu
Año..... Quiñe antú
Amigo..... Ánai
Alerce, pino..... Pehuén
Arena..... Cuyúm
Alumbre..... Nolquer
Alma. ..... Pullú
Apagarse. ..... Ghogúm
Asador. ... Cancahué
Aire..... Piún ó cruf
Araña ..... Pallú
Arcilla.. ..... Rapá
Alborada..... Puli-huén
Avestruz..... Choiqué
Arco iris. .... Relmú
Aguila..... Ñancú
Aros chicos..... Chahuaitú
Alambre..... Nolgúer
Algarrobo..... Loy
Alfalfa..... Cachú
Amargo..... Furén
Alacran. ..... Trecanqué
Asiento..... Anugüé
Amar. ..... Ayun
Aquel trae..... Aculli-teieche
Apagar..... Chogungé
Abrojo..... Huayun
Abrochar. ..... Nacurún
Abrir camino..... Rucutún
Abrir la boca..... Mlálnún
Abominar..... Afentún
Abeja ..... Dulliñ
Abajo ..... Nan-minchén
Arroyo..... Leonfú
Atar..... Trarinachú
Aguardiente..... Pulcú
Asi es ..... Pi-pí
Ayer. ..... Uyá
Acordarse..... Quamtún
Acérquese..... Fulcumpagé
Aquí..... Faú.
Agua de Chañar.. Chicalcó
Aburrirse..... Choñjun
Acá..... Famuí
Acabarse..... Afn
Acariciar..... Mampuún
Aclarar..... Lifcuiñg
Acomodar..... Pepiliñ
Acompañar..... Digueñ
Acostarse..... Cudúñ
Adentro..... Punünú
Adonde..... Chen-mó
Adorar..... Utchin
Advertir..... Inaurumelú
Afecto..... Cumépuen
Afilar ..... Ingumún
Afeitarse..... Payuntún
Afirmar..... Feipin
Aflijirse..... Raquiduamún
Aflojar..... Cultrelun
Afuera.. .... Huecún
Agacharse..... Culoyún
Agarrar..... Tun
Aji..... Trapí
Agradecer..... Nanumtripán
Aguantar..... Nehuentulén

Afilado..... Yuguen
Agujero ..... Huetód
Asado..... Cancán
Azul oscuro. ..... Curú-Calfú
Azotar.. ..... Trupún
Aurora..... Ún
Avisar.. ..... Nutramún
Aves..... Guñun
Avaro .... Rucú
Atrevido..... Ucunguen
Atreverse..... Yofún
Atravesar..... Caquél
Atra ..... Furiple
Asolearse. ..... Antucún
Asar carne..... Recán-iló
Asas..... Chulhué
Asco..... Ucai-púen
Artilleria.. ..... Carita
Arrugarse..... Pulchán
Arrugar ..... Pulchún
Arruga. ..... Pulchá
Arrodillarse..... Lucutún
Arrinconarse..... Gañicon
Arriba..... . ... Huenú
Arrebatar. ..... Mumtún
Arrear..... Quechán
Arma de fuego.... Tralcá
Arco de flecha.... Huepúll
Anzuelo . . .. Culí
Apedrear. ..... Curatún
Anunciar..... Nutramún
Antiguamente..... Coifí
Anticinarse..... Penchún
Animales..... Ifún
Anguila .... Zoinó
Andrajos. ... . .. Huesa-pilquén
Azúcar..... ..... Azucará
Arena ..... Cuyúm
Algodon.. ..... Alcodon
Arbol. ..... Mamúll
Arvejas..... ..... Avis
Araña. .. . . Pallú
Austro.. ..... Huili
Amamos.. ..... Ajufiliñ
Aquellos dos traen. Aculligú
Amarnos..... Ayuyeñí
A ver?..... Chuchí?
Apaga el fuego.... Chogunquetrál
Agua-azul. ..... Calfucó
Aros grandes. .... Upúl
Alto (estatura).... Fuchá Utrangén
Aquí (adverbio de lugar) . . .... Faú
Acérquense..... Fulcumpamú
Aquél tiene..... .. Niey
Aquellos tienen.... Nieygun
Adulterio ó adúltera Nuanpen
Acordarse de hacer algo ..... Zuamzugú
Adorno (para el pié) ..... Trarinamion
Ata ese perro ... . Trarituachi - Trehúa
Arroparse..... Tacún
Abreviar, andar lijero .... Matúcalé
Abortar..... Huéza-piñen
Aborrecer ..... Ghúden
Abominar ..... Afentún
Abarcar.. ..... . Trumán
A aquella parte.... Teyéple
Ata ese caballo.... Trari tuachi cahuellú
Ala de ave..... Mupú
Ahogarse..... Ghurfín
Ahijado..... Huychan piñen
Aguja ..... Acúcha
Agusanarse..... Pirutún
Aguila..... ..... Calquin

B

Buho .... Nucú
Brujo..... Caleñ
Brindar..... Yapai
Buey .... Mansú
Ballena..... . Jené
Buche .... Guñó
Bazo..... ..... Llecanté
Bostezo..... Ugapún
Brillar..... . Llampai
Belleza y aseo.... Ayfiñ
Buenos dias ..... . Marí-marí
Brazos..... ... Cuú
Brazo de río..... Uzan-leofú
Barbas..... Payum
Barba..... Passún
Boca..... Nún
Bonito..... ..... Tutélo
Blanco..... Ligh
Boleadoras..... Laqués
Bola de jugar. .... Pali
Botas..... Lhumél
Bueno ... . Cumé
Brasas..... Auiñ
Basta .... Fey-múteñ
Bajar..... . Naupán
Balsa de rio... .... Traqui
Bayo..... Faillú
Bolsa ó saco..... Llafán
Babas..... Ullui
Ballenato..... Icól
Balar..... Memecún

Banda	Nopa
Bañarse	Mumetún
Barco	Huánpu
Barranca	Utrufconhué
Barrenar	Cupén
Barro	Pelé
Bastante	Fentrén
Baston	Retrú
Batalla	Hueychán
Bajio	Ayliñ
Baile	Prun
Bebida	Pulcú
Beber	Putún
Besar	Muchan
Boda	Ilelcan
Borracho	Gollin
Bosque	Lemu
Bulla	Neguncán
Burla	Ayentún
Buscador	Quintún
Buitre	Mañ-qué
Buscar	Rulín
Bufido	Guchaltún
Bastado	Fuquí-prá
Bandurria	Raquin
Buche	Gudo
Buzo	Ruluyanfoé
Bautizar	Bautizán
Barriga	Putrá
Bozal	Fosál
Burro	Furrico

C

Ceniza	Trufquén
Calabaza	Capáyu
Corazon	Piuqué
Caer algo	Yalalcún
Cosa sin fundamento	Zugú-prá
Cóndor	Calquin
Carne humana	Calúl
Calor	Arén
Corvas	Huil-huá
Cumbre	Huechín
Costillas	Cadí
Cardo	Troltró
Colorado	Colú
Colorado de mujer	Moyú
Cuchillo	Huainú
Codos	Uñocún
Cuello	Pel
Cabellos	Cál
Cerebro	Mulló
Cactus	Cochén
Cejas	Gediñ
Cortadera	Yuntú
Cuatro	Melí
Carbon de piedra	Cayue-curá
Cinco	Quechú
Cobre	Cumpañilhué
Cuarenta	Melí-marí
Carona	Tapanga
Cincuenta	Quechú-marí
Cerro	Huincúl
Cien	Pataca
Cielo	Huenú-mapú
Caña	Ranquil
Cometa	Cherufé
Centella	Puyél
Cruz del Sur	Pumon-choíque
Cojinillo	Chañunducú
Cabestro	Huezqué
Chiripá ó saya	Chamál
Collar	Llancatu
Ciudad	Cára
Cara	Agé
Camarada	Cachú
Cojo	Cuntró
Cortar	Catrú
Cabello	Chapé
Carancho	Trarú
Chimango	Trinqué
Cotorra	Yahnilma
Calandria	Trencá
Carnero	Alcá
Carpincho	Alcá
Cráneo	Loncó
Cadera	Trutré
Correr	Lefuú
Cielo	Huenú
Cántaro	Can
Ciego	Llumúd
Cuchara	Huitrú
Cobarde	Silicanten
Cristiano	Huincá
Cacique	Ghulmén
Casa	Rucá
Ceniza	Lif-truquén
Cama	Cuzuleal
Chingolo	Chilquihuen
Culebra	Fulcún
Cucaracha	Quechen
Caballo	Cahuellu
» tordillo	» cascú
» petizo	» llantrá
» blanco	» blan
» bayo	» foillú
» cebruno	» chimúy
» overo	» airs
» gateado	» palan
Cabeza	Loncó

Callar	Ñucuf
Cállate	Ñucuflé
Cállense	Ñucufclemún
Cucharon	Pacucha
Cabecera	Netrúl
Cabecear	Mezún
Caber	Meñán
Chajá (g)	Trojoqui
Chivato	Matrú
Collera	Tranftrarigué
Cacarear	Cucaun
Caldo	Curú
Calva	Lefá
Calumniar	Untralún
Carrera	Necúll
Cardenal	Quelú
Cardar	Rurén
Carcoma	Pirú
Cárcel	Calafoso
Caracoles	Chomulcó
Castrar	Enlucudañún
Canto	Ghul
Cantar	Ghulún
Cangrejo	Coinan
Canelo	Foighé
Canastos	Chaighué
Canas	Trurén
Canal	Chollof
Campana	Lelfún
Caminar	Amún
Callos	Pitran
Camino	Rupú
Cautivo	Tafáico
Chascomús	Chadi-comú
Cuerpo	Aucá
Calzoncillo	Charahuilla
Cigarro	Cicarro
Cuchillo	Hueynú
Cuñado	Hillán
Cuñada	Curun
Cañon	Piera
Cabra	Caprá
Cal	Mallo
Chañar	Chicál
Cebolla	Sifolla
Chorro de agua	Tudquén-có
Cabeza de vaca	Loncó-huacá
Cabeza de perro	Loncó-trehúa
Comida	Ylon
Comer	Ylotun
Calentar agua	Arenco
Cabello	Loncó
Cacarear	Cucaún
Cachaciento	Muñochicán
Calambre	Prunufcún
Calzado	Quelle
Cartero	Acullchilcáfoé
Casado	Piñon
Catarro	Rule
Catre	Cahuytú
Cautivar	Tafaycún
Caminar	Amun
Cuanto	Tunten
Cosquillas	Nayún

D

Detenerse	Ucún
Detestar	Ghudemién
Dios	Gunechen
Desierto	Uhué
Deformidad	Altá
Dedos del pié	Chagul-namún
Dedo chico	Pichú
Dedo anular	Ñiqué-chagul
Dedo índice	Zuchi-hué
Dedo pulgar	Futa-chagul
Dedo de la mano	Chagul-cún
Dientes	Toró
Dos	Epú
Diez	Marí
Dia	Antú
Dice	Pí
Decir	Pin
Dulce	Mizqui
Descubrir	Entulen
Desobedecer	Eoyentulcafún
Detrás	Furi
Di, pues	Piguemái
Dígole	Pipilelém
Debajo	Minché
Diles	Piñihué
Dos soles	Epu-antú
Durmiendo	Umanchay
Dañino	Curri
De allí	Telle-meá
Devolver	Muñumún
Descubrir	Entulún
Defenderse	Chazutún
Delatar	Ñumún
Desdentado	Huezanforó
Desmayo	Afurcún
Desdecirse	Huelépin
Desde	Cutú
Descuidarse	Ucluamún
Descubrir	Entusugú
Desconocer	Cachentun
Descendencia	Elpá
Descascarar	Zollcún
Descansar	Ufentún
Desatarse	Naltú
Desatar	Entú-trar
Desamparar	Lelún

Desafiar	Caiñelún
Derribar	Trantún
Derramarse	Chulún
Derecho	Fitró
Demonio	Hualichú
Delito	Hiafcán
Deleitarse	Trepelcaún
Disimular	Rupalún
Disponer	Ghunen
Disparar	Ñulún
Disminuir	Munalcán
Dirigir	Guinlún
Diligente	Lefgén
Digestion	Afumunqué
Dieta	Uluentún
Dichoso	Paumaquén
Dicha	Cume-pauma
Diáfano	Cui-có
Día entero	Chofantú
Detenerse	Ucún
Despertar	Trepen
Desperezarse	Nutrumún
Desflorar	Huemalén
Desgracia	Huezá-zujú
Desgranar	Hueigún
Desierto	Huhué
Desmemoriado	Upeguepralú
Desnudarse	Trampalún
Despacio	Ñochi
Desocuparse	Muñal cudaún
Deshincharse	Nag ponquin
Doblar	Muchán
Dolor	Cutranán
Doncella	Ghulcha-malén
Dorar	Millatún
Dormir	Umantún
Dormitar	Umerclén
Droguero	Gumedcafoé
Dueño	Gen
Dueño de la tierra	Genmapú
Dudar	Epuduamún
Duro	Alpén
Durar poco	Pichin-mán
Distribuir	Llauquetún
Dejaló	Calli
Dibujar	Huirín
Disparar	Huelezugún
Deslizar	Pulcayún
Deslomarse	Tragofurin
Desmayarse	Nuyun-tretín
Despachar	Matuca
Desollar	Huigrún
Desollarse	Truelurcún
Desobedecer	Muguelnotún
Desplumar	Entulopin
Destapar	Entutacún
Destejer	Entagurén
Doce	Marí-epú
Donde	Chén
Deshonesto	Núo
Dientes	Elja
Décimo	Marí-lelú
Defenderse	Chagutún
Degollar	Catrú-pelún
Derretirse	Lleún
Desairar	Poelún
Deshojar	Glorún
Dragon	Yhuay filú
Duracion	Mán
Disparatar	Huelezugún
Destruir	Lopumun
Destete	Entumoyúlun
Devergonzado	Ychuengerolú

E

Estornudar	Echiún
Estraños	Puancá
Espalda	Turí
Estómago	Qué
Encender	Ghuyumún
Este	Puel
Estrellas	Huaglén
Espejo	Comutué
Estatura	Fuchá
Entrometido	Cuduñpralú
Enano	Tiguiri
Enemigo	Caiñé
Estos, esos	Tufá-tuachi
Entonces	Feichú
El mundo	Mapú
Echar	Ultrufentún
Eclipse de sol	Lanantú
Edad	Tripántú
Edificar	Rucatún
Elejir	Dullín
Elegante	Ritrozugim
Embarcacion	Huampú
Emboscarse	Lumcunoúm
Embriagarse	Golin
Empacharse	Poipoin
Empalagarse	Trufim
Emparejar	Lutumin
Empujon	Lloltrán
Empezar	Llitún
Empobrecer	Cuñilfalguetun
Empolvarse	Trufurcún
Emponzoñar	Fuñapuetún
Empreñar	Coñilún
Enamorar	Ayuprán
Encajar	Utraceún
Encias	Edún
Encima	Uente

Encojido	Trierclén
En cueros	Trampól
Envarillar	Huymultún
Envolver	Mumulún
Envoltorio	Múnul
Escalera	Prahué
Enronquecer	Trafpelún
Enloquecer	Pualún
Enmudecer	Quetrógetún
Enfermar	Cutranún
Engordar	Alotrítún
Enlazar	Lázutún
Engendrar	Yallún
Esposa	Piñon
Esposo	Jutá
¡Ea!	¡Yáyá!
Entender	Quimún
Enterrar	Rugalún
Entierro	Eltún
Entumirse	Chocón
Erutar	Trelún
Escama	Lúli
Escoba	Lepúhue
Escarcha	Tránclin
Esconder	Llumún
Escribir	Hugrin
Escuchar	All cutún
Escupir	Túfcun
Espeso	Frufún
Espiar	Puchuñún
Espina	Huayún
Espirar	Lán
Espíritu	Pullú
Espumra	Trorfán
Estaño	Tri-trí
Estátua	Ara
Estera	Zami
Estiércol	Mé
Estruendo	Lúlúlún
Eterno	Mollgen
Evidente	Chañalén
Excesivo	Ugenún
Ejecutar	Gúdalún
Enfrenar	Piriñatún
Ejército	Linco
Extranjero	Ca mapú che
Estrenar	Huemátun
Evidente	Chañalén
Espulgarse	Trintun

F

Frente	Tról
Flacura	Trogli
Fatiga	Atrún
Fuerza	Nehuén
Frutillas	Chiquilquén
Flechilla, pasto	Reme-cachú
Fierro, acero	Puñilhué
Fuego	Quetrál
Fluido	Unen-cogecán
Freno	Piriña
Faja	Chamaltué
Frío	Utre
Fortaleza	Curá-malal
Fácil	Fál
Faena	Cúrzú
Falsedad	Coylá
Fama	Ghuytugen
Fatigarse	Atrún
Filo	Sugen
Flacura	Llalli
Flor	Rayghén
Flecha	Púlqui
Fusil	Tralcá
Flojo	Chofñ
Fogon	Quetral hné
Flujo de mar	Tripa-có
Forcejear	Jocúrcún
Forzar	Nehuentún
Fraile	Patru
Frangollo	Tricul
Fregar	Gúcucún
Frejoles	Zehúel ó Purunta
Freir	Luimún
Fruta	Fún
Frisar	Poñpoñum
Friolento	Utré-gén
Frenético	Cúlumún
Fugitivo	Nulcamañ
Fuga	Nultripán
Fuelles	Pimohué

G

Garganta	Clol-clol
Gestos	Guñifun
Guiñadas	Nifeún
Gritar	Huarulún
Gordura	Ihuiñ
Gustar	Quizuduam
Grietas	Tròú
Guerra	Hueychan
Gallina	Achahuál
Ganso	Canzú
Gusano	Pirrú
Gordo	Motri
Garza	Clislisi
Gama	Yuquén
Gangoso	Cúnu
Garrapata	Lime
Garbanzos	Calfá

Garúa..... Faynú
Gavilan... ..... Peucú-contriuque
Golondrina ... ... Pilmayqué
General..... Apo, troquí
Golpear ..... Trún-Trún
Girar..... Chiqueñúm
Gloton..... Ilcá
Gente..... Ché
Galopar..... Rafutún
Galope ..... Huy-rafún
Granizo..... .. Pire
Guapo..... Conagén
Gruñir..... .. Múrulun
Granero..... Huylí
Grande .... Futá
Gota..... ..... Tuzcún
Gracioso ..... Raquiclén
Gastar..... .... Culin
Gargantilla..... Llancátu
Gárgaras ..... Clólclóntú
Ganado..... .... Ovisa. huacá
Golpe ..... Troncún
Gloria..... Huenú
Goma... ..... . Upe
Gato montés ..... Cóz-cóz

H

Huesos..... ... Foró
Hipo ..... Húitrorcún
Hambre .... Gañín
Hígado..... Tucún
Hombro.... .... Llupí
Humo..... Titúm
Humear .... Puchón
Hombre austral... Huiliche
Hombre .... Che
Huanaco. ..... . Lúan
Hiel .... Hultrún
Huevo .... Curán
Hurto..... Huenentú
Homicidio ..... Lantú
Huella..... . Punón
Huérfano ..... Cuñival
Hundirse ... . Llumún

I

Invierno ..... Puquén
Iluminar.... ... . Pelonún
Incendiar ..... Quetraltún
Isla..... Huapí
Ilegítimo..... Fuquiprá
Impío..... Alhué-pinqué
Imitar..... Inayén
Imputar ..... Adelcheprán
Infierno..... Quetrál-mapú
Imposible.. ..... Genolú
Indecente..... Cúménolu
Incesto ..... Moñhma húepen
Ira.... ..... Ulleún
Izquierda ..... . Huele-cún
Invernar..... Puguera-man
Inocente..... Húerin-genolu
Instruir..... ... Gúnclun
Intestinos..... Pu, ancú, puqué
Introducirse ... .. Conúmun
Irritar ... ... Ullculún
Invisible ..... Gúfrumen
Instante..... Mucháy
Infiel ..... Elupinqué - falge-
nolú

J

Jergas..... Matras
Jugar..... .... Aughcán
Joyas..... Llanca
Jabon ..... Quillay
Jóven.. .. .. Hueché
Jarro ..... Cáru
Jurar..... Furaprán
Jurisdiccion..... Troquin
Justo (recto)..... Cumé troquingén

L

Lanza... ..... Huaiquí
Lágrimas..... ... Culemi
Los lomos..... Hiúgolgór
Labios ..... Melúun
Leña..... Manüel
Llama..... ... Julgum
Llanura ..... Lelfún
Laguna..... Lafquen
Lago. .... Malin
Lluvia..... Maún
Luna..... Cuyén
Luna nueva..... Hue-chún
Luna llena..... Pur-cuyén
Las 7 cabrillas.... Náu
Ligas.... ..... Tran
Llagas..... Chima
Laurel .... Trihúe
Lengua..... ..... Gusúun
Levantarse ..... Uutrán
Limpiar ..... Liftún
Lagartija..... Fillcún
Ladron ..... Huenefé
Lagarto ..... Palem, quirqué

Lancear	Huay qui tún
Lejia	Chil tufqúen
Lepra	Udá, pitrú, cutrán
Legumbres	Tucún
Lerdo	Ayrá
Levadura	Puzeó
Lavar	Cúchan-gaún
Leche	Lichi, ilún
Lechuza	Iarquen, mucú
Legua	Huaria
Lamer	Cúllmán
Langosta	Chorri
Lascivo	Ñuán
Ladino	Iana-coná
Leal	Elufalgén
Ladearse	Cúlun
Llorar	Gúman
Lluvioso	Manal antú
Lombriz	Zuluy
Ladrar	Huancún
Loco	Cúni
Lobo de mar	Lame
Luciérnaga	Quez el quiñ
Lidiar	Nalún
Lana	Huentrú-cal
Limar	Cúgúrcún
Liendre	Ghuten
Ligero	Lefgen

M

Manantial	Uufcó
Masticar	Ugarcún
Minero	Laucha
Médano	Loó
Modorra	Chaflonco
Mejillas	Trafuún
Mirada	Gupilún
Mirada de asombro	Huelguiaún
Mirada amenaza	Solicán
Mirada insistente	Solín
Mirada espiando	Azquintún
Mirada de gusto	Comitún
Muslos	Puillagh
Mil	Huaránca
Mano	Cuú
Madera	Mamúl
Maiz	Huá
Miel	Mizqui
Mes	Cuyén
Mate, calabaza	Cléf
Mar	Futá-lafquén
Media noche	Ragi-pún
Madre	Nuque
Muerte	Lán
Muerte repentina	Curu-lán
Moho	Percán
Mulita	Huetél
Muchacho	Pichi-campú
Muchacha	Hué-Zomó
Muleta	Foró
Mujer	Zomó-ché
Mosca	Pulú
Mundo	Mápu
Mancebo	Hueñi
Morder	Ghunán
Mono	Malchiú
Montaña	Mahuida
Manteca	Ihuiñ lichi
Mellizos	Cuñe
Mañana	Culé
Medroso	Llúcan
Miedo	Trúun-Trúun
Milagro	Perimol, perimontú
Mínimum	Mú pichiñú
Mina	Tué-hué
Martillo	Tranahué
Mosquito	Pollcó
Mucosidad	Merún
Mochuelo	Pequeñ
Materia	Trarpén
Matorral	Rutrón

N

Nervios	Fuún
Nariz	Yú
Nueve	Aillá
Negro	Curú
Nitro	Chadi
Nube	Tromó
Norte	Picun
Nieve	Piré
Noche	Trafuyá
Nutria	Lú
Nuevo	Hué
Nuera	Ñañúg
Nunca	Chumúl
Noche	Pún
Neblina	Chichúay
Nudo	Prén
Negar	Mayen
Nublarse el tiempo	Tromun
Nave	Intá-huámpu
Navaja	Iscuhé
Negligente	Chofú
Nido	Zañé
No quiero	Pilán
Niñerías	Piñe-nuprán
Ninguno	Quiñe no rumé
Noticias	Zugú

Nieto..... Cheché
Nieta..... Chuchúy
Nosotros..... Inchiñ
Nada..... Re
No. ..... Mú
Nabos..... Camate
Niño..... Pichi

O

Ombligo..... Fudó
Oido..... Alcún
Olfato..... Numutuqueún
Olor ..... Numún
Ojos ..... Gñé
Orejas..... Pilun
Ocho. ..... Purá
Once. ..... Marí-quiñé
Otoño..... Conaelpuquén
Oro..... Milla
Oeste ..... Mulutú
Oir..... Alcutún
Oriente..... Puel
Oriente (Hácia).... Puelpe
Oriente (Viento de) Puelchuf
Ochenta ... . Purá-marí
Oveja..... Ovissa
Ovejero .. .. Ovissa-Caimaiñ
Ollin..... Múlpún
Observar. ..... Ina-rúmen
Omitir..... Ulcalún
Olla..... Challá
Ovillar... ..... Tucún
Orina ... . Huilgun
Orzuelo..... Pedún
Ordeñar ... . Gúyún
Orar ..... Ufchigelipún
Oler.. ..... Numun
Oprobiar ..... Lucatún
Olas..... Réu, réuma
Ocultar..... Ofulim
Ocioso.... ..... Re-muleprán
Ocupado..... Cuzáunien
Odio. ..... Ghúdemien
Ofender..... Huevilcan
Oficio. ..... Camañ
Ofuscarse..... Goypún

P

Ponerse el sol..... Coná antú
Pantorrilla..... Comofún
Pierna ..... Namún
Pestañas..... Unpéf
Párpados..... Chapulgue
Papas..... Poñé
Pulsera del pié.... Trarí-tachí
Plata. ..... Lighèm
Plomo..... Titi
Persona .... Ancá
Piedra... ..... Curá
Poncho..... Macum
Precipicio ..... Zahúl-regnán
Prendedor..... Tupu
Peine. . ... Runcú
Paños ..... Gúzen
Padre ..... Chas
Plato..... Rali
Pan ... ... Cof qué
Pelea..... Nalén
Primavera.. ..... Peuñén
Pecho ..... Rucú
Papagallo..... Trucán
Pecar .... Huerilcán
Perdiz..... Siló
Pescado... ..... Challhuá
Porotos..... Zeguell
Palpar ..... Malzún
Pájaros... ..... Guñun
Padrasto..... Pel-cuchas
Pulseras ..... Traricus
Pendientes .... . Upúl
Pestañas..... Umy, llupóf
Pararse ..... Utran
Peligros..... Cuñiun
Polilla..... .. .. Cuchig
Purga .... Ercún
Pulso..... Neyún
Pulga..... .... Nerún
Puerta..... Ulgin
Pozo..... Zaiúl
Peinarse..... Runcatún
Pelota .... Pilmá
Pedir.... ... ... Gillán
Pecas..... ..... Cutrú
Pavo . ..... Pafú
Patos ..... Lepun
Parlamento..... Coyatun
Parir. ..... Coñi. ñun
Papel ..... Chilcá
Pellejo..... . Trahuá

Q

Quinientos..... Quchú-pataca

R

Ruido ..... Goygoin
Rodilla..... .... Lucú

Rocío	Mafun
Rio	Leoufú
Ribera	Inaltú
Resplandor	Pañí
Rayo	Traicá
Riendas	Huetranzú
Rebozo	Iquilla
Redecilla	Tapahué
Racimo ó cosa apeñascada	Cunco
Rana	Llinquí
Rascar	Rurenún
Rasguñar	Rulifcún
Rayo del sol	Clen antú
Rueda	Chincud-hué
Rezar	Amomarìn
Repetir	Uñopitun
Rumiar	Caymutúm
Regar	Quey pilcón
Risa	Ayen
Reirse	Ayecan
Relampaguear	Huylufcún
Respirar	Neyún
Resucitar	Mogetn
Robar	Hneñen
Ronco	Traspe ún
Retumbar	Lúlúlún
Resistirse	Chaltún
Rescoldo	Ahuiñ
Romper	Huycurún
Ropa	Tacún
Rubor	Jehúen
Regalar	Trepelcán
Referir	Nútraimún
Recordar	Nepén
Rebelde	Aucá
Ratoncillo	Lauchá
Ramas	Rá mamúl
Retar	Gúchalún
Ruiseñor	Riú, fiú, chiú
Rondar	Quintuyaun
Romerillo	Piúne
Rogar	Gelipún
Ronquido	Cloriñun
Resfriarse	Conú-tregén

S

Sal	Chadi
Sudor	Arofcún
Sensibilidad	Llad
Sed	Huigún
Saliva	Molfuñ
Sangre	Tufcún
Sienes	Umagú
Seis	Cayú
Siete	Relghé
Semillas	Etrar
Siglo	Patacantú
Sauce	Hueiquég
Sur	Uilitú
Sol	Antú. *Intí* (q)
Salida del Sol	Tripan-tú
Saber	Quintún
Suegra	Llallá
Sapo	Labatrá
Siéntate aquí	Fachiple
Sangrar	Gi cún
Salar	Chassitún
Salir	Tripán
Sardinas	Quecháy
Saquear	Malón
Salud	Mogén
Saludo	Mari-Marí
Suelo	Puúlitué
Suspirar	Pratulihuén
Sueño	Úmán
Susto	Trepéun
Salario	Cúlin
Subir	Pramún
Subirse	Prán
Suplicar	Gelipún
Sartas de cuentas	Paychá
Sonar	Trinpin
Sollozar	Nicurcún
Soledad	Úhué
Sosegarse	Ñochipiuquelen
Soñar	Peumantun
Soltero	Llúd
Solo	Quizú
Sonsacar	Pilélentú
Soldado	Coná
Sentarse	Anún
Sobrinos	Malle-llopú
Sobras	Púchu
Sobrar	Puchún
Siempre	Mól
Sesenta	Cayú-marí
Sesto	Cayú-lelú
Señal	Gúnél
Sesos	Mulió
Soplar	Pimún
Soga	Man-regnán
Socorro	Incatún

T

Tuétano	Filuluquén
Tacto	Malzun
Tigre	Nahuél
Tocayo	Lacu
Talon	Runcóy

Tobillo	Palí-palí
Tiron	Madóm
Tres	Culá
Treinta	Culá-mari
Trigo	Cachilla
Tabaco	Putrém
Totora, paja	Trapál
Tierra	Puuli ó Tué
Tarde	Trafuyá
Tres marías	Guelú-culá
Telar	Untrajhué
Tia	Ñeñé
Tierra	Mápu
Travieso	Cúmi
Tonto	Pofó
Tener	Nientún
Tengo	Nien
Tres mil	Culá-huaranca
Tero	Trehúl
Tripa	Guelché
Tronar	Tralcán
Turbarse	Geypún
Trapar	En corrupán
Trigueño	Alhué
Tuerto	Traúmá
Trampa	Huachi
Traer	Cupálnn
Trago	Cuzán
Tortar	Coturún
Toser	Tufunún
Torpe	Cugén
Tordo	Creu
Torcaza	Conú
Tomar	Tún, núñ
Todavia	Pétu
Tocayos	Lacú
Tizon	Chotucu
Tiznar	Cuyulcán
Tijeras	Ichú
Testigo	Uútralen
Tapar	Tacún
Taladrar	Pincún
Tartamudo	Quetró
Tartamudear	Papafún
Tinta	Putrunqueún
Tinieblas	Zuimiñ
Tinajas	Menücué
Tiesto	Trulif
Tender	Lapúmún

U

Uno	Quiñé
Uñas	Uhilí
Uvas	Ufád
Untar	Lizugumún
Unico	Requiñé
Uron	Cuyá
Ultimamente	Inagechi

V

Vista	Utrinún
Vejiga	Pafuscoñ
Vientre	Putrá
Veinte	Epú-mari
Verde	Carí
Verano	Hualúg
Viento norte	Picún
Volcan	Zehuiñ
Via lactea	Rupu-epén
Valer	Falún
Vergüenza	Jehúen
Víbora	Chó-chá
Vosotros	Nieymú
Ver	Pen, pelon
Veneno	Juñapué
Viajero	Untran-che
Venado	Punzú, tranli
Vidrio	Lilpú
Vírgen	Ghulchá
Viejo	Fuchá
Violar	Huemalgentún
Vida	Lihué
Vestirse	Pepilún
Vellon	Quediñ
Vogar	Cahuen
Varon	Huentrú
Varillas	Huymúl
Vaquero	Huaca-camañ
Valle	Lelfún
Valiente	Conagén
Venir	Cupán
Veloz	Lef
Vecino	Uzi
Vara	Huyma
Virtud	Cúmegen
Viuda	Lampe
Voz	Mutrum
Volar	Lefún
Vivir	Mogén
Viruelas	Pirú Cutrán

Y

Yerba mate	Yeruá
Yegua	Anca-eghua
Yuyos	Mucu
Yesca	Ifca
Yeguarizo	Ancá-camañ
Yema	Chod-curám

Z

Zapallo ..... Capayu
Zonzo..... Pofó
Zurdo ..... Huele-cún
Zorzal..... Huilquí
Zarcillos..... Upúl, chapúl
Zanja..... Catripuúli
Zapatos ..... Quele
Zorra. .... Gurú, culpén
Zorro..... ... Nené-Grró
Zorrino.... ..... Sañi
Zarpar..... ... Pulcón
Zurron..... .... Hualca